

S

MO

S

3

G. F. S. - 23 -

Teatro G. F. S.

cuadernos n.º 23.

La veiga



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

LA ACTUALIDAD TEATRAL

"LA MEIGA", DEL MAESTRO GURIDI

No se puede entrar

En el pasillo de la Zarzuela, según se entra por la puerta del escenario que da a la calle de Los Madrazo, hay un cartel con letras muy grandes: «Prohibido en absoluto el paso a los ensayos.»

Y es verdad. No se puede entrar. No han podido entrar ni las madres de las segundas tipes.

—¡Caray! Es que yo tenía que decirle a mi chica...

—Señora, hay orden terminante. Yo cumplo con mi deber—dice el portero.

Un portero de teatro tiene que poseer más ojo y más tacto que un «detective».

No se puede entrar. Pero nos-

—¡Cuánto tardan los músicos en aprenderse la obra?

—Seis o siete días.

—¡Qué va a pasar aquí?

—Yo creo que vamos a un éxito grande. Desde «Maruxa» acá no se ha hecho una partitura gallega de esta importancia.

Angel de León

No lo reconocería el lector si lo viera en un ensayo. Porque este excelente actor tiene el don de las caracterizaciones. Transforma su rostro, su voz, su figura...

Angel de León es el intérprete del libro. Hace con él lo que Juan Antonio Martínez con la música. Coloca las figuras, mueve los coros, matiza las frases, cuida de

—¡Ca!—nos replica el coautor de «Doña Francisquita». Tengo muy buenos compañeros. Tan buenos, que si no me echan, yo no me iré jamás del Cuerpo. Por muy autor dramático que sea no quiero dejar de ser telegrafista.

—En serio: ¿es cierto que es usted telegrafista?

—Sí, señor. En la Ciudad Lineal me tiene a su disposición.

—¡Bah! Bromas de usted y de Jacinto Guerrero. Pero vamos a lo que importa ahora: ¿en qué época se desarrolla la acción de «La meiga»?

—En mil ochocientos setenta y tantos. Para trabajar mejor el ambiente, para darle mayor visualidad de trajes, etc. Está escrita con to-

—¿Cómo leen ustedes sus libros de zarzuela a las compañías?

—Con cantables y todo.

—Y usted, ¿se divierte en los ensayos?

—Descanso un poco del periódico.

—¡Pero sigue usted al pie del cañón en «La Epoca»?

—Desde los dieciséis años. ¡Menedra mañana he tenido hoy!

Guridi

No es un vasco representativo, en cuanto a lo físico. Más bien bajo de estatura; más bien pálido; más bien delgado. Si no fuera por el bigote, parecería un seminarista. Es algo parecido: es el organista de no nos acordamos

—Algunas veces. ¿Y quién no? Hasta Wagner. Bueno, Wagner se hacía él mismo la letra... Pero es probable que primero hiciese un monstruo.

—¿Qué números le gustan a usted más de «La meiga»?

—El primero. He querido hacer una cosa alegre, movida, con una tendencia moderna... Al quinto número, que es un dúo, le tengo cariño también. Y al dúo final del último acto: contralto y barítono.

Coros y partes

—La Badía va a armar un alboroto—comenta una corista.

La señorita Badía es la «meiga». ¡Qué cálida, qué honda es la voz de la contralto! Y más cuando sale



Un ensayo de «La meiga». En presencia de los autores de la obra, Angel de León dirige una escena en la que intervienen las señoritas Badía y Dorini, y los señores Almodóvar, Baldrich y Arenas (Fotografía Alfonso)

otros tenemos un santo y seña. Y entramos, claro está. En la sala de butacas, ni una persona. Es la primera vez que en estos pasatiempos faranduleros somos el único espectador de un ensayo.

Gran expectación en torno a «La meiga», música de Guridi, letra de Romero y Fernández Shaw. Por eso, sentimos cierto infantil regocijo viendo esta representación para nosotros solos. ¡Cuánta gente trabajando para uno!

Juan Antonio Martínez

Es el intérprete entre Guridi, los músicos y los cantantes. Juan Antonio Martínez se hace cargo de la partitura: la estudia, la penetra en todos sus matices, llega a hacerla tan suya como lo es del autor. ¿No habéis visto a Juan Antonio Martínez en el atril una noche de estreno? ¿Quién diría que no es de él aquella partitura que conduce su batuta?

—Maestro, ¿cómo va eso?

—Esta tarde, a las seis, conjuntamos orquesta y voces.

de «las segundas» pongan la cara de alegría o de susto, según venga al caso.

—¡Pero es que los coros no se enteran de lo que pasa en el libro?—preguntamos a Angel de León—. ¿Por qué en todos los ensayos de todos los teatros de zarzuela hay que advertirle al coro que no se ponga triste cuando debe demostrar contento, o viceversa?

—Considere usted... Primero, que los coros no asisten a la lectura de la obra. Luego, que, aunque asistieran, no podrían oírlo bien, a no ser que el autor tuviera un vozarrón y una resistencia a toda prueba. Leer para cincuenta o sesenta personas es muy difícil.

—¿Entonces los coros?...

—Se van enterando en los ensayos de lo que pasa en la obra.

Romero

—Bueno, usted ha empalmado «Los flamencos» con «La meiga». Lo van a echar a usted de Telegrafos.

de humildad, sin pretender descubrimientos regionales. Hemos puesto cariño, entusiasmo y esculpido. Obra gallega, sin cargar la mano del galleguismo, es lo que hemos querido conseguir. Una Galicia que no resulte zarzuelera, de pandereta...

—Eso es lo que hay que hacer—decimos.

—Los trajes—añade Romero—están copiados de cuadros de Sotomayor. El decorado es de Eloy Garay.

Fernández Shaw

—Y usted, ¿qué dice? Fernández Shaw es silencioso, recogido. Se dijera que es un hombre con sordina.

—Yo no digo nada. Oigo. Oigo esta música que ha hecho Guridi. Ahí está mi fe toda—declara Fernández Shaw—. Creo que por ella hablan los ríos, las montañas, los árboles, toda la tierra de Galicia.

—Si que tiene Guridi un gran sentido panteísta.

Pausa. Fernández Shaw vuelve a su mutismo.

Qué templo de Bilbao. Es, además, como se sabe, el director de la Masa Corel Bilbaína.

—«La meiga» es la segunda obra que estrena usted en la Zarzuela, ¿verdad?

—Ciertamente. Y lo primero que estreno después de «El caserío».

—¿Encuentra usted mucha diferencia de Vasconia a Galicia?

—Alguna. Galicia me parece más suave que Vasconia.

—¿Pero en lo esencial?

—¡Hombre!... Yo siento más una cosa gallega que una andaluza, por ejemplo. Pero de todos modos, creo que es muy notable la diferencia entre el ritmo gallego y el vascongado.

—¿Le gusta venir a Madrid a ensayar sus obras?

—«Qué sé yo...» Claro que tengo que abandonar mi trabajo: mi órgano, mi Conservatorio... Hace tres meses que casi los tengo dejados de la mano. Era necesario terminar la partitura de «La meiga».

—¿Trabaja con monstruo frecuentemente?

de la juventud, de la belleza y del temperamento de esta actriz y cantante.

En el coro siguen los augurios. —Pues ¿y la Dorini? ¿Y Baldrich, y Almodóvar, y Arenas?

—Con este cuadro de cantantes da gusto—comenta Guridi—. Todo como la seda.

—Menos ayer, que nos callamos todos de repente—nos dice una segunda.

—¿Qué pasó?

Federico Romero explica:

—Que era la primera vez que se conjuntaba un número. Y al oírlo ya en masa, cantado por todas las voces, se asustaron ellos mismos...

—A mí me pareció—aclara la segunda—como si no fuéramos nosotros los que cantábamos, como si estuviéramos oyendo un órgano o algo así...

Guridi ama las voces corales. Para él—prodigioso organista—, cada corista es una flauta. Y que nos dispensen las simpáticas señoritas del coro la comparación.

AUTOCRITICAS

Esta tarde se estrena, en la Zarzuela, "La meiga", de los señores Romero, Fernández Shaw y Guridi, y, en Apolo, "Cascabeles", de los Sres. Tellaache, Granada y Moreno Torroba. Mañana, viernes, "El solar de Mediacapa", de don Carlos Arniches, en la Comedia, y "Oro molido", de D. Federico Oliver, en Lara. El lunes, en el Infanta Isabel, estreno de "Boy", de D. Manuel Linares Rivas. Publicamos a continuación las cinco autocríticas.

«La meiga»

No es empeño baladí para dos escritores castellanos ofrecer una visión rapsódica de Galicia. Lo es menos fácil, tal vez, encerrándose en los muros del teatro, y todavía acrece la dificultad si el poeta debe cuidarse, a la par que de su propia misión, de preparar la situación musical de modo correcto y natural y de engarzar sobre la trama de su poema el caudal polifónico del compositor.

Se cae a veces en la... injusticia de considerar libro, en la zarzuela, lo exclusivamente hablado, olvidando que, hasta en el paréntesis de un intermedio orquestal, a menudo está presente el libretista. La dificultad técnica para el acierto está, con más frecuencia, en saber el instante propicio para decir al músico: "Pase usted aquí conmigo", que en afrontar determinadas situaciones a diálogo limpio.

Nosotros, al ofrecer al público el libreto de *La meiga*, lo hacemos con el gran fervor que nos inspira aquella deliciosa "punta de Europa", que bañan el Miño y el Sar, y, cuanto pueda existir de desacertado, no debería achacarse sino a exceso de devoción, que hasta los padres perjudican a sus hijos predilectos cuando pretenden, de corazón, amarlos intensamente.

Acaso no sea despreciable ventaja para la difusión del culto a la belleza lírica de Galicia nuestra condición de extraños al país, porque nuestra visión puede haber sido objetiva y ecuaníme, como no siempre sería la de una rutina apasionada por el amor a la patria chica.

Y, por lo que respecta a los procedimientos seguidos, tanto en la elección de temas como en su desarrollo técnico y en los matices dialogales, pretendemos haber llegado a la eficacia, aunque, en algún momento, estos matices sean más teatrales que fieles a la estrechez de una realidad fonética. Nuestra posición ante la necesidad de lograr una Galicia exacta, y, al mismo tiempo, convincente para quienes la desconocen, nos recordó cierta anécdota de un explorador inglés. Pretendía éste recabar para los dominios de su Monarca determinado territorio, situado fuera de la influencia civilizada. A otro tanto aspiraba un competidor alemán, el cual se presentó con un copioso bagaje de literatura descriptiva de las excelencias de su Estado. El ingenuo alemán distribuía por doquier sus folletos, Tratados, álbumes y catálogos. El británico, mohino, dióse a pensar un arbitrio para vencerle. Y, cuando más desesperado se hallaba, empezó a cantar, como un español cualquiera en trance análogo. Observó que los indígenas abandonaban al teutón para venir a escucharle. El inglés sonrió. Dióse a aprender algunas palabras del idioma primitivo en que aquellos salvajes se entendían. Procuró asimilarse sus gestos y ademanes, y, al cabo de pocos días, pudo reanudar sus cánticos, improvisando estrofas bilingües, en las que, junto a la exótica pronunciación inglesa, los indígenas hallaban expresiones y cadencias vernáculas que les hacían comprender el sentido de la canción... Pocas semanas

después, el inglés plantaba su bandera sobre la cabaña monumental del reyezuelo, y el alemán retornaba a puerto sin haber logrado dar a entender cuánto de admirable tenía su Patria.

Nosotros hemos escrito el libreto de *La meiga* en castellano, como era obligado para presentar la obra a todos los públicos de nuestra habla; pero hemos introducido, en lo posible, la construcción sintáctica gallega, y hasta nos hemos permitido intercalar la auténtica palabra del país, cuando su sentido era tan claro como lo sería en nuestro idioma, y contribuía a suavizar y embellecer el diálogo, aproximándolo a la deliciosa musicalidad del lenguaje indigena.

En cuanto al tono, creíamos que convenía a nuestro propósito que *La meiga* tuviese un carácter de romance popular. El asunto, y no pocos de sus accidentes y episodios, no podrían, a nuestro juicio, suceder más que en Galicia, y aquí puede estar nuestro mayor acierto, si alguno hemos logrado: que una zarzuela no es gallega o andaluza porque los trajes típicos y la prosodia intenten, con la música, establecer un empadronamiento caprichoso de sus personajes, sino porque, a lo largo de sus escenas y de sus cánticos, vibra el alma popular de la región.

La meiga ha sido honradísimamente preparada, mediante la documentación directa del natural, en largas correrías por el país, y no en plan de turistas, sino de hombres de estudio. Y, antes y después, no menos de tres años hemos invertido en conocer la literatura gallega y especialmente sus cantos populares, de los cuales no creemos haber dejado de conocer ninguno.

En nuestra labor hemos encontrado eficacísimos y bondadosos colaboradores, que nos orientaron con sus consejos, y nos ofrecieron todo el bagaje de su cultura. En el libro de nuestra zarzuela tendrán mención especialísima, con toda nuestra gratitud, cuando aquél sea dado a la estampa. Pero aquí no debemos silenciar que a quienes debemos mayores sugerencias, merced a sus obras admirables, es a los poetas de la raza: Rosalía, Curros, Afán y Cabanillas, y a los novelistas Pardo Bazán y Fernández Flórez. Y, sobre todos, a D. Ramón del Valle Inclán, el Grande.

FEDERICO ROMERO.
GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

LA YOZ - 20-XI-749

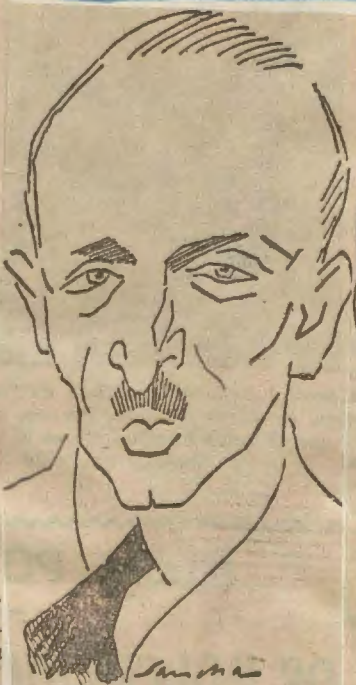
ANTES DEL ESTRENO DOS PALABRAS CON EL AUTOR

SE ESTA ESTRENANDO EN LA ZARZUELA "LA MEIGA", DE ROMERO Y FERNANDEZ SHAW, MUSICA DE GURIDI

- ¿Ambiente...?
- Gallego.
- ¿Ustedes dieron terminado el libro a Guridi?
- Hicimos juntos un viaje para documentarnos.
- ¿El músico no les ha guiado?
- Ha hecho alguna indicación; pero nada más.
- ¿Alguno de ustedes es gallego?
- No; ninguno.
- ¿Cómo creen que se percibe mejor el alma de un pueblo: por impresión o por... saturación?
- Acaso por impresión.
- ¿El que llega a él mejor que el que está hundido en él?
- Seguramente.
- En este caso...
- El extraño recoge los estufios espirituales que para los de dentro pasan inadvertidos.
- Depende de como sean los de dentro y los de fuera.
- La clave no está en buscar la intersección entre el estudio cal-



ROMERO



FERNANDEZ SHAW



GURIDI

- ¿Qué le agrada a usted más, Guridi: lo sinfónico o lo dramático?
- Todo; pero el teatro es más valorado.
- Eso del agradecimiento... ¿En sentido económico?
- No. Quiero decir que en el teatro hay una comprobación de valores más rápida. Se ve antes el resultado.
- Y hay más campo, más público.
- ¿Le gusta Stravinsky?

- Desde el punto de vista rítmico es un autor destacado. Pero no estoy conforme por completo...
- ¿Una divergencia fundamental?
- Obedece a una moda de momento.

- ¿No será un clásico?
- No.
- Schonberg, ¿qué le parece?
- No le concedo importancia.
- Es la máxima novedad armónica, ¿verdad?
- Sí. Es... la extravagancia. En arte no se debe olvidar la claridad de expresión.
- ¿De los músicos vascos...?
- No me pregunte nada de los vivos.
- De los muertos. ¿Usandizaga?
- Sentía el dramatismo con fuerza.
- ¿El dramatismo como tono emocional o como expresión dramática?
- Como tono emocional. Independientemente de la representación.
- ¿Cuál es lo característico vasco?
- El ritmo. Hay regiones en que el ritmo es más viril.
- ¿Cuáles?
- Vizcaya. En cambio, en Guipúzcoa es más tierno.
- ¿Como el paisaje?
- Claro.
- En cierto modo, la música es un brote suyo. ¿No?
- Sí.
- ¿El folklore vasco es más o menos rico que los otros peninsulares?
- Es de los más ricos.
- ¿Más que el gallego?
- Allá se andarán. El gallego es muy interesante. En poco tiempo recogí yo doscientas melodías.
- Entre la inspiración y la técnica, ¿qué preferiría usted como cualidad dominante?
- La técnica sola no la quiero para nada. La inspiración sola sí. Mejor, naturalmente, si viene acompañada.
- Lo esencial es el destello.
- El destello.
- La técnica de usted... ¿Orquestación robusta ante todo?
- No lo puedo apreciar. Me pasa lo que a padre...
- Ya, ya sé lo que le pasa al padre con sus hijos. ¿La meiga se basa en motivos populares?
- Sí, hay algunos. Pero los temas principales son originales.
- Al recoger lo popular, ¿cuál es su posición: respetarlo... o retocarlo?
- Lo expongo a través de mí.
- ¿No pierde así frescura?
- Procuro que no la pierda. Pero... el músico tiene que presentarlo en forma artística.
- ¿No es forma artística la del pueblo?
- Sí, pero no adaptada al momento.
- ¿A qué momento?
- Al teatral.
- Es decir, que en la adaptación está lo bueno.
- O lo malo.
- ¿Lo peligroso!
- ¿Guridi! Hombre amable. Probo y distinguido maestro con más de telar que de alambique.

ABRAHAM POLANCO

"A. B. C."
20 - XII -
928.

descuñados, sigan sin ver claro en toda aquella historia.
El asunto, si no muy interesante, está desarrollado con habilidad, en correcto y fúido romance. Hay una escena, la de la plegaria y lamentación de la "meiga", en el acto segundo, que tiene emotiva belleza por lo acendrado de su ternura.



ANGEL DE LA FUENTE

ACTO III

DON GARCIA (Sr. Almodóvar).
HOY, LO MISMO QUE OTRAS NOCHES,
HASTA MI LLEGAR TE VEO.
¿QUE ME QUIERES, SABELINA,
QUE VINISTE CON MISTERIO?
SABELA (M. Badía).
OTRAS NOCHES... ¡QUE DISTANTE!
OTRAS VECES... ¡AY, QUE LEJOS!

Romero y Fernández Shaw han cuidado, en cuanto es posible, de la propiedad del lenguaje en el diálogo, con sus matices característicos, que acreditan el haberse preocupado los notables libretistas de tan importante instrumento de expresión. Todo lo externo: la evocación del paisaje, la pintura costumbrista y el trazo de algunos tipos, nos parecen logrados. No así, la verdad, lo que concierne a la intervención de lo cómico, apenas apuntado en el personaje del "gringo" Cirolas, que hubiera podido ser un graciosísimo carácter, un elemento de contraste muy necesario para la mejor ponderación de la obra.

Pero este detalle se pierde ante el éxito ardiente que envolvió toda la zarzuela, que, si adolece de algo, es de tener excesivas proporciones, libro y música. Pesa, pesa un poco. "La meiga" fué, además grata revelación, como actriz, de María Badía. Dijo muy bien, pero muy bien, toda la parte hablada, con ritmo perfecto, de un modo irreprochable, y en la invocación a que antes aludimos puso tiernos y conmovedores acentos. El público la dedicó un fragoroso aplauso.

Con María Badía se distinguieron el tenor Baldrich, cantante de buena cuadratura; el barítono Almodóvar, más en la dicción lírica que en lo hablado; la señora Dorini de Disso y Flora Pereira.

Si Angel de León no exagerara tanto los tipos cómicos, cosa que no es de su cuerda, llegaríamos a entendernos. Y siento tener que hacerle este reproche, porque es un buen actor. Gómez Bur interpretó con vistas a Casimiro Ortas el obligado papel de tenor cómico, tradicionalmente tonto en todas las zarzuelas. Un cálido elogio merece el maestro Martínez, batuta clara e inteligente, que concertó y dirigió la zarzuela con gran pericia. Dos decoraciones de G. Aray, de bien contrastados efectos de luz, le valieron los honores del proscenio.

Los autores se personaron en el palco escénico muchas veces a la conclusión de la obra y en el transcurso de la representación.

Uno de los que más trabajaron, anónimamente, en la feliz jornada de ayer fué el electricista. ¡Las veces que daría luz a la sala! ¡Cada vez que los autores salían a escena! Ahora esto se lleva mucho.

Y lo chusco es que muchos de esos éxitos tan... "alumbrados" luego no dan "luz" en

la taquilla. Y conste que en ningún modo podemos aludir al de ayer en la Zarzuela, que fué, en verdad, resonante y merecido.
Floridor.

"A.B.C." 21 diciembre 1928.



MADRID. EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA

UNA ESCENA DE "LA MEIGA", LIBRO DE ROMERO Y FERNANDEZ SHAW, MUSICA DEL MAESTRO GURIDI, ESTRENADA AYER (FOTO ZEGRI)

"El Sol" 21 - XII - 1928.

LOS ESTRENOS DE AYER

Información teatral

ZARZUELA

Estreno de "La Meiga", de Guridi, Romero y Fernández Shaw

Parece como si toda la carrera musical de Guridi, que comenzó por una adolescencia de fino lirismo, para pasar a una juventud wagneriana, encuentra finalmente su madurez en la zarzuela. No es único su caso, y sería tener un concepto pueril de la zarzuela el lamentarlo, porque sea o no un género menor, una zarzuela hecha con dignidad no hace desmerecer a un autor, aunque le haga de oro. Tan mal se gana hoy el dinero, que parece que el hecho de ganarlo sea un menoscabo. No es malo el dinero que recompensa un trabajo honrado, sino el afán del lucro, aun teniendo que ocultar la cara. Y ese decoro de su profesión es una de las cualidades más reiteradas en los autores de la zarzuela que se estrenó anoche, y que son los mismos de "El caserío". Lo

que ocurre es que el buen éxito de "El caserío" les ha inducido a una nueva aventura en el terreno regional, cambiando el ambiente y la intriga, en la seguridad de que no se perdía mucho con el cambio. Ni se perdía ni se ganaba: la intriga de "La Meiga" es tan inocente como la malicia de aquellos aldeanos, tan mal pensados, que por difamar a la linda sirvienta del señor del pazo no echan de ver que nació dos años después de que el marido de su madre se marchó a Cuba. El señor del pazo era mozo entonces y gustaba de la fruta fresca que hallaba al paso. Viejo y achocoso, aún conserva su antigua fama, y mientras que el pueblo considera bruja a la madre de la chica por haberla sabido echar al Mundo en ausencia del marido, no comprende que el cariño que el señor siente por la muchacha tiene más carácter paternal que de otra índole. Todo el mundo, el mundo sentado en la sala lo sabía; todos menos cada uno de los actores, y ni el mismo señor del pazo se percata de las murmuraciones.

Más listo que todos, el camándulas del marido, que acaba de llegar de la Habana, se vuelve atrás haciendo confesión general en la carta salvadora que, naturalmente, no se lee hasta el último acto. Los amores que la maledicencia hacía desgraciados se enderezan y, como hay herencia, el pueblo perdona la ilegitimidad de la muchacha.

El Sr. Guridi, que en "El case-rio" había trazado un euskarismo de antología, con mayor razón tiene ahora que presentar un galleguismo de análoga procedencia. Más experimentado que antes, aun moviéndose en un terreno menos conocido, maneja la nueva paleta con mayor maestría, y, tanto como los autores del libro, hace de su avezamiento su mejor virtud. "La Meiga", por lo tanto, es el triunfo del buen oficio de todos, de su conocimiento de las técnicas respectivas y de su buena mano en la aguja de marear. Pero si "El case-rio" era de una gracia discreta, el dramatismo de "La Meiga" no llega a esa categoría, y todo él consiste en una sucesión de escenas hechas en frío, rezumantes de romance sensiblista, frialdad típica de lo mandado hacer de encargo que la música de Guridi sabe demostrar de un modo inequívoco. El patetismo de Guridi trasciende demasiado a ópera pucciniana; su sentido pintoresco no arranca de las páginas de colección de cantos populares, y sólo su buen conocimiento del oficio le lleva a mejor suceso en los trozos instrumentales, como el intermedio del acto segundo, recia y vigorosa página de música, a la que un firme ritmo sostenido sirve de base en un dinamismo del que puede dar idea al lector la famosa "marcha al abismo" de la "Condación de Faust", y que, en honor del Sr. Guridi sea dicho, no puede asegurarse que sea una página mucho mejor que la suya, aunque la pasta orquestal sea de mejor calidad en aquella. Por lo demás, Guridi ha acertado en todo momento a hacer una orquestación que suene ampliamente, sin tosquedad, y que satisfaga el ansia de sonoridad del público sin incurrir en la grosería. Del mismo modo sabe ser gracioso sin chabacanería, y al emplear la brocha gorda del balle de gaita y tamboril, sabe mantenerse en una discreta reserva.

Dos números hay en la partitura que sobresalen entre todos: uno es ese intermedio. El otro es la canción del ciego y de su lazarillo, acompañada por la chifonía o vihuela de rueda que todavía existe por algún rincón gallego y asturiano, líida melodía que termina en unos graciosos compases del coro de muchachas, y que, para mí, es el mayor acierto y el de mejor gusto de la obra, abundante a satisfacción en trozos de toda suerte, desde la romanza del tenor en el acto primero, que peca de sosa, hasta los dúos del último acto, que fueron los que más efecto causaron al auditorio.

No faltan los trozos cómicos, y el de la despedida de Cirolas, montado en su burro, como el doctor Paganet, es probablemente uno de los trozos bufos mejor encontrados en nuestro teatro popular desde esa ilustre precedente.

Es curioso el hecho de que, estando construida esta obra por superposición de episodios, lo que sobresalga de ella sea la sensación de unidad de conjunto, buena impresión que domina sobre todas las parciales; es decir, que, mientras se aplaude sin dificultad cada uno de sus trozos, ninguno de ellos consigue producir emoción en el público ni otra admiración que el reconocimiento de la buena mano de obra. El procedimiento de Guridi, que consiste en abocetar los cantos populares sin redondearlos, esto es, que los disuelve en seguida en el tejido sinfónico, es un hecho que acredita al músico avezado, pero que tiene un inconveniente grave para las gentes, que salen del teatro sin saber qué es lo que les ha gustado más, y que recuerdan que han oído un poco de todo en punto a aires gallegos, sin saber dónde ni cuándo.

La interpretación fué buena, aun cuando el exceso de trabajo mostrase el cansancio de alguno de los artistas. María Badía luchaba con una ronquera pertinaz; pero su talento se impuso, y su interpretación de la protagonista fué valiente y emocionada. Dorini de Diso y Fiore Pereira fueron las dos mozas, lírica la una y cómica la otra, en unión ésta de Gómez Bur, que fué el ingenio de tanda. Baldrich fué el sensible y enamorado Ramoneño, tan desdibujado como todos los demás personajes de la obra, cualidad en donde se le junta Don García, que fué el barítono Almodóvar. El dúo de éste con la "meiga" en el último acto fué uno de los trozos que causaron mayor emoción en el auditorio, tanto como el "terra, terríña" del tenor, en el segundo cuadro del acto segundo, en el que también hay un gracioso dúo coreado, el del "carrascías". Un intérprete logró destacar sobre todos, y encontró un amplio margen de lucimiento en esta partitura, poco generosa bajo este aspecto: el director, Juan Antonio Martínez, que, sobre todo en el intermedio citado, fué aplaudido con verdadero y merecido entusiasmo. Merece ser citada también la pareja de excelentes bailarines "al natural", María Yuste y José Novas. La escena, bien llevada por Angel de León, que supo destacarse en un papel ingrato. Se aplaudieron algunas decoraciones de Eloy Garay, aunque el telón del último acto sea lamentable. For fin, y para satisfacción de los enemigos del maquillaje, merece la pena de decirse que los tipos mejor caracterizados fueron los pobres "de verdad" del pórtico de la iglesia, en el acto segundo. Y no se tome a broma el asegurar que la vaca, el burro y el galgo se portaron con toda discreción.—S.

NOVEDADES TEATRALES

Estrenos en la Zarzuela y Apolo



Una escena de La meiga, obra estrenada ayer en el teatro de la Zarzuela. (Fot. Pío.)

ZARZUELA.--"La meiga", de Guridi y Romero y Fernández Shaw

En las obras teatrales de Jesús Guridi parece apuntarse, como preconcebido intento, llevar al gran público el valor folklórico español con otro sentido diferente que el resumen característico del tipo castizo y el representativo andalucismo.

Guridi, hombre nórdico, fino observador que asimila el ambiente en que se inspira, busca en él su apropiado reflejo y lo amable a su modalidad. Suaves tonalidades, dejos de poético costumbrismo, algo que se le presta sin la arrolladora dominación de lo exclusivamente sensual en la raza. El quedo hablar, la conseja de marchito aroma mezclado al sándalo oloroso de lo tradicional que va tamizando su fuerza de unas a otras generaciones.

Artista de las melancólicas nieblas peninsulares y los blandos rocíos mañaneros que sorprenden los cantos del pueblo y dan alma a su paisaje. Guridi es el vasco trovero que nos trae el poema musicado del litoral para incorporarlo a nuestra riqueza de arte solariego.

La zarzuela española ha encontrado en sus producciones el más eficaz alentador de su causa, verdadero Lázaro, al prodigio del cual se levantan, para continuar en digna sucesión, los laureles de Barbieri y de Chapí.

Después de su comedia vasca *El caserío*, tan ingeniosamente trazada en la letra de los señores Fernández Shaw y Romero, se traslada nuestro músico a Galicia con los mismos colaboradores, y allí se mezcla y se influye de aquella música regional, más bien de su espíritu y de sus ensañaciones, para dar ser y fortaleza dramática a *La meiga*, ayer recibida en nuevo tesoro de nuestro caudal, en el teatro de la Zarzuela, que tuvo el público de honor, correspondiente a tales autores.

El asunto se basa en sencilla trama alrededor de los amores juveniles que son turbados por maliciosos rumores suponiendo la privanza barragana de la rapaciña Rosiña con el señor del pazo en que se desarrolla la acción, Don García, prócer rural de señalado señorío. La «meiga», personaje bien encarnado por María Badía, es madre de Rosiña, papel a cargo de la Dorini de Diso, que cantó con afinación y gusto, luciendo su voz agradable y representando el tipo con propiedad ingenua; y ésta quiere los amores de su hija guardando el secreto de haber sido aquella fruto de sus antiguos amores con Don García, quien como padre, manifiesta una predilección mal juzgada por cuantos ignoran la realidad. Y así, en episodios prestados a las situaciones musicales, se desarrolla el argumento, pasando por él el personaje cómico, no del todo logrado, de Cirolas, a cargo de Angel de León.

Todo acaba por aclararse, y ello termina en la boda que apetecíamos los del público, que pudimos celebrar la labor de los artistas líricos, la voz y buena escuela del tenor protagonista, Rogelio Baldrich, y el excelente conjunto de sus compañeros; admirar las decoraciones, preciosamente entonadas en la poesía de nocturno de la región representada, debidas a Eloy Garay, y deleitarnos en la ejecución de la orquesta magnífica, dirigida con maestría y arte por Juan Antonio García.

Guridi da en esta nueva producción mayor alcance lírico y orquestal que en su anterior *El caserío*.

Muy cuidada la orquesta, que va presentando claras sonoridades de la más adecuada expresión, me pareció al curso del primer acto vagar más bien en una descripción de comentario suyo, sin adentrarse en ese vuelco objetivo de la acción traducida, y nos deleitamos preferente-

mente en los coros, que son maravillosos, no sólo por el técnico tratamiento de las voces, sino por su sentido de delicada musicalidad, que nos revela el aristocraticismo del artista.

El romance del ciego es un trozo de íntimo atisbo en el sentido de lo popular, y el coro que le sigue lo eleva a su engarce significativo con la acción presentada.

Ya desde el acto segundo penetra Guridi en la intensidad teatral con desarrollos melódicos asequibles a la masa, pero dentro de la lógica y sin abdicar de su distinción, aunque menos acusada en la romanza del acto anterior del tenor y en el racconto de Don García, un tanto inmotivado.

Después viene el intermedio, donde el músico ha creado una página gloriosa para lo sinfónico, haciendo en forma rapsódica una recopilación de motivos populares en una insistencia rítmica, de máximo valor expresivo y de insuperable dinamismo, con una extraordinaria superabundancia en el virtuosismo orquestal. Los motivos populares adquieren el realce de su empleo, aplicado y sentido por un artista de talla excepcional entre nosotros.

El triunfo de Guridi y el éxito de la obra fué apoteósico, porque también el acto tercero es en sí de valor intrínseco y mantiene la inspiración que da superior unidad a la obra.

Carlos BOSCH

LOS TEATROS

El maestro Guridi obtiene un éxito clamoroso en la Zarzuela

"El Liberal"

21-XII-
928.

Para cumplir a conciencia nuestros deberes informativos, empecemos por decir que la zarzuela estrenada ayer tarde en el teatro lírico nacional obtuvo un gande y legítimo éxito de público. Hubo repetidas salvas de aplausos después de todos los números de música, repeticiones de muchos de ellos, muestras de aprobación para premiar aciertos en las escenas dialogadas, salidas a escena en medio y al final de los actos, hasta vivas al maestro y alusiones no muy delicadas a otros maestros que si no tienen la fortuna de agradar al opinante, es indudable que agradan a mucha gente cuando sus obras se mantienen en los carteles y son muy aplaudidas cuando se estrenan.

Esto es lo verdaderamente interesante. Que las obras gusten al público, que paga y mantiene los espectáculos teatrales.

Pero es también deber nuestro dar en estos casos una opinión personal.

Desde luego, la obra estrenada ayer es preciso juzgarla con un criterio elevado y exigente. Los autores de "Doña Francisquita", los que en estos últimos tiempos han producido más y mejores libretos líricos, están obligados a guiar al público; no pueden dejarse guiar por él. Es preciso, para hacer obras dramáticas de vida duradera, no someterse tan ciegamente a los convencionalismos del género; no aceptar con sumisión y como imprescindible cierta manera de hacer teatro que parece inevitable en la zarzuela y de la que prescindir muchas veces los mismos autores cuando escriben dramas o comedias. La eterna pareja cómica que sigue como una sombra a la pareja dramática es uno de los tópicos de construcción de las zarzuelas en tres actos que debe ir desapareciendo. El procedimiento de introducir en la acción cierto género de entremeses, tal como la lectura a medias de la carta del acto tercero, que, aunque sea ingeniosa y fuera muy aplaudida, también pertenece a esa estética de la zarzuela, que por lo visto tiene leyes distintas de las que rigen los otros géneros dramáticos. La comedia o el drama evolucionan, como todas las cosas de este mundo, la zarzuela permanece incommovible. A ningún autor dramático se le ocurriría hoy seguir los pasos de D. Luis de Eguilaz o D. Tomás Rodríguez Rubí. En cambio, los autores de zarzuelas "grandes" se sujetan muy frecuentemente a las normas que siguieron Olona y Camprodón. Lo más notable del caso es que la zarzuela pasó por los años purificadores del predominio del género chico, que debiera haber dado mayor libertad, mayor flexibilidad a la manera de hacer de los libretistas. Pero no ha sido así, y hoy, con raras excepciones, la producción zarzuelera, en su parte literaria, significa un retroceso con respecto a los sainetes y a los melodramas comprimidos de hace veinte años.

Además ocurre con frecuencia en la colaboración de libretistas y músicos que no llegan a ser complementarios; es decir, que como ocurre en el caso presente, si los libretistas entregan su obra a un compositor que es más excelente músico que hombre de teatro, la obra no llega a esa compenetración que da la emoción dramática, y aunque haya muchos trozos de música de la mejor calidad, queda en muchas ocasiones el efecto por bajo de la magnitud del esfuerzo.

Buena prueba de esto es lo ocurrido ayer; el ápice del éxito, el momento en que la emoción del público juntó todas las manos en aplauso entusiasta, fué en un intermedio musical a telón corrido, escrito con la brillantez y la seguridad que caracterizan al maestro Guridi en su manera de tratar los temas populares, con la claridad contrapuntística con que reúne los temas, con el certero conocimiento del efecto que le lleva a la máxima fuerza orquestal, sin vagilaciones ni timideces. Es decir, un éxito puramente de compositor. Y esto no debe ocurrir en una obra dramática.

Los demás números, de gran éxito, son también principalmente los episódicos; este es defecto tradicional en las zarzuelas. Los libretistas deben irse convenciendo de que la música debe acompañar a la acción dramática en sus situaciones culminantes. Así ocurre en el dúo de barítono y tiple del acto tercero, que es un excelente trozo de música dramática escrito con el corazón. También es muy notable e hizo gran efecto la parada del mendigo en el acto primero.

Las escenas populares, así como la manera de escribir los coros, son siempre la parte indiscutible del maestro Guridi. El final del acto segundo, en que el coro de mujeres acompaña delicadamente al tenor, es un momento de gran acierto, tal vez el de mayor emoción dentro de la acción dramática.

No hemos de dedicar a Guridi los elogios baratos de que instrumenta bien, de que maneja con soltura los procedimientos del oficio, etc., etc. Esta clase de elogios solamente tienen algún valor cuando no son verdad. Guridi es un verdadero maestro y no necesita que ahora le aprobemos en un examen de composición.

Lo que sí haremos será manifestar nuestra satisfacción por que siga cultivando el teatro, tan necesitado de maestros que le traigan otras preocupaciones superiores a la obtención del éxito momentáneo y la grosura de la recaudación de derechos.

En arte siempre se da el caso de que los éxitos más duraderos son los que se buscan por caminos menos trillados, más inseguros.

El escenógrafo Eloy Garay alcanzó una merecida ovación en la decoración del acto segundo, de suave entonación y poético efecto, y otra, a nuestro parecer menos merecida, en el telón del tercero.

La interpretación fué en todo digna del más sincero y entusiasta aplauso.

Empecemos por tributárselo a María Badía, que realizó una verdadera hazaña cantando y declamando de manera emocionada y ardiente, a pesar de hallarse afónica. Eso sólo lo hacen los verdaderos artistas, los que a fuerza de corazón y de temperamento vencen las pasajeras flaquezas físicas. El público supo premiar dignamente su gran esfuerzo. Cuando esté en el pleno dominio de sus facultades, ha de cau-

sar gran emoción su interpretación del papel de Meiga.

Dorini de Diso dió un tenue color poético a su papel, lució su voz fácil y cálida, y en una frase del acto tercero, dicha con gran delicadeza, alcanzó murmullos de aprobación, que valen más que los aplausos.

El tenor Baldrich sostuvo siempre el interés y la atención del público en su difícil parte, repitió varios trozos y fué muy aplaudido, así como Almodóvar en un papel poco agradecido, más de actor que de cantante, y Angel de León, buen actor cómico y mejor director de escena. Flora Pereira y Gómez Bur fueron los graciosos tradicionales. El bailarín, gallego auténtico, José Novas, hubo de repetir su intervención, muy bien secundado por María Yuste.

Mención aparte, y no por ser el último menos importante, merece el maestro Juan Antonio Martínez. Ha conjuntado la obra de modo perfecto y la lleva con brío y autoridad. Es un gran director de teatro que merece entusiasta aplauso. Los recibió en muchos lugares de la partitura, y muy especialmente en el intermedio, en el que compartió con Guridi los honores de una prolongada y reiterada ovación.

JULIO GOMEZ



LOS TEATROS

ZARZUELA

«La meiga», zarzuela en tres actos de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, con música de Guridi

Por segunda vez, y con obra de ambiente, vuelve a la escena el maestro Guridi. En la grata compañía de sus iniciadores Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw aborda el tema. Un empresario verdaderamente rumboso sirve el empeño a todo honor.

«La meiga» pretende reconstituir lo que ya parecía olvidado. La labor es honrosa a todas luces. El público con sus alientos bien premia el esfuerzo.

¡Y, sin embargo...! ¿Dónde está el secreto del éxito?, se preguntarán los autores, cuando a solas con su conciencia examinen paso a paso la marcha del estreno.

Porque por encima de las ovaciones, y de las salidas bulliciosas a la escena, y del rumoreo del entusiasmo queda flotando algo, que se trasluce en cansancio cuando apenas fueron apagadas las luces de la batería.

¿Qué porvenir le espera a «La meiga» a partir de la semana venidera?

Esta vez, ni Guridi—al que con tanto calor y fervor aplaudimos en aquella memorable salida de «El caserío»—, ni Romero ni Fernández Shaw, a quien tenemos entre los jóvenes por los autores mejor orientados, han dado en lo cierto.

«La meiga», a fuerza de preparación, de método, de retoque, de labor precisa, de cuidado en la medida, de magnífico ensayo—¡qué estupenda interpretación!—es algo hueco que no llega más allá de la piel.

A nuestros buenos amigos los autores les ha faltado corazón. En Galicia, donde siempre se agitaron las pasiones, donde siempre se mascó la tragedia, a través de su campaña, dulce y de sus melodías candorosas, no les van a agradecer esta lanzada por su fuero.

«La meiga», tratada gigantesca-mente en un alarde musical inacabable, como factura de producción es algo que honra al maestro Guridi. Labor indudable de benedictino; pero labor fría, al fin y al cabo, en que el cerebro organizador lo ha hecho todo.

¿Quién pone defectos como pieza orquestal a «La meiga»? El que los pusiera era que había perdido el sentido.

Siente Guridi la música como el sabio en el laboratorio el placer del descubrimiento.

Poco o nada avezado al teatro el maestro Guridi, todos los temas que le brindan los aborda con esa pauta admirable de su maestría, en que no hay equivocación ni tachadura.

«La meiga», como poema sinfónico, no sólo no tendrá un solo reparo, sino que servirá de base y prueba, como una de las magníficas exaltaciones del maestro.

Pero «La meiga» fría, sin pasión, sin nervio, sin dramatismo, sin esas mismas rebeldías que desentonan a veces del pentagrama, es un peso muerto en la producción teatral del maestro Guridi.

Acaso todo esto le haya pasado al autor de «El caserío» por exceso de honradez. Acaso su misma pureza de procedimiento es lo que haya causado el perjuicio.

Pero el teatro tiene una salsa, y esa salsa hay que dársela sacrificando muchas cosas.

No va por el camino que señala Guridi nuestra zarzuela, ni hay medio de ponderar las esencias de nuestras costumbres y nuestras regiones con esta modalidad escénica.

Y no es bastante con apuntar tal cual detalle—el paso del ciego agorero, la canción del tenor, el cuadro exuberante de la romería...

No es bastante con aquel intermedio brillantísimo, página musical a todas luces de una labor suprema.

A «La meiga», cocida en un ambiente puramente dramático, le falta dramatismo.

Por algo digo más arriba que para abordar este intento hacía falta corazón, y el corazón estuvo ausente de los tres padres de «La meiga».

Claro es que en esta responsabilidad la principal culpa alcanza a los autores del libro.

El asunto es absurdo, por no decir demastado convencional. No tiene un momento de emoción «La meiga», con ir envuelta en un tono sombrío y harto monótono. ¡Eso no es Galicia!

Y cuando los autores tropezan con un personaje que parece de carne y hueso—el de más comicidad en la obra: el «Cirolas»—, bien pronto lo abandonan, atentos a proporcionar motivos de hacer música a su colaborador.

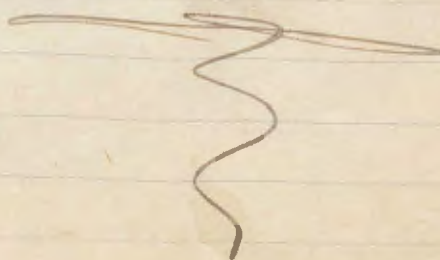
Por esas mismas preocupaciones, toda la acción está demasiado diluida y llega a pesar como losa de plomo.

«La meiga», que tuvo un recibimiento cariñoso, en algún momento harto jubiloso, no envejecerá en los carteles.

Resaltemos la magnífica labor de los artistas de la Zarzuela, muy especialmente de la Badía, la De Diso, Flora Pereda, Baldrich, Almojóvar, León y Gómez Bur.

Y no olvidemos a Juan Antonio Martínez, que llevó la orquesta como el solo sabe llevarla.

ANTONIO DE LA VILLA



"*Re se bate*" 21 - XII - 1928.

ZARZUELA: "La Meiga"

Con la expectación natural después del éxito de "El caserío", se estrenó ayer en el teatro de la Zarzuela "La meiga", original de los mismos autores. Estos han elegido esta vez la región gallega, dando vida a las legendarias "meigas" y planteando un conflicto de difícil resolución probablemente, ya que ni ellos mismos lo resuelven. El libro, de los señores Fernández Shaw y Romero, contiene momentos felices en el segundo acto; pero la exposición del asunto es algo confusa y decae, aún más, en el desenlace. "Cirolas", personaje único, hace un viaje de Cuba a Galicia para enterarse del deslíz de su mujer, "Sabela", con el señor y dueño del "pazo", "Don García". Se entera, en efecto, y, en vez de afrontar valientemente el conflicto, se contenta con hacer irónicas insinuaciones a su rival y marcha cobardemente a Cuba otra vez. "Don García", acorralado por las circunstancias, termina confesando ante el pueblo que "Rosíña" es hija suya y de "Sabela", haciéndola su heredera y otorgando su mano a "Ramón", el novio honrado y un tantico desconfiado. El conflicto sigue en pie, pues la huida del marido y la situación de "Sabela" (la meiga) no tienen nada de envidiables. Los autores desvían el asunto para terminar aparentemente bien, gracias o la desaprensión de "Cirolas". El diálogo, aunque cuidado y bonito, me parece demasiado altisonante para campesinos, y, en cuanto a las situaciones musicales, son las mismas de todas las zarzuelas, incluso el concertante, en el cual se ventilan asuntos muy serios para tratados al aire libre y delante del coro.

Guridi es el gran músico de siempre, y, aunque se le conoce algo que ha salido de su casa para recorrer otras regiones que no son las suyas, ha tenido la noble ambición de superar en su labor de "La meiga" a la de "El caserío"; además es "tan buen chico", que aceptó sin reservas todas las situaciones del libro. Diré, ante todo, que la orquestación es admirable; la ponderación de sonoridades es exacta y suena tan bien la orquesta, que da la sensación de ópera en el más elevado sentido de la palabra. Ha suprimido el arpa, reemplazándola por un piano, resultando de esta novedad (en zarzuelas) efectos preciosos. En el primer acto se destaca la canción de un ciego, que simula acompañarse con su "zampón", resto de la antigua viella, lindísimo número y alarde sonoro, en el cual Guridi consigue habilísimamente la mayor emoción con los menores medios posibles.

El segundo acto, que es el mejor, tras una alegre muñeira, contiene un intermedio magnífico, de obstinado ritmo y de tal fuerza expansiva que, seguramente, es de lo mejor que de él hemos oído; es tan seguro de factura y de orquestación y tanta su brillantez, que pasará al repertorio de los conciertos sinfónicos. También consignaré un trozo popular de la pareja cómica y el coro, muy bonito y entonado. El resto de la música, siempre de un nivel infinitamente superior al que nos acostumbran los otros compositores del género zarzuelesco, son menos personales, y derivan hacia la ópera con ciertas influencias, aunque lejanas, del "Parsifal" en el primer cuadro del tercer acto. En resumen, la labor de Guridi en "La Meiga" es detalladamente superior a "El caserío"; si bien, en su totalidad sea más completa y popular su obra vasca.

María Badía (la meiga) trabajó, hallándose enferma y afónica; así y todo, dió gran relieve a su papel, defendiendo el canto como mejor pudo y representando como consumada actriz. Aunque disfrazada de vieja, resultaba una vieja muy guapa. Tanto Dorini de Disco como Flora Pereira, dieron todo el posible relieve a sus respectivos personajes, algo grises, por cierto. El tenor Baldrich estuvo muy afortunado y destacó con gran lucimiento su bella voz; de todas las obras que ha hecho es, indudablemente, en "La Meiga" donde más se ha compenetrado con el personaje que representa; digamos también que dicho personaje, "Ramón" es el más simpático. Angel de León es un gran actor y buen director de escena, pero los tipos cómicos no le van; el cínico "Cirolas" necesitaba un actor de gran fuerza cómica. Luis Almodóvar personificó al noble señor "Don García" con gran prudencia, luciendo sus grandes facultades, sin hacer los alardes de otras veces.

Réstame hablar de Juan Antonio Martínez y de la orquesta. El maestro Martínez honra la profesión de directores de orquesta. Lo ha demostrado en varias ocasiones, y ayer fué para él jornada gloriosa. Al frente de una orquesta formada por profesores de la

Sinfónica, dispuesta, como lo demostró en "La Meiga", a tocar bien, y con una obra admirablemente orquestada, puede juzgar el lector a qué altura rayaron director y orquesta; fué, para mi gusto, lo mejor del estreno, y merecen los mayores elogios. No se los reateó el público, que ovacionó con entusiasmo al director e hizo levantarse a los profesores.

"La Meiga" obtuvo un éxito franco, acentuado en el segundo acto, el cual, como ya he dicho, es el mejor de los tres. Guridi, Fernández Shaw y Romero, salieron repetidas veces al palco escénico, para corresponder a los aplausos del auditorio.

Joaquín TURINA

VELADAS TEATRALES

ZARZUELA.—Estreno de la zarzuela en tres actos, original de los señores Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guridi, titulada «La meiga»

Nuestro tiempo, el que corre actualmente, asiste a la volatilización del sabor y el color regional. Es la multiplicidad de comunicaciones fáciles la causa responsable de este fenómeno, y los míticos guardianes que la Naturaleza puso en la puerta de las regiones—cordilleras, ríos, altiplanos esteparios—van siendo vencidos día tras día por la voluntad tenaz del hombre. Pero debemos reconocer que en el orden de las personalidades raciales España ha merecido de Cronos especial privilegio, y que la abrupta configuración del solar hispánico nos aporta la no pequeña satisfacción espiritual de contemplar el proceso de uniformidad de la civilización europea desde la diversidad de caracteres raciales de la civilización española. Altozano de contemplación éste que permite gran cúmulo de reflexiones y experiencias, más observatorio también que nos dice de la rápida dispersión de los particularismos provinciales, de la acelerada sustitución de un perfume por otro perfume, del triunfo de lo nuevo y la silenciosa desaparición de lo añejo. En suma, nuestro regionalismo dramático a la moda corresponde a un momento histórico, a un estado del ánimo colectivo que discurre todavía por la intuición y el instinto, sin haber presurado con acicate la asociación de ideas y el sentido crítico. Ello vendrá a su hora, que no está lejos. En este momento asistimos, pues, a la recolección de aromas, de aquellos aromas añejos, cual si quisieran saturarse de ellos nuestras almas antes de que se pierdan en la atmósfera del tiempo; y el literato y el músico actúan de vendimiarios en tal colecta espiritual. Pero sólo motivos de envanecimiento podemos descubrir los españoles en el hecho de que la fusión ideal de las varias razas hispánicas en la gran raza española se realice bajo los fuegos purificadores de las artes: llegado el momento, si el momento llegase, de tener que reafirmar los españoles su fe en los destinos nacionales al pie del altar de la patria, habría en tal augusta ceremonia una infinita ternura intelectual y una emotividad afectiva que no se encuentran en otros hechos semejantes clavados a la condición de clásicos por la historia.

Me ha sugerido el precedente comentario «La meiga», la zarzuela ayer estrenada por los señores Romero y Fernández Shaw. En el archivo de nuestro regionalismo artístico ha de quedar ciertamente «La meiga» como autorizado testimonio de lo que fué, de lo que es todavía Galicia, país del cual la poesía es soberana. Fueron los autores, con el maestro Guridi, en simpática peregrinación, de pazo en pazo, de aldea en aldea, captando al azar de su paseo los rumores del sentimiento gallego. ¿Y cuál es aún el fondo del sentimiento gallego? Pues una gran simplicidad, una gran serenidad de alma; por eso Galicia es maravillosamente poética. La poesía repugna de cualquier complejidad vital. Y los autores han transportado ese ambiente de sencillez, de solenne sencillez, a sus tres actos de «La meiga», dejando deslizar por ellos, con estilizado costumbrismo, la mansa existencia de los habitantes de un pazo. Los conflictos son allí pequeños, al ser contemplados desde aquí. Restos de un feudalismo caduco, hábitos sociales que la miseria impone, irónicas apostillas que la crueldad de la vida opone a la invención del registro civil. Como telón de fondo, tendido sobre el horizonte de Galicia, percíbase en «La meiga» la influencia de América, esa tierra hermana que ha recibido tantas dolorosas confidencias de los corazones gallegos. En Gal-

cia, donde todo respira amor, parece que la vida se complace en oponerse a favorecer los amores naturales. Por esto, quizá, allí se ama más entrañablemente que en otras partes. En «La meiga», los amores de Ramón y de Rosiña, la patriarcal autoridad de don García, las misteriosas artes de la noble Sabela, traducen con fidelidad y emoción la espiritualidad de Galicia. Una vez más exigen alabanzas la probidad y la inteligencia literaria de los expertos libretistas que son los señores Romero y Fernández Shaw.

El triunfo del maestro Guridi fué ayer clamoroso, unánime. El admirable compositor vasco ha sentido la melodía gallega con evidente emoción y gran pureza de intenciones, trabajándola después en su propio pensamiento con la amplísima y rica variedad de procedimientos técnicos que su talento musical posee. En «La meiga» del señor Guridi hay de todo, para todos los gustos; desde una canción popular, de ciegos, vertida a la escena casi desnuda, lo que representa un alarde de orquestación que el público supo estimar en cuanto vale, hasta un espléndido dúo de barítono y contralto que suena y sabe a ópera, a excelente ópera, el maestro Guridi ha ido sembrando su obra de páginas musicales de primer orden. Hay una especialmente, de sinfónica textura, que alzando al auditorio de sus asientos le reunió en ovación inacabable. Es, en efecto, de calidad excepcional esa página. Los amigos de la buena música oirán con delectación los principales pasajes de «La meiga».

De la interpretación merecen citarse todos los nombres: el maestro Martínez y su orquesta, María Badía, cada día mejor actriz; las señoritas Dorini de Disso y Flora Pereira, y los señores Baldrich, gran tenor; Almódovar, León y Gómez Bur, se comportaron como buenos. Un aplauso requiere también la actuación de María Yuste, la gentil bailarina, quien dió su nota, de gracia y animación en un cuadro costumbrista de gran equilibrio artístico.

HIPOLITO FINAT

EN LA ZARZUELA

"LA MEIGA", MUSICA DEL MAESTRO GURIDI, LIBRO DE LOS SEÑORES FERNANDEZ SHAW Y ROMERO

Poco se inventa y renueva en nuestro teatro lírico—nuestro, quiere decir el que marcan los ferroteros de la zarzuela—; pero cuando falta de potente originalidad se encubre con la buena técnica, oficio y dignidad de unos autores como los que hicieron La meiga, todos de buen corazón, con justificado entusiasmo, aplaudimos y borbotaríamos alabanzas sin tasa si este procedimiento de la hiperbólica alabanciosa no significara en nuestras costumbres teatrales exactamente lo contrario de lo que expresa.

A Guridi, y juntamente con él a los Sres. Romero y Fernández Shaw, les fué muy bien con El caserío, en el que recurrieron con mano experta al folklore éuscara; en este su segundo ensayo del mismo tipo se han desplazado un poco más en la región nórdica española, se han llegado hasta Galicia. Tierra, avisada y saudosa, en busca de motivos para su música dramática. No es lógicamente presumible que Guridi conozca el folklore gallego con la misma profundidad y plenitud que el vasco, que es el de su país natal; empero Guridi ha sabido aprovechar con nianza elementos populares gallegos e instaurarlos en una orquestación que, con acierto, se acerca a veces al ambiente instrumental de la región que glosa. Si esta obra es más gallega que aquella vasca, es cosa que no me atrevo con plena seguridad a decir; no obstante, me atrevo a apuntar que me parece que lo popular vive con más convicción en El caserío que en ésta, pese a los préstamos de cancionero; pero, en cambio, la calidad de la substancia lírica, el fácil manejo de los recursos instrumentales, se me antoja en la obra estrenada ayer superior a la otra a que nos venimos refiriendo. Pero si la memoria no nos es infiel y el recuerdo no nos falla, la música de El caserío se nos apareció entonces más dramática—dramática en el sentido de la acción teatral y no del contenido trágico que suele adscribirsele a tal vocablo—, bien que, lo repetimos, menos valiosa como música misma, que posee aquí una unidad de factura, una redondez de forma, una calidad instrumental, un vigor rítmico, un deseo de rehuir lo excesivamente mantido y trivial que es absolutamente infrecuente en este género.

La Zarzuela parece querer abandonar la fragmentación en pequeñas cancioncitas y numeritos, sin nexo y trabazón musical entre sí

por una continuidad que, sin llegar al sinfonismo, lo aproxima a la unidad de las óperas de la época actual, por ejemplo, al puccinismo, que Guridi, lejos de desdenar, va voluntariamente a su encuentro, sobre todo, de un modo que parece deliberado y expícito, en el dúo del primer cuadro del último acto, en el que los recuerdos de Bohemia, Tosca o Butterfly no son difíciles de provocar en el ánimo del auditor.

Los pareceres mostrábanse unánimes en apreciar que los trozos más conseguidos son: la canción del mendigo del primer acto, creada por un grupo de muchachitas y terminada por una corta frase del tenor; la instrumentación es muy graciosa y fina, y bien ambientado su corte melódico; el otro trozo a que nos referimos es el interludio del segundo acto, en el que sorprende, más que otra cosa, su mantenido vigor rítmico y su climax dímico, que se pretendía emparejar, no sin motivo, a la marcha al abismo de la Condenación de Fausto, de Berlioz. Quizá hay en la obra un pequeño abuso de intentar ablandar el corazón sensible de los espectadores con los recitados melodramáticos, en el contraste entre el tema patético y el alegre, popular, que una mano de músico perito conduce hábilmente. Otra porción de números merecen también los entusiásticos aplausos que se les tributaron: la danza, muy bien conseguida por los bailarines, me imagino que regionales, María Juste y José Novas; el solo del tenor con un coro de muchachas, el coro que se acompaña con las vieiras (conchas de peregrino)...

El libro, sin llegar al acierto pleno y a una gran originalidad, es digno y mantiene viva la atención del espectador. Su trama es inocentona y no muy consistente; los versos de que se sirven, viejo estilo, son unos buenos y otros menos buenos; el personaje cómico, Cirolas, es quizá el más conseguido en la comedia; su intérprete, Angel León, logró un buen éxito. María Badia, la meiga, luchando con una pertinaz ronquera, hizo esfuerzos dignos de todo encomio; Baldrich, el tenor que cosecha más aplausos en el género, fué un tierno enamorado de la mocilla sensible y zalamera que representó con acierto la señorita Dorini de Diso. Flora Pereira y Gómez Bur tuvieron a cargo la tradicional pareja cómica de las zarzuelas, en la que salieron muy airoso: Almodóvar representó y cantó con soltura y dignidad al viejo y noble señor del Pazo. No queda por citar más que el director de orquesta, Juan Martínez, y a la orquesta misma, que merecieron con creces los aplausos que se les tributaron. La hicieron muy bien.

Los coros deben trabajar y saberse más a fondo algunos trocitos.

La escena, bien servida. Se aplaudió una decoración realista, felizmente conseguida, del escenógrafo Eloy Garay, y un telón de los alrededores compostelanos que, para hacer honor a la fecha en que nos hallamos, finge muy bien esas decoraciones de mazapán que, en los escaparates de las tiendas de comestibles, son la admiración de los transeúntes pascales.

Una buena jornada para todos, incluso para el público.

J. DEL B.

COMEDIAS Y COMEDIANTES

ESTRENOS

ZARZUELA.—"La Meiga".

¿Lograban transmitir al espectador los señores Romero y Fernández Shaw el alma popular de Galicia a través de este nuevo libro que lleva el título de "La Meiga"? Aunque nosotros hubiéramos dejado de percibir la "vibración del alma popular de la región" que pretendían ofrecer a los concurrentes, tendríamos que culpar de ello a las deficiencias de nuestra sensibilidad después de esta declaración de los autores: "La Meiga" ha sido honradísimamente preparada, mediante la documentación directa del natural, en largas correrías por el país, y no en plan de turistas, sino de hombres de estudio." Y, por si eso era poco, hablaban de colaboraciones regionales ilustres y de las sugerencias de las obras de todos los poetas y novelistas gallegos.

Convendría, por lo tanto, que sería una audacia sin nombre por nuestra parte opinar en este caso, olvidada nuestra modestia de las indiscutibles autoridades invocadas. Verdad es que hace bastantes años D. Manuel Linares Rivas nos había brindado en el propio teatro un aspecto de ese alma popular gallega con su zarzuela "Santos y melgas", y que nos era dado comparar las impresiones dramáticas de ayer y de hoy. Pero ocurre también que la pretérita carece de validez, porque D. Manuel Linares Rivas es gallego, y, según parece, es mejor la visión del extraño del país, pues puede ser "objetiva y ecuaníme, como no siempre sería una retina apasionada por el amor a la patria chica".

Lo que sí podemos afirmar es que el decoro literario característico de los señores Romero y Fernández Shaw se halla presente una vez más en este "romance", con trozos de buena versificación, en el que el error, fácilmente subsanable desde el principio, que gravita sobre la fama de una muchacha, es todo el fundamento de la acción. Además, servidores experimentados de la música, más que guías efectivos, como sería nuestro deseo, si quiera en esta apreciación entre de nuevo nuestra torpeza—o nuestra "injusticia", con arrego al eufemismo de los autores—, al no notar su actuación en todos los paréntesis o intermedios musicales, ofrecían al maestro Guridi amplio campo para su intervención. Y el ilustre compositor, que había recogido en Galicia, con anterioridad a los libretistas, incontables melodías, las cuales dieron por resultado una rica motivación de temas personales, obtuvo un señaladísimo triunfo, digno en todo de las resonantes victorias de "Mirentxu" y "El caserío". La música nos trasladaba a Galicia, a una Galicia de ensueño, llena de sugestión y de belleza, y en esto sí que no había duda, pues la hubieran disipado al instante la emoción y el entusiasmo del auditorio.

Guridi, en efecto, ha escrito una partitura considerable, que viene a aumentar con una nueva joya la riqueza de nuestro arte lírico. La inspiración va servida por una técnica que logra la máxima expresión orquestal, todo ello presidido por esa unidad de conjunto que es lo que acaba de establecer la consistencia de la obra artística. En el primer acto, los coros, magistralmente tratados, nos dicen la importancia que ha de adjudicárseles como elemento descriptivo y evocador. Sobresale en ese cuadro el romance del ciego y el coro que le sigue, mereciendo ser recordados especialmente un recitado de tenor, un duetino, un dúo y un concertante. En el segundo acto, las melodías adquieren toda su importancia, teatralizándose la música sin mengua de su valor, sobresaliendo en el centro de él un magnífico intermedio que puso al público en pie y en el que los más variados motivos populares son tratados con una extraordinaria maestría orquestal, que hace de tal momento una página sinfónica de muy altos merecimientos. Y así sucesivamente, hasta el dúo final que pone digno remate a la notabilísima partitura.

Un resonante éxito del músico, en suma, que tuvo que presentarse incontables veces, casi en cada repetición, victoria que se extendió a los libretistas. La obra, sin embargo, adolece de excesiva amplitud. María Badiá, que estuvo discreta como actriz, pero que no es ni mucho menos una actriz dramática de la calidad que querían indicar los aplausos; Dorini de Disco, la excelente cantante; Flora Pereira, Esperanza Hidalgo, el tenor Baldrich, el barítono Almodóvar, León y Gómez Bur, destacaron especialmente. Muy bien los coros y la orquesta, dirigida por el maestro Martínez, así como el decorado de Eloy Garay.

José ALSINA

"La Nación"
21-XII-1928.

“La meiga”, en la Zarzuela, y “Cascabeles”, en Apolo

EN LA ZARZUELA «La meiga».

El maestro Guridi ha compuesto una copiosísima y admirable partitura, pero sobre todo ha dado una magnífica lección orquestal. Eso es lo que resalta más de su interesante labor en «La meiga»: un magistral empleo de la orquesta, un sabio y artístico uso de todos sus recursos, un aglutinamiento de todas sus posibilidades y una amplitud sonora y grandiosa, en la que se han hecho destacar todos los matices. El intermedio, en que los temas y ritmos se enlazan y entrecruzan a la manera que en la partitura de «Las golondrinas», es una bellísima página de concierto.

Ha acertado plenamente el maestro Guridi en todo cuanto ha sido interpretación de temas y motivos populares; su preparación técnica, profunda y firme, ha sabido conservar el perfume original; pero no ha podido mantenerse a igual altura cuando ha tenido por principal base su propia inspiración. Es decir, que está bien, absolutamente bien, la versión de lo que ha tomado de Galicia, pero no tanto aquello más personal, en que Galicia no fué cantera, sino inspiradora.

Hay, además del intermedio ya citado, la canción del ciego y el lazarillo, bellísima; una muñeira de mucho color y algunos coros admirablemente sentidos. Entre aquello en que no se ha buscado con exceso el sabor regional, sino la libre inspiración, de aca un gran dúo de tiple y barítono en el tercer acto.

Se repitieron los números de que queda hecha mención—el intermedio entre verdaderas aclamaciones—y algún otro.

Para el maestro Guridi fué el estreno un verdadero triunfo. Hablemos ahora del libro.

No puede dar de sí la pobreza del asunto materia para los tres larguísimo actos, y así el libro resulta lánguido, es caso de acción, cansado y fatigoso, con una merma en su interés, porque el secreto de la paternidad, celosamente guardado, no lo está tan bien que el público no lo adivine desde el primer acto.

El tipo central, Don García, es un humilde y desgraciado remedo del magnífico Don Juan Manuel Montenegro, de Valle Inclán; los caracteres son flojos; los tipos cómicos no están logrados; el lenguaje es más elevado del que corresponde a los personajes, y, como evocación de Galicia, no llega a ser «Maruxa», con tener más pretensiones que «Maruxa».

Da la impresión de un cromó hecho de lo que debía ser un aguafuerte.

No hay un tipo: el señor carece de la bárbara nobleza del del Pazo de Lancaón; meiga no causa impresión, y de toda Galicia supersticiosa y ancestral no hay el reflejo que se debe pedir a una obra rapsódica. Debe agradecerse, sin embargo, a favor de los Sres. Romero y Fernández Shaw el buen empleo del coro, a la manera clásica, como un personaje importante de la obra.

La puesta en escena ha sido cuidadísima. Sin embargo, se ha incurrido en el error de ofrecer unas fobias de realidad, que contrastaban violentamente con la acción escénica. Así, los pobres auténticos en la puerta de la ermita rechazaban a los cómicos caracterizados de tales, no sólo por la verdad de su caracterización, que hacía más falsa la

cos que, desentendidos del público, atendían a lo que pasaba en escena. Ellos, la vaca, el burro y el galgo fueron los más artistas.

Del decorado, hay que elogiar tres cuadros muy bien entonados y conseguidos.

En la interpretación, muy bien María Badía, que, aunque terriblemente alóntica, suplió con su arte de comediante lo que como cantante no pudo hacer; Flora Pereira, graciosa y desenvuelta; Almodovar, muy bien, así como Baldrich y algunos de los demás elementos del reparto.

La orquesta, admirable, bajo la batuta del maestro Martínez.

El maestro Guridi tuvo que salir infinitas veces a saludar al público, y al final de los cuadros y actos todos los aires.

JOSÉ DE LA CUEVA

“Informaciones”
21-XII-928.

Impresiones de un espectador ingenuo ZARZUELA

No hay, por lo visto, un rincón de Galicia sin una cruz. Por lo menos en el teatro. Y ya sabemos que cuando no es plática, sino cómica, en el centro de la escena, es para que algún cómico se eche a llorar sobre ella. No falla.

*
¿Por qué, cuando el tenor canta dentro, los que están en escena se quedan como estatuas?

*
¿Qué modo lleva el corista que conduce la vaca?

*
La laboriosidad de Galicia sale muy mal parada en esta obra. Se pasan la vida de fiesta, aunque para despistar hablen en tono triste y mentoso.

Sólo trabaja el señor un momento con la guadaña, y en seguida vienen a interrumpirle.

*
Cuando termina el intermedio, el profesor que toca los timbales se enjuga el sudor. En justicia, debe cobrar doble.

*
Galicia, Andalucía, Aragón: ¡qué es condidas tenéis vuestra alma y qué fáciles parecéis a los que no perciben nuestro misterio!

"Heraldo de Madrid" 21 - XII - 1928.

LOS ESTRENOS DE AYER

"La Meiga", de Guridi, obtiene un gran éxito

Jesús Guridi ha logrado con su partitura de «La Meiga» hermanar las exigencias de la dignidad artística con las aspiraciones musicales del auditorio. Es una magnífica partitura de público. Labor árida e ingrata para un compositor la de disciplinar en todo momento su personal sentir a los ritmos y melodías folklóricas. Se necesita ser gran músico, sabio constructor de edificios sonoros, en los que los temas se convierten en elementos a utilizar con genial intuición, pero también con pleno conocimiento de causa.

La lírica gallega, un tanto monótona de ritmo y cadencia en su folklorismo sentimental, tiene en contraste danzas típicas, animadas, alegres, con ese optimismo sensual que se descubre a través del propio ambiente galaico, externamente melancólico.

Guridi ha recorrido, acompañado de los libretistas de «La Meiga», toda la región de Galicia; ha escuchado los aires característicos en auténticas fuentes, en toda su lozanía y espontaneidad. Debíó de llenar con su menuda nota muchas páginas de apuntes; tal vez nos ofrezca ahora un nuevo y más completo racionero, que sería muy de agradecer. Y su fina sensibilidad, su temperamento de músico y de autor le hicieron elegir y ordenar con mano segura los motivos sobre los que había de bordar el tisú sonoro, tan rico en matices orquestales y en melódicos arabescos. También, con instinto seguro, supo adornar a cada melodía con las galas más en consonancia con su estilo y carácter. Y así, lo mismo unió en erudito contrapunto el tema de la danza de espadas—de ritmo tan enérgico, llamativo y viril—con un canto lírico, en el magistral intermedio, alardeando de técnico exquisito, que presentó en su nítida simplicidad la canción del ciego al son de la típica zambona, descendiente directo del arcaico organistro del siglo IX, cuyo gangoso sonido imita la orquesta—violas con y sin sordina «sul ponticello»—con acierto admirable y austera sencillez.

El éxito acompañó al maestro Guridi desde el primer momento. Ya el ligero coro que sirve de entrada a la tiple y al tenor cómicos—primer número en orden—fué repetido, y la misma suerte les cupo a la mayoría de los otros números que integran la obra, a pesar de las grandes dimensiones de algunos de ellos.

La canción del ciego—quizá de lo más conseguido y emocional—; un coro de mozas en la fuente consultando a «la meiga»; una bella canción del tenor, llena de lirismo, y un dúo de tiple y barítono que enlaza con un final de amplia envergadura y pródiga intervención de coros, constituyen el primer acto. Durante él pisó Guridi varias veces la escena y los libretistas fueron ovacionados como poetas delicadísimos en la tierna escena hablada del tenor y «la meiga».

El segundo acto se inicia con un número de romería; colorismo a lo ruso; órgano, campanas, y piano en la orquesta, como instrumento de sonidos breves que sustituye al arpa con ventaja en novedad y en potencia sonora; es iniciativa que debe seguirse y un bello y fácil elemento complementario.

Después un número de mozas con el tenor, que se bisó; una «muñeira» animadísima y de vigor orquestal y rítmico, primorosamente bailada dos veces por el danzarín regional José Novas y por la bellísima primera bailarina María Yuste, que ha sabido anexionarse maravillosamente el típico estilo popular. Luego el intermedio, la página orquestal de más efecto, donde el Jesús Guridi, siempre admirado como escritor sinfónico, traza la rúbrica de su personalidad y de su maestría. Bien concebido y mejor realizado, es una polieromía popular digna de acrecer el repertorio de las grandes orquestas. Brindamos a Pérez Casas o a Lasalle la idea de incluirlo en algún programa próximo, y estamos seguros de que Villa, que asistió al estreno, la incorporará al lado de la «pantomima» de las «Golondrinas»—de otro educando de la «Schola Cantorum», como Guridi y como Turina—a los interesantísimos conciertos de su Banda. En una orquesta de concier-

to aún ganará en efecto el hermoso intermedio; no porque en la Zarzuela lo interpretaran mal—los ejecutantes son magníficos y el director inmejorable—, sino que al aumentar la cuerda resaltarán con mayor brío la melodía de la danza de espadas, que en el teatro tapa casi siempre el metal. El número determinó una ovación delirante y el momento álgido del éxito; se oyeron vivas y voces de entusiasmo. En el cuadro siguiente otro bello final de gran efecto paté-

tico; la sentida canción del tenor, acompañada por la polifonía vocal, primero en escena y después tras el decorado, es pincelada romántica del mejor gusto.

Constituyen el acto tercero un cuadro musical a base de un dúo que termina en parlante, un intermedio con voz interna—canto de arriero—, una graciosa alborada, cuyo ritmo marca el rozar de unas conchas, que se bisó, y el final de la obra. El éxi-

to logró mantenerse hasta el final sin perder su eficacia.

Romero y Fernández Shaw se manifestaron una vez más como los libretistas líricos por antonomasia. Fuerza evocadora en el ambiente, preñado de lirismo; fuerza lírica en todas las situaciones musicales y hasta virtualidad de vates líricos en numerosos parlamentos, como el final del primer cuadro del segundo acto, acierto definitivo de los tan aplaudi-

dos poetas dramáticos. A escena salieron en medio de la obra e innumerables veces después de caer la cortina.

Obra difícil para los intérpretes. Guridi los ponía a prueba como cantantes; Romero y Fernández Shaw, como actores.

Ya hemos elogiado en otras ocasiones los perfectos conjuntos de la compañía de la Zarzuela; su labor en «La Meiga» es para acreditar a un elenco. Imposible parage que un tenor como Baldrich—cantante exquisito—, una tiple como María Badía—que a pesar de hallarse algo ronca triunfó y es una mezzosoprano de cuerpo entero—y un barítono con facultades vocales tan excepcionales como las de Almodóvar, puedan declamar versos con tal naturalidad, seguridad y dominio. La Badía se consagró como actriz vibrante, de verdadera fibra y con modulaciones declamatorias por demás expresivas. Baldrich, en misión tan ingrata para la mayoría de los «divos» como recitar versos, logró triunfar en toda la línea y su dicción fué siempre grata y de artista inteligente; como cantante fraseó con el buen gusto y ponderación necesarios en un estilo como el de Guridi, donde las voces

son un instrumento más de la rica paleta de timbres. Almodóvar dió prestancia a un papel de actor con muchas cuartillas a su cargo, que estudió con tan buen deseo como acierto tuvo en recitarlas; es un verdadero esfuerzo que merece el aplauso.

Dorini de Diso, que cada día se afianza más como excelente primera tiple; Flora Pereira en un breve papel, que avalloró con su prestigio y su arte, ya que para gran actriz no hay papel pequeño; Gómez Bur, con natural gracejo y comicidad; las señoritas Hidalgo, Ruiz, Lucila y Cuevas, y los Sres. Arenas, Carrasco, García Morales, Viniégla, Carrere y Pineda cumplieron muy bien en sus

Zarzuela

DOMINGO TARDE Y TODAS
LAS NOCHES

LA MEIGA

respectivos papeles. Angel de León, el laborioso y entusiasta primer actor, creó un simpático tipo de gallego repatriado, con naturalidad y realismo, y su labor como director de escena fué muy estimable.

El decorado, de Eloy Garay, un acierto, así como el vestuario, de Peris. Dirigió con su habitual dominio Juan Antonio Martínez, a quien cabe la suerte de haber estrenado los mayores éxitos líricos.

JOSE FORNS.

"Heraldo de Madrid"

22-XII-928.

VER, OIR Y CALLAR

El público del estreno y el de la segunda representación

El público del estreno es el que fué a ver «La meiga». Público que pone reparos imperceptibles, de matiz, antes de entregarse.

El público de la segunda representación es un público más bueno; pone menos reparos, y si, andando el tiempo, asistía a las sucesivas representaciones de «Cascabeles» veréis como a cada una que pasa el público es más bueno; es decir: habla menos y, por tanto, critica menos.

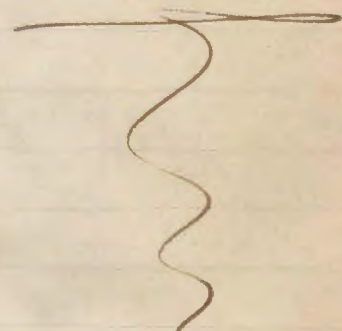
:-: «LA MEIGA» :-:

Los bilbaínos, en la Zarzuela, estos bilbaínos que agotan las localidades del clásico teatro cuando gestrena Guridi, pagándolas a los precios que se las pongan en las ventas, dicen que el maestro no tiene inspiración. Dicen que si se va al tema vasco siempre que construye; que sus cosas recuerdan la Scherezada. En fin... Yo he oído hablar mal de Serrano en Valencia, de Guerrero en Toledo y de Luna en Zaragoza. No me extrañó nada, pues, que esos bilbaínos que no conocen personalmente a Guridi dijeran que no tenía inspiración. ¡Serán de su mismo pueblo!

En cambio, a los amigos del gran vasco, a Barrecochea, Ormaechea, Echevarría e Ibarreche, el éxito les alegra sus «pajarillas» de tal manera que entran en trombón en los pasillos del escenario, cogen al músico y lo zarandean durante unos minutos, tirándole ya de un brazo, ya de la chaqueta... Todos encantados con ese acento de ingenuidad

del pueblo vasco. Parece como si hablaran en un tono ajeno a toda emoción. Yo no concibo a un bilbaíno apasionado. La paradoja se verifica una vez más en las cuartillas amplias, ávidas de tema.

Valgan a Luis Guridi contra esas opiniones de algunos paisanos suyos esas otras opiniones calladas y sobrias, tan raras en esos otros que también hacen música; valga la emoción de Morató, el músico novel, que desearía hacer llegar él mismo—con una omnipotencia prestada, si es posible—la emoción orquestal de Guridi como debe «llegar» al público.



GALICIA EN EL TEATRO

ANTE EL ESTRENO DE "LA MEIGA"

LOS AUTORES

A MODO DE SEMBLANZA

Guridi no sabrá nunca ser vanidoso. No está preparado para serlo. Y no podría serlo aunque quisiera. Es como esas muchachas agresivamente guapas que quieren, por broma, desfigurarse y se pintan deformándose el rostro. A través de su propia obra, sigue siendo guapa. La sencillez de Guridi, esa modestia suya de hombre naturalmente ingenuo, no tiene afectación. Los hombres que ejercita la modestia no son como Guridi. El la tiene y no se ha enterado todavía.

Pequeño, posegado, toda su movilidad personal se ha fijado en los ojos, unos ojillos cándidos y vivaces, a un mismo tiempo, que dicen de su bondad de niño grande y expresan todo el talento de hombre excepcional.

Realmente nada sería más difícil que describir dos cosas gemelas y hacerlo de distinta forma. Los matces acusados, el relieve exterior ha de tener igual definición en cada caso. La formación psicológica de Guillermo Fernández Shavy, uno de los autores del libro de "La Meiga" se sepa poco de l de Guridi. Guillermo Fernández Shavy, poeta exquisito, escritor cultivado, periodista sagaz y certero es antes que todo eso y por encima de todo eso un hombre fundamentalmente bueno. Su timidez característica no es el miedo instintivo de los pobres de espíritu. Es el temor de molestar. Es en fin, que Fernández Shavy anda por la vida de pupillas, como lo hacemos al entrar en el cuarto del pequeño que duerme.

Federico Romero es otra cosa. Uneridad, acción, dinamismo, ruido, acometividad. Alto, espigado, fibroso, es de estos hombres que han nacido para dirigir.

Su clara inteligencia se desborda multiforme. Habla con la voz, con el gesto, con las manos, y tiene esa simpatía de catarata que es privilegio de los espíritus sinceros. La gran ventaja de los hombres como Romero está en que el rostro, la expresión, la actitud son un reflejo barométrico del estado interior. No hay posibilidad de una contradicción entre el fondo y la forma. No les dá tempo...

LA OBRA

COMO NACIO "LA MEIGA"

—No se preocupe usted—me dice Fernández Shavy, venciendo sus escrúpulos—. En el escenario quedan Federico y el maestro.

—Si me necesitan, si quieren consultarme algo ya me llamarán...

—Es que la necesidad de esos caracteres...arguyo, recuperando la tranquilidad.

—No le importe. De acuerdo con la empresa hemos hecho fijar esos letreros advirtiéndole que, rigurosamente, no se permitirá pasar a nadie durante los ensayos. Pero usted es ahora EL PUEBLO GALLEGO y con el gran periódico de Vigo no podemos nosotros hacer eso. Al contrario. Encantados...

—¿Cómo nació "La Meiga"?

—La obra nació como consecuencia de "El Caserío". A raíz de su estreno habíamos de la conveniencia de hacer otra obra. Guridi nos dijo que tenía bastante conocido el ambiente gallego. Había ido a Galicia a inaugurar un órgano en el Convento de Franciscanos de Pontevedra y tenía gran amistad con el padre Luis Fernández, el organista.

Durante su estancia en aquella región estudió la música popular gallega, cómo lo demuestran varias cantos que estrenó Guridi en la Coral de Bilbao.

—¿Copocen allí alguna interpretación gallega del maestro bilbaíno?

durante nuestra visita a Galicia, a una función en que el notable aficionado tenor señor Roca interpretó, magistralmente por cierto, unos "cantos de arriero" de Guridi.

Nosotros—sigue diciendo—acogimos la idea con gran ilusión. Y convenimos que no se podía hacer la obra sin ir a Galicia y estudiarla de cerca.

Hace dos veranos Romero y Guridi tomaron casa allí y pasaron cuatro meses. Yo estuve un mes con ellos. Luego hemos vuelto.

Allí se nos brindó una hospitalidad y una acogida extraordinaria. Tanto el padre Luis, como don Perfecto Feijóo y don Casio Sampedro, ambos de Pontevedra, el señor Santalices de Orense, y el párroco de Ribadavia y los muchachos orfeonistas del pueblo de Arnoya, se desvivían por complacernos y obsequiarnos.

—¿Visitaron ustedes toda Galicia?

—Recorrimos preferentemente las provincias de Pontevedra y Orense y el Sur de La Coruña, llegando hasta Santiago. Otro elemento importantísimo en nuestro trabajo de información fué el popular don Victor Mercadillo, factotum en Pontevedra que nos acompañó en casi todas nuestras excursiones. Es uno de los mejores concedores del país. En cuanto a Guridi le facilitó mucho su labor otro señor de Vigo, don Santos García.

En Vigo asistimos a concursos de orfeones y bailes. Guridi fué jurado de un concurso en Pontevedra. Recorrimos todo el valle de Arnoya, que por tener menos comunicaciones, conserva más sus costumbres y destaca mejor los cantos antiguos.

Con motivo de nuestra visita, se organizaron fiestas populares.

—La acción de "La Meiga", ¿nació de la misma visita?

—En efecto. Al recorrer Galicia nos fijamos en las características y problemáticas que más afectan a la región.

—¿Epoca?

—Desde luego la obra la hemos situada en 1870 y tantos. Principalmente, por cuestiones de indumentaria, pues sabido es que hoy apenas se conservan en aldeas y valles los trajes típicos, y no se concibe una zarzuela gallega sin trajes característicos de la región. Puestos en aquella época, observamos el conjunto de los foros, la vida de los nobles en sus residencias feudales, los pasos, el movimiento emigratorio hacia Cuba y otros elementos de que no debíamos prescindir para la composición de la zarzuela.

Dentro del argumento, hemos estado atentos, tanto a procurar situaciones típicas a Guridi, como a reflejar momentos típicos y fiestas gallegas. Todo ello pensando en aquel ambiente, en aquellas costumbres, y en aquellos problemas.

—¿La forma exterior?

—La obra está escrita en verso y tiene cierto carácter legendario. Está inspirada tanto en nuestra visión de Galicia como en la emoción que llevó a nuestro espíritu la lectura de las obras de D. Ramón del Valle Inclán.

Hemos huído de marcar la prosodia gallega y toda la obra está inspirada en un profundo amor y en un sincero respeto para Galicia.

LA PARTITURA

—Creemos—me dice Fernández Shavy hablándome de la música de "La Meiga"—que el maestro Guridi ha hecho la partitura que la gente espera de él, después de su éxito de "El Caserío".

Como ha estudiado bien a fondo el "folk-lore" gallego ha podido hacer una obra meditada. Musicalmente ha descubierto una Galicia muy variada, con cantos muy alegres y pintorescas

está la nota tierna. También, varios momentos dramáticos.

Hay números de grandes conjuntos como "la muífeira" y la "alborada" y otros en que ha puesto una gran emoción, como creemos que es el "terra, terra", el adiós a la tierra del emigrante.

—¿Recuerda usted cuales son los números de "La Meiga"?

—Veamos. Primer acto:

1 —De entrada. A base de coro y pareja cómica (señorita Pereira y señor Gómez Bur).

2 —El ciego de Lestrove que va tocando la zanfona.

3 —La meiga, que es la contralito (señora Badía) y las mozas. Estas con las ferradas a la cabeza.

4 —Romanza del tenor (señor Baldrich)

5 —Dúo del tenor y la tiple (señorita Dorini de Disso).

6 —Final del acto. Raconto del barítono (señor Almodovar).

Segundo acto (primer cuadro):

7 —Presentación de la romería. Fiesta en el santuario de San Bieito (vendedoras, mujeres, ofrendas, penitentes, mendigos).

8 —Tenor y mozas.

9 —Muífeira.

10 —Fondo de salve durante una plégaría recitada de la contralito.

11 —Intermedio.

Segundo cuadro.

12 —Número cómico. Los parranderos (tenor cómico y tiple cómica con mozas y mozas).

13 —Concertante final de acto con el "adiós a la tierra" del tenor.

Tercer acto. (Primer cuadro):

14 —Pequeño preludio.

15 —Dúo de barítono y contralito con intervención final de la tiple.

16 —Telón corto.

Intermedio con cantos, interiores, de arriero.

Último cuadro:

17 —Alborada (barítono y coro).

UN ENSAYO DE "LA MEIGA"

Entramos en la gran sala en tinieblas. Al fondo, en el escenario lucen unos focos potentes que alumbran solamente el tablado. Un piano. A su lado Guridi sigue lo que toca el maestro del teatro. Se acerca al papel. Vuelve. Gira. Dirige sin batuta.

En el centro de la escena, los coristas, formando un semicírculo, dejan ver el contraste de sus trajes cortesanos de ante, con las varas finas y largas la que apoyan las manos. Las mismas que sacarán en la función. Es la romería. La muífeira. Un mozacon forpido y ágil, en mangas de camisa, los pelos en la frente, baila. Mag que bailar se descoyunta. Enseña a los demás. Me dicen que es un bailarín gallego que vino expresamente para montar la parte coreográfica.

Federico Romero se inquieta dentro de un ancho sillón de cuero. Al fin, salta. —Ahora, ustedes bajan. Más, más cerca. Este es el momento. ¿Entendido? A ver, maestro, otra vez.

Arriba, lejos, no sé dónde, suena una orquesta. Se oye que toca, pero no lo que toca. Es la del teatro que ensaya en un desván, aprovechando las mismas horas, Guridi si la oye. Y hasta percibe los errores propios del ensayo. Está abajo y arriba al mismo tiempo.

Ha terminado el número. Se prepara otro. El que sigue. No hay que perder tiempo.

El bailarín y una de las muchachas siguen ejercitándose en un rincón. A ese gallego que se descoyunta hay que pararle. Se le ha roto la cuerda y estará así toda la vida si no se le sujeta.

Ángel de León, el director de la zarzuela se dirige a Guillermo:

—Esto va muy bien. Va a resultar



El ilustre compositor Jesús Guridi, autor de la partitura de la ópera gallega "La Meiga"

Los autores de "La Meiga", Sres. Guridi, Romero y Fernández Shaw, durante la excursión que efectuaron el verano último por Galicia

Guillermo Fernández Shaw, autor con Federico Romero del libro de "La Meiga"

"La Meiga" es una obra hermosa. Tiene, tiene ambiente. ¡Qué acto más moral! ¡Se han lucido ustedes, amigos!

—Ya veremos, ya veremos...

LO QUE ES LA OBRA

Una plaza en la aldea. La bifurcación de dos caminos. A un lado la casa de "La Meiga". No es bruja. Cura, aconseja. Es la saludadora. Con ella viven sus dos hijos, ya mozos, Rosalío y Rosiña. Enfrente viven Ramoncito y su hermana. Ramón quiere a Rosiña.

La moza se fué al pazo. Para servir, que ha de ayudar a su madre. Pero en el pazo vive el señor feudal, don García, amo de haciendas y de vidas en Castrelo. Se dice que casó del último amorío y que llevóse a la rapaza, con aviesa intención. El ciego lo canta en sus romances.

Ramón se desespera. Lloro, con desconsuelo, la traición. Pero "La Meiga", enérgica, indignada, le convence. Su hija es pura y don García la ha de respetar.

Entretanto Rosalío corteja a la hermana de Ramón, preparan el añadar de sus amores y son felices.

Llega Cirolas, el marido de Sabela, "La Meiga". Viene de América. Falta 20 años del lugar. Abraza a su mujer y a su hijo Rosalío. Momentos antes ha llegado Rosiña del pazo, pero Cirolas no se acuerda de ella. Nació después que aquél marchó.

La llegada de Rosiña tranquiliza a Ramón. Hay entre ellos un dúo amoroso.

Aparece don García, el señor. Sufre en escena un desvanecimiento. Se pone malo, Rosiña le auxilia. Le dá su brazo. Sale con ella. Los mozos lo comentan. Ramón desespera y sufre de nuevo.

Segundo acto. La romería. Mozos, mozas, Cantares, balles, alegría. Unos y otros incitan a Ramón. Rosiña no le quiere. Será de don García. El no cede. Ha de ser para él, pero lejos de allí. Se lo dice. Ella accede. A ego y a todo. Lo que él quiera. Conclerian la marcha. Casarán en Santiago. Y a vivir felices después. Se baila la muñeira. Y "La Meiga" canta una salve, eleva una plegaria para pedir que no se vaya la hija querida, "Filliña miña".

Segundo cuadro del segundo acto. El exterior del pazo. Se han casado Rosalío y su novia. Pero no los dejan acercarse. Ellas festejan a la novia. Ellos boda! Cirolas protesta, pero nadie le ha-

caso. Ramón insiste cerca de rogiña. Van a marchar. Pero don García lo supo. Los amenaza. Los seguirán sus perros, sus cuñados. No serán felices jamás. Ramón se impresiona, se asusta. Hay que saber lo que son los señores feudales. Ella debe quedarse, Don García les ofrece su protección. Será padrino. Pero Ramón no quiere. Y se va. Se va con otros emigrantes. Y canta entonces el "Adiós a la tierra".

Tercer acto. La casa de don García en su interior. El señor lee sentado en su sillón frailuno. A sus piés duerme un galgo. Es una estampa de época que marca todo el valor expresivo de un siglo y de una región de España. Sabela acude a don García. Hablan de un pasado común. "¿Te acuerdas?", dice ella. Y se rectifica. "¿Se acuerda V.?"—"No. De tu. Me agrada", le dice el amo. Y sigue la historia que los dos se ayudan a recordar. El marido partió. Don García asediaba a Sabela. No pudo resistirle. Nació Rosiña. Nació dos años después de irse Cirolas. "Por ella debes de ceder. Dominar tu amor propio. Es tu hija. Te lo pido por ella. Es su felicidad".

Ultimo cuadro. De nuevo el exterior del pazo. Don García ha cedido. Buscan a Ramón. Ante el pueblo, en presencia de todos descúbrense la verdad. ¿Cómo iba a pretender nada no santo si es su hija? S la entrega a Ramón y presidirá la felicidad de ambos.

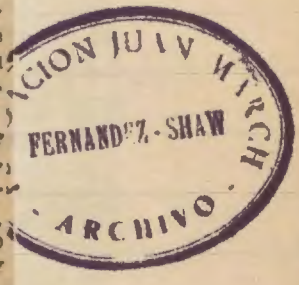
Entretanto Cirolas marchó. Fuese con los emigrantes. Nadie le hizo caso. Qui-so vivir a costa de "La Meiga" a la que abandonó veinte años antes y ésta no consintiólo. No le quiere, no le puede querer. Y fuese a América, de nuevo. Tenía dinero, pero lo ocultó. Dejó una carta a Rosalío diciéndoselo y pidiéndole que se siga con su mujer, a la que ya, por cierto, le han dejado unirse. Los nuevos esposos deciden seguir al padre. Y lo fraguan en silencio, en tanto que Rosiña y Ramón aseguran su felicidad.

IMPRESION FINAL

Ambiente. Estudios detenidos en la tierra, en la "terriña". Dos poetas y un músico de fama. Galicia como fondo y como marco, la zarzuela, el templo lírico de España. Una empresa que gasta y unos autores que cantan e interpretan.

Digamos con el personaje de la célebre farsa: "El triunfo es seguro. Valor y adelante..."

FRANCISCO CASARES



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

"Faro de Vigo" 18-XII-928.

"La Meiga"

Este es el título de una zarzuela de pos-tumbres gallegas que los Sres. Romero, Fernández Shaw y maestro Guridi, es-trenarán el jueves 20 en el Teatro de la Zarzuela de Madrid.

Estos autores han vivido algunos me-ses en Galicia estudiando y penetrando nuestras bellezas para escincificarlas des-pués con todo detalle.

Según noticias, esta mencionada obra es hasta el presente la que con más perfec-ción ha reflejado el ambiente de la terru-fia, en la que abundan tipos, muñeiras y cantos populares de la aldea, de una vi-talidad irreprochable.

Nuestro colaborador en Madrid Ramón Parrondo, ya conocido de nuestros lecto-res, nos tendrá al corriente de los detalles del estreno, en el que se tienen cifradas grandes esperanzas.

"El Pueblo Gallego" (Vigo) 21-XII-928

El estreno de «La Meiga»

LA OBRA, COMO VATICINABAMOS OBTIENE UN RESONANTE EXITO

Madrid.—El estreno de la zarzuela de ambiente gallego de Romero y Fernán-dez Shaw, música del maestro Guridi "La Meiga" ha confirmado plenamente nuestras impresiones.

El selecto público que llenaba la sala del teatro de la Zarzuela aplaudió sin reservas todos los números de la obra, ligando a veces estruendosas ovaciones que duraron largo rato.

Merece destacarse el magnífico inter-medio del segundo acto que el público, puesto en pie, repitió tres veces, ova-cionando a la orquesta que dirige el maes-tro Juan Antonio Martínez.

El decorado, debido al pincel del no-table escenógrafo Eloy Garay, es ver-daderamente magnífico llamando la aten-ción la presentación de un pazo que los espectadores elogiaron calurosamente obligando al pintor a que saliera al palco escénico a recibir los aplausos.

Lo mismo ocurrió con un telón corto reproducción de una vista de Santiago de Compostela.

La interpretación por parte de los ar-tistas de la Zarzuela ha sido acertadísima.

María Badia, que hizo la "Meiga Sa-bela", a pesar de sufrir un intenso res-frío que hizo incluso pensar en la sus-pensión del estreno, a lo que la Badia se opuso, atacó el dúo final de manera ma-ravillosa siendo objeto de constantes aclamaciones por el público.

Muy bien la Dorini de Visó, preciosa ó-pl. italiana, en su papel de "Rosifia".

Rogelio Baldrich en su creación de "Román" se superó a sí mismo.

Las dos canciones "A Rosifia" y "Té-rra, terrifia" hubo de repetirlas ante los insistentes aplausos de los especta-dores.

Luis Almódovar imprimió gran sobrie-dad y justeza a su difícil papel de "Don García".

Los demás, muy acertados.

Los coros admirablemente ensayados.

El aspecto que presentaba la sala de nuestro teatro lírico nacional era bri-

Hoy se estrena "A meiga"

(POR TELEFONO).—MADRID 15

EL ENSAYO GENERAL PRODUJO EX-CELENTE IMPRESION.—LO QUE DI-CEN LOS AUTORES.

Esta noche se ha celebrado en el Tea-tro de la Zarzuela el ensayo general de la zarzuela de ambiente gallego "A mei-ga", de cuyo libreto son autores los se-ñores Fernández Saw y Romero, debién-dose la música al notable compositor vascongado señor Guridi.

Como hay gran espetación en los círcu-los artísticos por conocer esta obra que mañana se estrena, al ensayo general asistieron numerosas personas, entre las cuales se encontraban los principales autores, críticos teatrales y periodistas.

Esta primera audición gustó mucho y el juicio que mereció la obra musical y literaria fué plenamente favorable—creyéndose sinceramente que mañana tendrá un éxito rotundo.

Hemos procurado hablar con los au-tores señores Guridi, Fernández Saw y Romero, para conocer la idea que les ha llevado a escribir la obra y nos di-eron en síntesis lo siguiente:

—Nació la idea de escribir "A meiga" ante el éxito clamoroso que obtuvo Gu-ridi al estrenar "El Caserío", en la cual con tanta propiedad supo expresar el notable músico el carácter de la región vascongada.

Se pensó entonces ante las numerosas fuentes de inspiración que tiene la mú-sica gallega, hacer una obra de ambien-te regional y lo mismo Guridi que los señores Fernández Saw y Romero hi-cieron viajes a Galicia, habiendo reco-rrido principalmente las provincias de Pontevedra y Orense, la parte sur de La Coruña y especialmente la región del Ar-noyá.

Los autores del libro recogieron du-rante su permanencia en Galicia nume-rosos datos sobre costumbres, modismos y usos, al propio tiempo que el maestro Guridi, que ya conocía muchos números de música gallega, pudo entresacar del "folklore" de esa región páginas muy interesantes.

Están los autores muy satisfechos de las atenciones que recibieron en Gali-cia y de las infinitas facilidades que se les dieron, pues se llegó hasta a orga-nizar determinadas fiestas para que las pudiesen conocer.

El título de la zarzuela surgió en Ga-licia misma, y al escribirla se trató de darle un ambiente general gallego, aun-que la acción de la obra es completa-mente agena al espíritu galaico, tiene grandes conexiones con los asuntos de palpitante actualidad en Galicia en 1870, época en que se ha fijado la acción de la obra ante la necesidad de dar vida y visualidad a la zarzuela utilizando el traje típico que hoy ha desaparecido casi en absoluto, porque en Galicia se viste hoy como en el resto de España.

En el libreto se habla de los foros, de la emigración a Cuba, de los señores feudales con todo el matiz e intensidad con que vivían ahí en el siglo pasado.

Los autores del libro están realmen-te entusiasmados con la partitura que escribió Guridi para "A meiga" y dicen que representa con gran propiedad la Galicia lírica tal como es, graciosa y li-gera en ocasiones y en otras con toda la intensidad dramática que late en los cantos regionales de Galicia.

LA VOZ
DE GA-
LICIA
(LA CO-
RUNA)

20-XII-
928

19

"El Orgán" (La Coruña) 20-XII-

928

El estreno de "La Meiga"

EL MAESTRO GURIDI SE INSPIRO EN EL PROFUNDO AMBIENTE GALLEGO.

Madrid. — Esta noche se ha celebrado el ensayo general de la zarzuela "La Meiga", que mañana se estrenará en el teatro de la Zarzuela.

Asistieron numerosos críticos, actores, autores y distinguido público, que falló favorablemente la obra, augurando un gran éxito.

Es autor de la música el maestro Guridi y del libreto Fernández Shaw y Romero. Hemos hablado con éstos que nos hicieron las siguientes manifestaciones:

—Esta obra nació como consecuencia del éxito de "El caserío". Pensamos en la conveniencia de escribir otra obra regional y como Guridi tenía hechos abundantes estudios sobre música gallega, acordamos que fuera de ambiente galaico.

Estuvimos dos veranos en Galicia, principalmente en las provincias de Orense y Pontevedra y parte Sur de la de La Coruña. Nos detuvimos especialmente en el valle de Arnoya. En todas partes recibimos numerosas atenciones por parte de todos los elementos a quienes acudimos para obtener datos relativos al folklore regional. Llegando hasta a improvisar fiestas populares para que obtuviéramos una impresión más directa.

En la misma Galicia se inició el argumento de "La Meiga", aunque la acción de la obra es ajena a la esencia y espíritu gallego, sin que falten en ella asuntos y problemas que tienen íntima relación con los señores feudales, costumbres y emigración a Cuba—con la Galicia de 1870 en que ellos se han fijado porque los trajes de ahora son los mismos que los de otras regiones y para llegar a tipismo de indumentaria no hay más remedio que remontarse al siglo pasado.

Crean que Guridi ha conseguido aprehender el espíritu de la Galicia lírica, recogiendo toda la parte ligera y graciosa que tienen algunos cantos y todo el sentimiento y fuerza dramática de otros.

"La voz de Galicia" 21-XII-928.

GALICIA EN MADRID

El estreno de «A Meiga»

MADRID 20

EL ÉXITO FUE GRANDE Y MERECIDO

Puede decirse que el suceso teatral de la temporada ha sido indiscutiblemente el estreno de la zarzuela en tres actos "A meiga", efectuado esta noche en el Teatro de la Zarzuela, que estuvo verdaderamente abarrotado.

La acogida que dispuso el público al primer acto fué buena, pero con todo cuanto el auditorio entró realmente en la obra fué durante el acto segundo, a cuyo final el éxito fué ya franco y clamoroso durando largo rato la ovación.

Durante este entreacto se comentó ya mucho y muy favorablemente la obra, desapareciendo la reserva que los críticos guardaron en el primero.

De toda la labor musical de Guridi destacó poderosísimamente el intermedio orquestal que precede al acto tercero,

que constituye una página primorosa.

El tercer acto tuvo un exitazo resonante, pues no solo la acción está avorazada en esta parte de la obra, sino también la partitura que técnicamente es colosal.

Los autores tuvieron que salir a escena infinitas veces, sobre todo al final de los actos segundo y tercero.

La partitura fué repetida en todos sus números y algunos quiso el público oírlos por tercera vez.

EL ARGUMENTO

La obra se desarrolla en un pazo gallego a mediados del pasado siglo.

La "Meiga" es una mujer que tuvo una hija a los dos años de encontrarse su marido emigrado en Cuba.

En el momento de empezar la obra la hija de la "Meiga" tiene 20 años, se llama Rosiña y presta sus servicios en la casa de un viejo señorón apellidado García.

El pueblo supone que el señor García tiene amores con la "rapaza", porque desconoce que el viejo "petrucio" es el padre de Rosiña.

Esta tiene un novio que la adora y cre firmemente en ella, pero quien, para verse libre de las murmuraciones se ve obligado a proponer a la moza que se escape con él a América, donde se proponen casarse y vivir tranquilamente.

El señor García, que cada vez siente más vivo su amor paternal por la muchacha, se entera del proyecto de fuga y trata de impedirlo enviando un "propio" hacia Santiago con un recado para el novio, quien ya se ha puesto en camino, decidido a emigrar.

Vuelve el novio y el señor García, ante todo el pueblo reunido, proclama que Rosiña es hija suya, la reconoce como tal, la declara en consecuencia heredera de su fortuna y apadrina la boda.

EL LIBRO, LA PARTITURA Y LOS INTERPRETES

El libro está admirablemente escrito, aunque se advierte que algunos personajes están bastante desdibujados.

Los intérpretes estuvieron muy bien en sus respectivos papeles, destacando poderosamente María Badía, en el personaje protagonista, "a Meiga", pues no se sabe si está mejor como actriz que como cantante, pues declamó formidablemente los versos obteniendo no pocas ovaciones.

La música de Guridi aborda distintos temas del "folklore" regional, sin abusar de ellos, porque apenas inicia un aire popular, el maestro Guridi lo diluye en verdaderos poemas sinfónicos, que se suceden durante toda la obra, siendo cada cual más primoroso de técnica e inspiración.

El intermedio del segundo acto y la canción a la tierra que entono el tenor en el segundo acto son páginas preciosas que encantaron al auditorio.

Todos los críticos decían, hablando de estos dos números preferentemente, que musicalmente son las mejores partituras escritas en España durante el año.

El mismo juicio les mereció toda la obra sin dejar de decir que acaso tenga el defecto de que no se pueda salir del teatro tarareando los números como el público quisiera.

El bailarín Santos Navas, traído desde Pontevedra para esta representación, y la señorita Yuste, bailaron una "mulleira" con mucho acierto, siendo muy aplaudidos.

Para el estreno se trajeron de Galicia una vaca y un galgo, además de un hombre que canta unos alalás primorosos haciendo gala de una bonita voz.

La "mise en scene" tiene tal propiedad que hasta los pobres que pordiosen a la puerta de la iglesias parecían auténticos.

Al final de la obra se dieron multitud de vivas a Galicia y a Guridi.

20

DESDE MADRID

"LA MEIGA"

Zarzuela de costumbres gallegas, letra de los señores Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guridi

Es deber de conciencia comenzar esta crítica con las frases de "¡Viva Galicia!" "¡Viva Vasconia!" "¡Viva Guridi!" "¡Así se escribe música!", que fueron las aclamaciones que el público prorrumpió al escuchar el intermedio del segundo acto de la obra "La Meiga" que puede considerarse como un verdadero poema sinfónico.

No podía nunca el maestro Guridi escoger tema de mayores efluvios sentimentales para revelar los secretos de su musa musical, mejor que el asunto de la obra "La Meiga".

Páginas de Galicia. De esa Galicia tan hospitalaria, como su mar, como sus puertos, como sus corazones; tierra donde el cielo sonríe y el hombre experimenta el deseo de imitar de la misma manera aquella risa celeste.

Estos elementos brindan por sí solos páginas musicales bellas, encantadoras. Sin embargo, no todos saben interpretar estas sensaciones. El maestro Guridi sabe convertir en armonía lo que sus oídos escuchan, y lo que ven sus ojos, comunicando a sus notas la expresión de sus sentimientos haciendo que su música conmueva, igual que la literatura y la poesía.

Se ha marcado un nuevo camino por algunos autores de poco tiempo a esta parte. Parece ser que se inicia una reacción musical instructiva que proyecta sobre las partituras tesis de cálculos y trabajos representativos del orden en las vidas musicales, las que con su programa y tradición plenamente afectadas de ideología enérgica imponen su buen gusto en contra de esa otra corriente desordenada e inarmónica que se adueñó de los públicos pretendiendo crear una nueva generación musical con sus producciones.

Afortunadamente para el arte y el buen gusto, se ha opuesto la barrera que limitaba aquel laberinto, con iniciativas y estímulos bien organizados, destruyendo la locura de una improvisación egoísta, sin técnica, sin fe y sin convicción. Podíamos unir al nombre de Guridi, el de algunos otros sustancialmente fraternizados con éste, plenos de técnica musical, y de función de acción.

Sus producciones no lograban desterrar de los públicos la imposición dolorosa que sobre sus gustos inculcaron violentamente dos o tres autores, los que viendo en la música un baluarte de mercantilismo, se afianzaron en él para buscar, en ese folklore de la opinión pública, la panacea económica de su dictadura, erigiéndose merced a su arte viciado, en emperadores, mejor dicho, en monopolizadores de los carteles teatrales, alejando con perjuicio del arte y del gusto, la estética profesional.

Afortunadamente reemplazan ese decaimiento en el público, autores como Guridi y otros de su misma identificación, que proyectan con su trabajo otra teoría más solemne, a la que los espectadores muestran evidentemente la necesidad de dichos cambios, porque es innegable que la experiencia tiene un valor positivo, que depura, piensa y protege el advenimiento de nuevos ideales, en el arte musical.

Fueron aquellos autores los mimados por el público; infiltraron en éste con rapidez su música dictatorial; y su raigambre no podía destruirse al primer ataque. Sin embargo, la misión tenaz que

con noble actitud han venido realizando los verdaderos músicos, los que con su labor combativa, han procurado triunfar en aquella organización, merced a su convicción personal, preconiza la derrota de aquellos triunfos improvisados como una ficción, como un asalto pueril.

La música emoliva de Guridi, Falla, Conrado del Campo, Morató y Vives adquiere en el público un estado nuevo. Esta es un paso hacia adelante, que nos evita el desconcierto musical en el que nos habíamos lanzado por la capacidad de mediocridades que estorbaban el desenvolvimiento de otras orientaciones más sanas.

Aquel abuso y acaparamiento de teatros por música sin disciplina y sin sensaciones ha traído inevitablemente esta reacción artística de la que podemos aprovecharnos para beneficio de nuestra cultura, civilización y gusto.

Estos maestros han roto lanzas en contra de aquel acoplamiento artístico de otros autores con beneplácito del público, el que poco antes consideraban las producciones de sus congéneres como las más inspiradas y las más saturadas de penetración clásica. Los hechos han evidenciado la equivocación que padecieron.

Este mismo público ha aclamado al maestro Guridi como el fiel intérprete de sus gustos, de su escuela, de sus sensaciones.

Las primeras notas de la orquesta se esperan con interés y angustiosa expectación. Se desea conocer la producción nueva de este maestro alejado voluntariamente de Madrid casi tres años, sin saber a qué atribuir este apartamiento. Sin embargo, los compases han surgido, disciplinados, orgullosos, con arreglo a la categoría de su fuerza musical y personali-

dad agigantada del autor, y el silencio de la sala es roto por la delicia que producen los sonidos, premiando esta primera audición con aplausos.

El segundo número de "La Meiga", la canción popular del ciego, conmovió al público por su originalidad y melodía. Durante la ejecución de este número vimos a varios espectadores incorporarse sobre sus asientos para buscar con la mirada el instrumento que despedía unas notas plenas de novedad y de melodía tan originales; es "a zanfona", la típica zanfona de Galicia que representa y dice todo lo que esta tierra es, y que los señores Guridi, Romero y Fernández Shaw han sabido penetrar el misterio trayéndolo a la escena española como refinamiento de sus iniciativas y gustos.

Contiene "La Meiga" páginas para dominar la razón de la escuela musical moderna. Este maestro ha cuidado en su partitura que la lógica y la técnica de sus notas restituyan a la escena el color y la fragancia de que siempre estuvo impregnada la música española.

Esta interesa, conmueve. El pensamiento que en ella puso el maestro, igual que si fuera del país donde la acción se desarrolla, lo desenvuelve de manera natural y lógica lo mismo en su composición que en su forma.

La letra de la zarzuela, y en contra de la opinión de otros críticos, adquiere sociabilidad con la música. No se pueden escenificar ni el ambiente ni las aldeas gallegas en mejor forma que los señores Romero y Fernández Shaw han verificado; estos reflejan en ella satisfactoriamente la génesis de su capacidad de buenos observadores. Hay escenas bellas, diálogos plenos de sentimentalismo y de lógica realidad. Dígalo el final del cuadro primero del segundo acto, cuando la "Meiga" recita su elegía frente a la

iglesia del pueblo, al compás del órgano, coros y orquesta. Forma esta escena un conjunto armónico que bastaría por sí solo para acreditar el acierto y observación de los autores; es un momento de emoción, de interés. Son de las escenas que únicamente estando y viviendo Galicia pueden apreciarse u oponerle reparos.

Igual mención merece el magnífico carrillón de la romería, del mismo acto. Domina el maestro Guridi estas tonalidades como ninguno. Está pleno el número de orquestación e inspiración.

Este acto supera al primero; ya adquiere la obra un vivo interés que aumenta a medida que se van sucediendo las escenas. Hay en el pueblo malas lenguas que censuran los amores de Ramón con Rosiña, la hija de la "Meiga" cuyo nacimiento tuvo lugar estando D. Camilo Cirolas, esposo de Sabela ausente del terruño, el cual marchó "pra" la Habana a hacer fortuna, y al regreso, con ocasión de estos amores, finge estar arruinado, procurando por todos los medios ausentarse del "lar" y volver a lejanas tierras en vista de los acontecimientos para él inesperados.

Sabela, la "Meiga", madre de Rosiña, está al servicio de D. García, señor feudal de aquel pazo, que en su juventud (ahora viejo) tuvo diversos devaneos con las rapazas del lugar, y entre aquellos se cuenta el deslíz de la "Meiga".

Ramón a pesar de los rumores del pueblo prosigue enamorado de Rosiña. Don García, se muestra orgulloso de ello y en una escena de interés descubre él mismo el patrimonio de aquélla, dejándola heredera de sus bienes y patrocina la unión de los jóvenes.

La interpretación maravillosa. El puesto de honor es justo adjudicárselo a María Badía. Hizo una "Meiga" incomparable de diceión y de carácter, pues constantemente nos daba la sensación de escuchar a una rapaza que pisaba tierra gallega. Tal es el cariño que puso en la encarnación de su papel.

Angel de León, Flora Pereira, Gómez Bur, Dorini de Disso, Baldrich y Almodóvar, dieron carácter y brillantez a sus respectivos papeles contribuyendo todos al éxito que la obra obtuvo.

El maestro director señor Martínez, llevó la partitura con un entusiasmo y acierto igualmente que si fuera suya la que posaba sobre el atril.

El escenógrafo Eloy Garay merece aplausos. Reflejó su pincel paisajes de la región admirablemente.

No hay que olvidar a la empresa. Felicitemosla, ya que no ha escatimado detalle, montando la obra con todo lujo y propiedad, sin reparar en cantidad. De ello da una prueba el hecho de traer exclusivamente y con acierto los bailables típicos de la región.

Y como final expondremos. La labor realizada por los autores de "La Meiga" es merecedora de una compensación de simpatía. Estas manifestaciones deben surgir en el momento mismo de la ejecución de una acción loable como la reali-

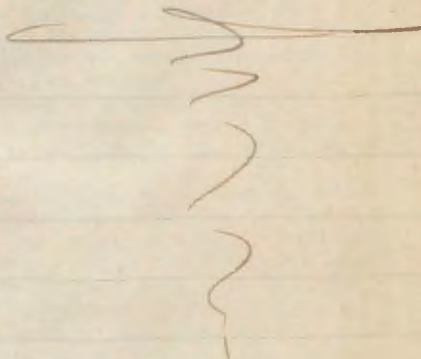
zada por los señores Romero, Fernández Shaw y Guridi.

El hecho de traer Galicia a Madrid, sus cantos, sus poesías, sus tipos ideales, sabiamente interpretados por medio de su literatura y de su música es acreedora de algo que no se olvide.

Existe en Madrid una colonia gallega que por mediación de su centro de reunión y el "Hogar Vasco" son los indicados al acto. La una por haber tenido ocasión de proporcionar expansión a unos admiradores de Galicia a reflejar sus escenas, y al otro por poseer a un músico que supo por medio de sus melodías recordar la poeticidad de este país de encantos y ensueños.

Queda esbozada la idea. Aportando a ella la voluntad cultivamos la conciencia de nuestro pueblo galaico en el que vivimos y actuamos.

RAMON PARRONDO.



"El liberal" (Bilbao) 20-XII-1928.

HOY SE ESTRENA "LA MEIGA", DE JESUS GURIDI

El compositor en el ensayo

Madrid 19.—La sala de la Zarzuela está en penumbra. No hay más luces encendidas que las destinadas a iluminar discretamente los atriles de los músicos. Al fondo del escenario, un electricista, entre trastos y bastidores, prueba la intensidad de las lámparas de colores puestas en hileras en unas diablitas: bombillas azules, rojas... Poco a poco nuestra vista logra escudriñar entre la penumbra del patio, y descubre rostros de bilbaínos conocidos en los poquísimos espectadores que han conseguido salvar la rigurosa prohibición de presenciar los ensayos de «La meiga». Son diez o doce.

—¡Qué lástima —nos dice uno de ellos—; han venido ustedes tardé y han perdido los números mejores!

Al frente de la orquesta está el maestro Juan Antonio Martínez.

—Vamos a repasar esto —dice, golpeando con una tenue batuta en el atril—; ¡al ocho de ensayo!

El coro de hombres y mujeres está escindido en dos grupos. Destacándose de él, en primera línea, junto a la batería, Baldrich —demasiado corpulento y ventruado para ser un «rapaciño», como le oímos llamar—. Almodóvar, la Dorini y la Badía. El barítono, el tenor y las tiples andan allí metidos en un conflicto sentimental, cuyos antecedentes desconocemos. Es una escena de despedida. Emigrantes que se van a América, anticipando en sus cánticos la nostalgia de la ausencia; labriegos que les despiden entristecidos...

—¡Adiosos, hermanos! —cantan quienes se quedan.

El maestro Martínez corta bruscamente la despedida con un batutazo:

—¡Ese adiós más corto!

Y, poniendo un poco de humorismo en la advertencia, agrega:

—Los adiosos son siempre breves.

Lo canta él muy marcado.

—¡Adiós, hermaaaaanos!

—Vamos a ver otra vez.

Pero tampoco le satisface la nueva audición:

—¡Señores, que no es así! Ya lo he explicado con claridad.

Y acordándose, sin duda, de sus lecciones de caligrafía en la escuela primaria, añade:

—A claro no me gana a mí nadie ¡Soy más claro que Paluzie! ¡Otra vez; otra vez!

En pie, junto al director de orquesta, está Jesús Guridi, de cara al escenario. No interrumpe ni a la orquesta ni a los cantantes. En algún intervalo se permite hacer, sin imperio, con aire tímido, casi miedoso, levisimas indicaciones.

Nosotros hemos visto ensayar a otros compositores. Amadeo Vives, por ejemplo, se sitúa en una butaca, y cuando no le gusta la interpretación la interrumpe aporreando el suelo con el bastón y dando fuertes gritos, que no suelen ir cubiertos con los discretos tules de la cortesía.

Pero Guridi está como gallina en corral ajeno.

El maestro director dice:

—Bueno. Volveremos a pasar mañana otra vez el «adiós a Galicia», porque esto no puede quedar así.

Entonces Guridi retrocede unos pasos por el pasillo central de butacas y se pone a conversar con dos amigos, disculpando a todos.

—Sí; esto, para que destaque debidamente, hay que cantarlo con mucha afinación. Lo había ensayado solamente el coro de hombres, creyendo que no debían intervenir las mujeres, y andamos retrasados. Esta es una gran Compañía. Veremos, veremos, porque ya sólo disponemos de un día para ensayar.

—Señores —ordena imperioso el maestro Martínez—, vamos a pasar ahora el número de los «parrandeleros»...

Varios coristas se arman de estacas largas como las que en Bilbao llevan los coros de Santa Agreda, otros se proveen de guitarra, las muchachas de una especie de carraquillas. Comienza el número a base de una tonada gallega muy popular, remarcada en el estribillo por golpes de vara sobre las tablas. La gente entra en escena y hace mutis bailando.

Pero a Federico Romero no le gusta como bailan, y su alta y espigada figura de cría de Quijote comienza a hacer piruetas en medio del escenario.

—Miren ustedes, es así: La la la, la, la, la.

Y desaparece por la primera caja danzando y tarareando.

Los coristas le miran apoyados en las estacas, todos en una postura uniforme.

Entonces interviene Angel de León, el director de escena.

—Cuiden ustedes de no estar todos en la misma postura. Cada uno en postura distinta, porque así, todos enhiestos, estirados, rígidos, va a parecer esto la fiesta del árbol...

Federico Romero, muy dinámico, tararea y baila de nuevo.

En tanto Fernández Shaw, parejo en timidez y quietud a Jesús Guridi, asiste al ensayo con cierto sosiego indiferente, como si todo aquello no le interesara.

Hay una breve consulta entre autores y directores, y Angel de León notifica:

—Mañana ensayo general con todo, a las seis de la tarde. Recojan ahora la ropa para no dejar las cosas hasta última hora.

La grey histriónica se dispersa. Los pocos espectadores que estamos en butacas nos levantamos. Por el escenario desfilan partes y coros, y tras ellos una vaca mansa y un asno filósofo a quienes por lo visto el destino ha deparado la misión de contribuir a formar el ambiente bucólico en que se desenvuelve «La meiga», cuyo estreno, señalado para mañana, jueves, se espera en Madrid como un acontecimiento artístico.—P.

Lo que dicen los autores

Madrid 19.—Un redactor teatral de «La Libertad» ha entrevistado a los autores de «La meiga».

—Bueno —ha dicho el reportero a Federico Romero—, usted ha empalmado «Los flamencos» con «La meiga». Lo van a echar a usted de Telegrafos.

—¡Ca! —replica el coautor de «Doña Francisquita».— Tengo muy buenos compañeros. Tan buenos, que, si no me echan, yo no me iré jamás del Cuerpo. Por muy autor dramático que sea, no quiero dejar de ser telegrafista.

—En serio: ¿es cierto que es usted telegrafista?

—Sí, señor. En la Ciudad Lineal me tiene a su disposición.

—¡Bah! Bronas de usted y de Jacinto Guerrero. Pero vamos a lo que importa ahora: ¿en qué época se desarrolla la acción de «La meiga»?

—En mil ochocientos setenta y tantos. Para trabajar mejor el ambiente, para darle mayor visualidad de trajes, etc. Está escrita con toda humildad, sin pretender descubrimientos regionales. Hemos puesto cariño, entusiasmo y escrupulo. Obra gallega, sin cargar la mano del galleguismo, es lo que hemos querido conseguir. Una Galicia que no resulte zarzuela, de pandereta...

—Eso es lo que hay que hacer —decimos.

—Los trajes —añade Romero— están copiados de cuadros de Sotomayor. El decorado es de Eloy Garay.

—Y usted, ¿qué dice? —pregunta a Fernández Shaw el periodista.

Fernández Shaw es silencioso, recogido. Se dijera que es un hombre con sordina.

—Yo no digo nada. Oigo. Oigo esta música que ha hecho Guridi. Ahí está mi fe toda —declara Fernández Shaw—. Creo que por ella hablan los ríos, las montañas, los árboles, toda la tierra de Galicia.

—Sí que tiene Guridi un gran sentido panteísta.

Pausa. Fernández Shaw vuelve a su mutismo.

—¿Cómo leen ustedes sus libros de zarzuela a las Compañías?

—Con cantables y todo.

—Y usted, ¿se divierte en los ensayos?

—Descanso un poco del periódico.

—¿Pero sigue usted al pie del cañón en «La Epoca»?

—Desde los diez y seis años. ¡Madruga mañana he tenido hoy!

De Guridi dice el redactor de «La Libertad»:

«No es un vasco representativo, en cuanto a lo físico. Más bien bajo de estatura; más bien pálido; más bien delgado... Si no fuera por el bigote, parecería un seminarista. Es algo parecido: es el organista de no nos acordamos qué templo de Bilbao. Es, además, como se sabe, el director de la Masa Coral Bilbaína.

—«La meiga» es la segunda obra que estrena usted en la Zarzuela. ¿Verdad?

—Ciertamente. Y lo primero que estreno después de «El caserío».

—¿Encuentra usted mucha diferencia de Vasconia a Galicia?

—Alguna. Galicia me parece más suave que Vasconia.

—Pero, ¿en lo esencial?

—¡Hombre!... Yo siento más una cosa gallega que una andaluza, por ejemplo. Pero, de todos modos, creo que es muy notable la diferencia entre el ritmo gallego y el vasco.

—¿Le gusta venir a Madrid a ensayar sus obras?

—¡Qué sé yo!... Claro que tengo que abandonar mi trabajo: mi órgano, mi Conservatorio... Hace tres meses que casi los tengo dejados de la mano. Era necesario terminar la partitura de «La meiga».

—¿Trabaja con monstruo frecuentemente?

—Algunas veces. ¿Y quién no? Hasta Wagner. Bueno, Wagner se hacía él mismo la letra... Pero es probable que primero hiciese un monstruo.

—¿Qué números le gustan a usted más de «La meiga»?

—El primero. He querido hacer una cosa alegre, movida, con una tendencia moderna... Al quinto número, que es un dúo, le tengo cariño también. Y al dúo final del último acto: contralto y barítono.

Con este cuadro de cantantes da gusto —comenta Guridi—. Todo como la seda.»

Ensayo general de la zarzuela "La meiga"

Se cree que obtendrá un gran éxito

Madrid, 19, 11 u.

Esta noche se ha celebrado el ensayo general de la zarzuela "La meiga", de ambiente gallego, que se estrenará mañana por la tarde en la Zarzuela.

Asistieron los autores, periodistas y mucho público.

Es creencia general que la obra obtendrá un éxito.

El maestro Guridi y los libretistas Fernández Saw y Romero nos dicen que esta obra nació como consecuencia del éxito de "El Caserío".

Entonces pensaron en la conveniencia de hacer otra obra que reflejase un ambiente regional y Guridi hizo saber a los libretistas que él tenía recogidos muchos números de música gallega y había realizado estudios con motivo de viajes que hizo a aquella región.

Entonces los tres autores hicieron un viaje hace dos veranos por Pontevedra y Orense y la parte Sur de Coruña y de modo muy especial al valle de Arnoya.

Recibieron allí grandes facilidades por parte de todos y esto les sirvió para recoger el ambiente que lleva la obra.

En la misma Galicia nació el argumento de "La meiga", aunque la acción es ajena a la esencia y espíritu gallego.

Los autores del libro hablan con entusiasmo de la partitura.

Creer que Guridi ha hecho una Galicia lírica, tal como ella es, recogiendo toda la parte graciosa y tierna que tienen algunos cantos gallegos y todo el sentimiento y la fuerza dramática que tiene otra parte muy importante de aquella música regional.

25
mucho, salpicando el diálogo de efemérides teatrales y periodísticas; y fué allí cuando el aplaudido trío Guridi, Romero y Fernández Shaw, unidos por los vínculos de la identificación, del acierto en la escena, proyectaron una nueva zarzuela de ambiente gallego. Y allá se fueron para documentarse Guridi en el folklore regional y el libretista para impregnarse en las costumbres tan ricas para motivos musicales, con sus clásicos cantos.

Ninguno de los tres autores es de origen gallego, país donde todavía tiene la

superstición arraigo en los ingenuos espíritus. La Meiga, protagonista de la obra, conserva rasgos de brujería en el lugar de la acción, enclavado en el valle de Ulla. La Meiga, mujer de radiante hermosura, en su juventud casó con un personaje cómico de la obra, Cirolas, que emigró a Cuba posiblemente convencido de que su cara mitad brindaba íntimos favores al dueño y señor del pazo, papel éste interpretado por el barítono Almodóvar. A los dos años de hallarse Cirolas en Cuba, La Meiga tuvo una hija, moza esbelta ahora, que corteja de amores en la obra el tenor Baldrich, muchacho trabajador que idolatra a Rosiña, que así se llama la muchacha; pero los mozos del pazo la suponen en las redes amorosas de don García, su verdadero padre y procuran hacer disuadir al cortejador del proyectado matrimonio, asediándole a saetas. Pero aclarado el enigma, hay boda de rumbo, apadrinada por don García, quien declara ser padre de la joven, dejándole heredera de una envidiable hacienda.

El marido de La Meiga, que los autores pasean por el escenario a su regreso de América, con el espíritu sutil de buen gallego, se vuelve a América, convencido de que el ridículo se ha enseñoreado de su persona, y ofrece al hijo auténtico, cuya boda se celebra, la fortuna que él labró en América, y de la que a nadie dió cuenta, hasta que deja escrita una carta pintoresca, reconociendo la infidelidad de La Meiga.

Los autores de la letra han escrito un libro con su depurado estilo, en verso fácil e intencionado, dejando, como buenos artifices toda la armadura preparada a Guridi, a fin de que pudiera edificar una gloriosa partitura más. Un estreno de la categoría de "La Meiga" constituye siempre en Madrid un acontecimiento artístico y musical. El Teatro de la Zarzuela presentaba el aspecto de gran solemnidad. Lo más granado de las Colonias vasca y gallega y ese público que gusta de las primicias teatrales, llenaba todas las localidades. En los entreactos, los críticos, como siempre, se desbordan en rápidos juicios, mortantes, ásperos, que luego llevan a sus crónicas envueltos en el ropaje de la técnica musical, y que muchas veces bifurcan de la opinión soberana del público, dueño y señor de los aplausos o de las muestras de desagrado.

Vamos a prescindir deliberadamente del escarceo embozado de las autoridades musicales, que reconocen en Guridi las condiciones máximas de formidable instrumentador y atisban en "La Meiga" reminiscencias de la música rusa del príncipe Igor, o las crecerías de escuela religiosa del canto gregoria-

GURIDI OBTIENE UN CLAMOROSO ÉXITO CON "LA MEIGA"

Hemos tenido fiesta mayor en el Teatro de la Zarzuela con motivo del estreno de la zarzuela en tres actos titulada "La Meiga", musicada por Jesús Guridi, y con el libreto a cargo de los ya expertos maestros en estos difíciles menesteres Romero y Fernández Shaw.

Hace dos años, por esta misma época, los tres aplaudidos autores de "El caserío" como expresión de gratitud a la justicia con que recogimos los correspondientes de periódicos vascos el grandioso éxito de la ya famosa obra "El caserío", nos congregaron para obsequiarnos con un "lunch" en un céntrico restorán. Autores e invitados hablamos

nó. Vamos sencillamente a dejarnos arrebatar del público, que ha refrendado otro gran éxito, ovacionando con delirio de entusiasmo al gran músico vasco, que ha sabido mover como un mago los resortes de instrumentación de ochenta profesores de orquesta, admirablemente dirigidos por don Juan Antonio Martínez.

Aparece en el primer acto una maravillosa decoración con la vista del pazo, del valle de Ulla, destacándose, en primer término, la casuca de La Meiga; y ya tenemos escena para ovacionar al decorador Eloy Garay. Cruza un ciego la escena, y la orquesta simula un motivo de la zampoña, instrumento primitivo, que toca el ciego; y ante la primera inspiración de Guridi en el folklore gallego, recibe el primer aplauso cerrado, mereciendo los honores del proscenio. Otro número se repite, también, que canta Sabela, La Meiga, con el coro, pero que por una ligera laringitis de la Badía deslucen los bríos que puso el músico en su composición. Se repite una copla de emocionante sentido musical, que canta irrepresiblemente el barítono a Rosiña: En el cielo y entre nubes, una sola estrella brilla; entre cardos y silveiras, siempre luce una Rosiña."

Termina el primer acto con la presentación en escena de los tres autores, y el telón sube y baja repetidas veces. El segundo acto es, indiscutiblemente, el mejor de la obra, el más teatral, en el que Guridi destaca briosamente su personalidad en toda la manifestación del arte musical. Es en el intermedio cuando el público, puesto en pie, aclama con vítores y bravos a Guridi y al director de la orquesta, por la magnífica interpretación. Todos los instrumentos atacan en crecendo añoranzas gallegas; es el más formidable número de la obra, genial, sólo comparable a Usandizaga, en "Las Golondrinas". Brío, ritmo, técnica y maravillosa instrumentación; momento de delirio. La orquesta se dispone a repetirlo, pero no puede, porque otra vez el público reclama la presencia de Guridi, que, visiblemente emocionado y pálido, cubre con su figura la escena.

Se hace nuevamente un silencio sepulcral, y una voz exclama: "Para que aprenda Guerrero." Otra ovación cerrada y ya la batuta se impone, repitiendo el número, que constituirá en las grandes orquestas de Arbós y Pérez Casas una página gloriosa del arte lírico nacional. Vuelven los espectadores a ovacionar a Guridi en una muñeira bailada y cantada, y luego hay más aplausos a un dúo de tiple y tenor, con nuevas calurosas llamadas a escena a los autores y mucha efervescencia en el "hall" y en los pasillos. El intermedio, es el comentario único, formidable, grandioso.

—Cuando una orquesta—nos decía un afamado músico—, ataque las notas con veinte violines, constituirá una verdadera delectación.

En el tercer acto merece destacarse una alborada gallega y otro dúo de barítono y tiple. Salen los autores a escena al final, de la mano de los principales artistas, y nuevamente acarician las mieles del gran triunfo.

Entramos a las cinco en la Zarzuela, y son las nueve de la noche. Llegamos al escenario a abrazar a Guridi, y éste dice: "Estoy encantado; me preocupaba el temor de si la música no se adentraría teatralmente en el espíritu del público. Artistas y orquesta han secundado maravillosamente la obra; parecía como suya. Todos han puesto el calor de su personal esfuerzo, y por ello les estoy agradecidísimo. Yo he expuesto la música a través de mi espíritu. El gallego es muy interesante y tiene infinitas melodías de dulzura. He querido que la técnica marcara el ritmo de la inspiración para recoger el alma y los brotes del pueblo gallego. Estoy muy contento."

Las manos de sus admiradores, y de sus amistades, arrebatan al maestro Guridi, y unos cuantos vascos le aguardan en la calle de Los Madrazo para pasearle en hombros. Romero y Fernández Shaw comparten con el maestro vasco los parabienes de esta magnífica avanzadilla de Pascuas felices.

El clamoroso éxito de "La Meiga"

Ha escrito el maestro Guridi una obra llena de encantos

El público, entusiasmado, aclamó a los autores en varios momentos de la representación y les hizo con sus ovaciones salir a escena al finaliza los tres actos

DICEN LOS AUTORES DE LA LETRA Madrid 20, (21,22.)

En el «A. B. C.» de esta mañana publican los autores de la letra de *La meiga* la siguiente autocrítica:

No es empeño baladí para dos escritores castellanos ofrecer una visión rapsódica de Galicia. Lo es menos fácil, tal vez, encerrándose en los muros del teatro, y todavía acrece la dificultad si el poeta debe cuidarse, a la vez que de su propia misión, de preparar la situación musical de modo correcto y natural y de engarzar sobre la trama de su poema el caudal rítmico del compositor.

Se cae a veces en la injusticia de considerar libre, en la zarzuela, lo excesivamente hablado, olvidando que, hasta en el paréntesis de un intermedio orquestal, a menudo está presente el libretista. La dificultad técnica para el acierto está, con más frecuencia, en saber el instante propicio para decir al músico: «Pase usted aquí conmigo», que en afrontar determinadas situaciones a diálogo limpio.

Nosotros, al ofrecer al público el libreto de *La meiga*, lo hacemos con gran fervor que nos inspira aquella deliciosa «punta de Europa», que añoran el Miño y el Sar, y cuánto puede existir de desacertado, no debería chocarse sino a exceso de devoción que hasta los padres perjudican a sus hijos predilectos cuando pretenden, de corazón, amarlos intensamente.

Acaso no sea despreciable ventura para la difusión del culto a la belleza lírica de Galicia nuestra condición de extraños al país, porque nuestra visión puede haber sido objetiva y ecuánime, como no siempre sería la de una rulina apasionada por el amor a la patria chica.

Y, por lo que respecta a los procedimientos seguidos, tanto en la elección de temas como en su desarrollo técnico y en los matices de los diálogos, pretendemos haber llegado a la perfección, aunque, en algún momento, estos matices sean más teatrales que fieles a la estrechez de una realidad fonética. Nuestra posición ante la necesidad de lograr una Galicia exacta, y, al mismo tiempo, conveniente para quienes la desconocen, nos recordó cierta anécdota de un explorador inglés. Pretendía éste recabar para los dominios de su Monarca determinado territorio, situado fuera de la influencia civilizada. A otro, tanto aspiraba un competidor alemán, el cual se presentó con un copioso bagaje de literatura descriptiva de las excelencias de su Estado. El ingenio alemán distribuyó, por doquier, sus folletos, tratados, álbumes y catálogos. El británico, mohino, dióse a pensar un arbitrio para vencerle. Y, cuando más desesperado se hallaba, empezó a cantar, como un español cualquiera en



EL IGNE MAESTRO GURIDI QUE TRIUNFO AYER, CON TRIUNFO ROTUNDO, EN «LA MEIGA», CON SU ENCANTADORA HIJA (Foto Amado.)

trance análogo. Observó que los indígenas abandonaban al teutón para venir a escucharle. El inglés sonrió. Dióse a aprender algunas palabras del idioma primitivo en que aquellos salvajes se entendían. Procuró asimilar, se sus gestos y ademanes; y, al cabo de pocos días, pudo reanudar sus cánticos, improvisando estrofas bilingües. En las que, junto a la exótica pronunciación inglesa, los indígenas hallaban expresiones y cadencias vernaculas que les hacían comprender el sentido de la canción. Pocos semanas después, el inglés plantaba su bandera sobre la cabaña monumental del reyzeuelo, y el alemán retornaba a puerto sin haber logrado dar a entender cuánto de admirable tenía su patria.

Nosotros hemos escrito el libreto de *La meiga* en castellano, como era obligado para presentar la obra a todos los públicos de nuestra habla; pero hemos introducido, en lo posible, la construcción sintáctica gallega, y hasta nos hemos permitido interpretar la auténtica palabra del país, cuando su sen-

tido era tan claro como lo sería en nuestro idioma, y contribuía a suavizar y embellecer el diálogo, aproximándolo a la deliciosa musicalidad del lenguaje indígena.

En cuanto al tono, creíamos que convenía a nuestro propósito que *La meiga* tuviese un carácter de romance popular. El asunto, y no pocos de sus accidentes y episodios, no podrían, a nuestro juicio, suceder más que en Galicia, y aquí puede estar nuestro mayor acierto, si alguno hemos logrado: que una zarzuela no es gallega o andaluza porque los trajes típicos y la prosodia intenten; con la música, establecer un empadronamiento caprichoso de sus personajes, sino porque a lo largo de sus escenas y de sus cánticos, vibra el alma popular de la región.

La meiga ha sido honradísimamente preparada, mediante la documentación directa del natural, en largas correrías por el país, y no en plan de turistas, sino de hombres de estudio. Y, antes y después, no menos de tres años hemos invertido en conocer la

LA GACETA DEL NORTE

21-XII- = 928=

LA GACETA
DEL NORTE

21-XII=
= 928 =

El clamor

Ha escrito el m El público, ent en varios m y les hizo escena

DICEN LOS AUTORES DE LA LETRA

Madrid 20 (21, 22.)

En el «A. B. C.» de esta mañana publicaban los autores de la letra de «La Meiga» la siguiente autocrítica:

No es empuño baladí para dos escritores castellanos ofrecer una visión rapsódica de Galicia. Lo es menos feo, tal vez, encerrándose en los muros del teatro, y todavía acrece la dificultad si el poeta debe cuidarse, a la vez que de su propia misión, de preparar la situación musical de modo correcto y natural y de engarzar sobre la trama de su poema el caudal fonético del compositor.

Se cae a veces en la injusticia de considerar libre, en la zarzuela, lo exclusivamente hablado, olvidando que esta en el paréntesis de un intermedio orquestal, a menudo está presente el libretista. La dificultad técnica para el autor está, con más frecuencia, en saber el instante propicio para decir al músico: «Pase usted aquí un amigo», que en afrontar determinadas situaciones a diálogo limpio.

Nosotros, al ofrecer al público el libreto de «La Meiga», lo hacemos con gran fervor que nos inspira aque-lla deliciosa «punta de Europa», que añoran el Miño y el Sar, y cuanto puede existir de desahogado, no deberé- mos chacarse sino a exceso de devoción que hasta los padres perjudican a sus hijos predecesores cuando pretenden, de corazón, amarlos intensamente.

Acaso no sea despreciable ventura para la difusión del culto a la belleza lírica de Galicia nuestra condición de extraños al país, porque nuestra visión puede haber sido objetiva y ecuaníme, como no siempre sería la de una rutina apasionada por el amor a la patria chica.

Y, por lo que respecta a los procedimientos seguidos, tanto en la elección de temas como en su desarrollo técnico y en los matices dramáticos pretendemos haber llegado a Galicia, aunque, en algún momento, estos matices sean más teatrales que fieles a la estrechez de una realidad fonética. Nuestra posición ante la necesidad de lograr una Galicia exacta y, al mismo tiempo, conveniente para quienes la desconocen, nos recordó cierta anécdota de un explorador inglés. Pretendía éste recabar para los dominios de su Monarca determinado territorio, situado fuera de la influencia civilizada. A otro, tanto aspiraba un competidor alemán, el cual presentó, con un copioso bagaje de literatura descriptiva de las excelencias de su Estado. El ingeniero alemán distribuyó por doquier sus folletos, tratados, álbumes y catálogos. El británico, machino, dióse a pensar un arbitrio para vencerle. Y, cuando más desesperado se hallaba, empezó a cantar, como un español cualquiera en

literatura gallega y especialmente sus cantos populares, de los cuales no creemos haber dejado de conocer ninguno.

En nuestra labor hemos encontrado eficacísimos y bondadosos colaboradores, que nos orientaron con sus consejos y nos ofrecieron todo el bagaje de su cultura. En el libro de nuestra zarzuela tendrán mención especialísima, con toda nuestra gratitud, cuando aquél sea dado a la estampa.

Pero aquí no debemos silenciar que a quienes debemos mayores sugerencias, merced a sus obras admirables, es a los poetas de la raza: Rosalía, Curros, Añón y Cabanillas, y a los novelistas Pardo Bazán y Fernández Flórez. Y, sobre todos, a don Ramón del Valle Inclán, el Grande.

Federico ROMERO.
Guillermo FERNANDEZ SHAW

EL ESTRENO DE «LA MEIGA»

Madrid 20 (21, 22.)

«La Meiga». Este es el título de la zarzuela que esta tarde se estrenó en el Teatro de la Zarzuela.

Con ella, el maestro Guridi ha logrado un nuevo y clamoroso éxito.

Durante los tres actos de que consta la obra, el gran compositor vasco se ha visto obligado, repetidas veces, a salir a recoger los aplausos del público, que no los regateó tampoco a los autores del libro, Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw.

«La Meiga» es una zarzuela de ambiente gallego, cuya acción ocurre en el siglo pasado.

Sus autores se han inspirado en lo popular, y, por ende, la música de Guridi está llena de canciones melódicas, como son todas las de aquella región.

Los primeros aplausos estallaron en un hermoso «alalá», cantado por el bajo Arenas, quien tuvo que repetir el número.

La romanza del barítono, en este primer acto, es un primer de composición.

La orquesta acompaña de tal forma a la canción, que el público exigió otra vez la presencia en el proscenio del maestro Guridi.

Este primer acto termina repitiéndose el «alalá», que fué oído con el mismo gusto que las dos veces anteriores.

En el primer cuadro del segundo acto hay que señalar un bailable, magnífica «muñeira», llena de brío y de sabor gallego, que la pareja de baile, María Yuste y José Novas, tuvieron que bisar, después de haber sido ovacionado largo rato el maestro Guridi, que salió a recoger los aplausos en compañía de los autores del libreto.

Romero y Fernández Shaw han patentizado que son dos brillantes poetas, en dos hermosos recitados, dicho uno, el primero, por el tenor Baldrich, en el primer acto, y por María Badía en este primer cuadro, de tal forma, que esta triple fué ovacionada largo rato.

El público, a medida que avanzaba la obra, iba quedando más subyugado y se levantó de sus asientos para ovacionar y vitorear al maestro Guridi al final del intermedio del primero al segundo cuadro del segundo acto.

En este intermedio, Guridi ha hecho una página musical que oiremos muchas veces a nuestras orquestas.

Es una brillante página inspirada en las danzas gallegas y, por lo tanto, de un brío y de un sabor regional enormes.

Con la composición corre parejas la instrumentación, hecha con exquisito cuidado y de manera que es imposible oír esta composición sin que la interrumpa el aplauso. Esto fué lo que hizo el público, que llenaba el teatro de la Zarzuela, las dos veces que la orquesta interpretó dicho intermedio.

En el segundo cuadro del segundo acto hay una jota «allega» que también tuvo que ser bisada.

Termina este acto con un cuarteto, en el que Guridi ha compaginado lo sentimental con lo alegre.

El tercer acto es el más breve de la obra.

En él se destaca un dúo de tenor y tiple, lleno de sentimentalidad, muy apropiado a los recuerdos de dos antiguos amantes que vuelven a hablar de los tiempos pasados y que se preocupan ahora del bienestar de su hija, la joven que ha estado a punto de perder su dicha y su amor por las murmuraciones del pueblo.

La obra termina con una clásica alborada, que, como los trozos de música anteriores, fué muy aplaudida y vitoreada.

En unión de Guridi y de Romero y Fernández Shaw, se levantó la cortina muchas veces al final de cada uno de los tres actos.

La Compañía de la Zarzuela ha puesto gran cariño en la ejecución de la obra, mereciendo citarse María Badía, excelente cantante y declamadora; la Dormi, una deliciosa enamorada, y Flora Pereira, gran tiple cómica. Del elemento masculino, Baldrich y Almodóvar, excelentes cantantes; Gómez Bur y León, muy en sus papeles cómicos, y Arenas, que sacó gran partido de su papel.

El resto de la Compañía, muy disciplinado.

Los coros cantaron y se desarrollaron con gran acierto.

En cuanto al decorado del escenario, Elov Garay, que para su cometido estudió en fuentes gallegas, yendo a la propia región trasuntada en el libro, sólo cabe el más cumplido elogio.

«La Meiga» constituye un nuevo paso triunfal en la carrera escénica del maestro Guridi y de sus colaboradores, y, desde luego, un firme jalón en el resurgimiento de la zarzuela española.

27

"El Liberal" 21 - XII - 1918.

EL ESTRENO DE "LA MEIGA"

Jesús Guridi obtiene un triunfo clamoroso como músico de brio dramático

Impresiones de un espectador

Madrid 20.—El público que hoy llevaba la Zarzuela tenía el presentimiento de que iba a escuchar una partitura gemela de aquellas otras que revelaron el genio precozmente agostado de Usandizaga o exaltaron a la cumbre al maestro Vives. Se veían en el teatro muchas caras desconocidas y pocas ensombrecidas por la envidia y el rencor. Público que paga y que busca, sin curarse de personalismos o de cenáculos, un puro recreo espiritual.

La fábula de «La meiga» es sencilla y no exclusivamente original. Hay en ella numerosas huellas de la pluma culta, inspirada de los libretistas de «Doña Francisquita», romances impecables, metáforas felices y sugestivas y, sobre todo, una técnica irreprochable, técnica que no puede evitar las tradicionales arbitrariedades de las zarzuelas, en que es forzoso que un personaje descubra sus secretos más íntimos en plena plaza pública, delante de todo un pueblo mordido por una morbosa curiosidad. Lo mejor del libro de «La meiga» es el ambiente fino y naturalmente poético, el encanto, felizmente recogido, de las costumbres gallegas, el reflejo de su paisaje y la expresión de su ternura. Pero todo ello hubiera sido cosa inexpresiva sin la colaboración del músico, que ha prodigado no su sapiencia y su magnífico sentido orquestal, sino inspiración, gracia y brio dramático.

Todo el argumento gira en torno de unos amores contrariados y amargados por la murmuración aldeana. El señor del lugar, un D. García que Almodóvar encarnó con la tiesura y altivez precisas, es un viejo amador algo al modo del valleinclanescos marqués de Bradomín. Ha sembrado el tontorno de hijos naturales a los que sus madres, agradecidas al fugaz idilio con que su señoría les honró, han dado sendos padres complacientes o cándidos. La meiga —a la que María Badía dió un extraordinario relieve con su figura arrogante y su voz poderosa— tiene una hija, Rosiña, por la que D. García siente una inclinación que parece sospechosa al pueblo y que está a

punto de malograr los amores de la nieta con un labriego honradote y enamorado que acaba emigrando para evitar la posible vergüenza de recibir una esposa que ha perdido la doncelléz. Como hasta el espectador más ingenuo ha comprendido desde las primeras escenas, nada hay de pecaminoso en el afecto con que el señor distingue a Rosiña. Fué su madre, la meiga, quien tuvo que ver en sus mocedades con su señoría, y de aquél amorío fué fruto exuberante la Rosiña. Junto al tema dramático, los libretistas colocan los personajes cómicos indispensables: el padre oficial de Rosiña —la excelente tiple Dorini del Disco—, que es un emigrante —representado con su gracia peculiar por Angel de León— que regresa al lugar con la faltriquera exhausta, un traje de indiano enriquecido y un don que sus convencidos le niegan llamándole irreverentemente por su apodo de «Ciro-las». Sin dinero y sin ánimos de trabajar, D. Camilo retorna otra vez al trasatlántico, caballero en un burro matalón, luego de dejar una carta en la que se da por enterado de su conyugal desgracia. Como «pendante» de la pareja desunida por la comadrería rural aparecen dos tórtolos —el viejo tenor cómico Gómez Bur y Flora Pereira, chiquita, bonita y salerosa— que amenizan la escena con sus diálogos y sus retozos.

Naturalmente, la obra termina con la confesión hecha «coram populo» por D. García de haber engendrado a Rosiña, y el anuncio de la boda entre el buen Ramón y su inocente amada.

Pero —claro está— el libro no es en estas zarzuelas mas que el pretexto para que el músico luzca y dé rienda libre a su estro.

Es lo que ha sucedido en «La meiga». Guridi ha escrito veinte números de los que ni uno solo ha dejado de acogerse con aplausos espontáneos y clamorosos. Ya el primero —un dúo gracioso y jocundo a cargo de la pareja cómica— ha merecido los honores de la repetición. El siguiente, una graciosa melodía que canta un músico ciego al són de la viola, ha promovido un alboroto de ovaciones reiteradas y varias salidas al proscenio de los autores.

Número episódico, ciertamente, pero que el autor ha aprovechado para desarrollar su inspiración magnífica y su compenetración con el ritmo gallego.

Un baile popular lleno de donaire no exento de ternura; un dúo de barítono y tiple; un coro de mozas que van con sus herradas a la fuente. Otro coro lejano que transmite los ecos gozosos de la romería, han incitado idéntico entusiasmo en el público.

Pero donde la musa de Guridi culmina es en un intermedio del segundo acto, en el que se combinan maravillosamente el metal y la cuerda, admirable en su orquestación sinfónica, que ha puesto en pie a todo el teatro y ha sido acogido con bravos y vivas a Guridi. Este solo número, que no recuerda, sino que aventaja al intermedio de «Las golondrinas», bastaría para elevar a un compositor a uno de los primeros lugares de la música española.

El auditorio no se cansaba de aplaudir, ni de escuchar, ni de aclamar a los autores. Un coro a telón corrido ha hecho salir tres, cuatro, seis veces a Guridi, cuya emoción, indisimulable, se exteriorizaba en diversos e innumerables ademanes de gratitud.

Otro éxito calurosísimo ha obtenido un dúo entre D. García y la *meiga*, el más dramático de la zarzuela y seguramente el que más habrá satisfecho a Jesús Guridi, preocupado siempre —en sus nobles ansias de superación— de llegar a un triunfo semejante.

Noche, por lo tanto, de victoria absoluta para el compositor vasco, que sólo cuando unos libretistas reputados le entregan un argumento, y un empresario lo trae a Madrid, se presenta encogido y temeroso ante el proscenio para recibir una ovación estruendosa y volverse a Bilbao a dirigir la Coral y seguir trabajando honrada y afanosamente sin claudicaciones, sin trucos, sin reclamos y sin concesiones al mal gusto de los oídos habituados a la música de «jazz-band». «La meiga», considerablemente superior a «El caserío», no admite comparación mas que con partituras del fuste de «Doña Francisquita» o «Maruxa».—A.

Autocrítica de los libretistas

Madrid 20.—«A B C», como hace con relación a todos los estranos, publicó esta mañana la siguiente autocrítica de Federico Romeu y Guillermo Fernández Shaw, autores del libreto de «La meiga»:

«No es empeño baladí para dos escritores castellanos ofrecer una visión rapsódica de Galicia. Lo es menos fácil, tal vez, encerrándose en los muros del teatro, y todavía acrece la dificultad si el poeta debe cuidarse, a la par que de su propia misión, de preparar la situación musical de modo correcto y natural y de engarzar sobre la trama de su poema el caudal polifónico del compositor.

Se cae a veces en la... injusticia de considerar libro, en la zarzuela, lo exclusivamente hablado, olvidando que, hasta en el paréntesis de un intermedio orquestal, a menudo está presente el libretista. La dificultad técnica para el acierto está, con más frecuencia, en saber el instante propicio para decir al músico: «Pase usted aquí conmigo», que en afrontar determinadas situaciones a diálogo limpio.

Nosotros, al ofrecer al público el libreto de «La meiga», lo hacemos con el gran fervor que nos inspira aquella deliciosa «punta de Europa», que bañan el Miño y el Sar, y cuanto pueda existir de desacertado no debería achacarse sino a exceso de devoción, que hasta los padres perjudican a sus hijos predilectos cuando pretenden, de corazón, amarlos intensamente.

Acaso no sea despreciable ventaja para la difusión del culto a la belleza lírica de Galicia nuestra condición de extraños al país, porque nuestra visión puede haber sido objetiva y ecuaníme, como no siempre sería la de una rutina anasionada por el amor a la patria chica.

Y por lo que respecta, a los procedimientos seguidos, tanto en la elección de temas como en su desarrollo técnico y en los matices dialogales, pretendemos haber llegado a la eficacia, aunque en algún momento estos matices sean más teatrales que fieles a la estrechez de una realidad fonética. Nuestra posición ante la necesidad de lograr una Galicia exacta, y, al mismo tiempo, convincente para quienes la desconocen, nos recordó cierta anécdota de un explorador inglés. Pretendía éste recabar para los dominios de su monarca determinado territorio, situado fuera de la influencia civilizada. A otro tanto aspiraba un competidor alemán, el cual se presentó con un copioso bagaje de literatura descriptiva de las excelencias de su Estado. El ingenio alemán distri-

buió por doquier sus folletos, Tratados, álbumes y catálogos. El británico, mohino, dióse a pensar un arbitrio para vencerle. Y, cuando más desesperado se hallaba, empezó a cantar, como un español cualquiera en trance análogo. Observó que los indígenas abandonaban al teutón para venir a escucharle. El inglés sonrió. Dióse a aprender algunas palabras del idioma primitivo en que aquellos salvajes se entendían. Procuró asimilarse sus gestos y ademanes, y, al cabo de pocos días, pudo reanudar sus cánticos, improvisando estrofas bilineales, en las que, junto a la exótica pronunciación inglesa, los indígenas hallaban expresiones y cadencias vernáculos que les hacían comprender el sentido de la canción... Pocas semanas después, el inglés plantaba su bandera sobre la cabafia monumental del reyezuelo, y el alemán retornaba a puerto sin haber logrado dar a entender cuánto se admirable tenía su Patria.

Nosotros hemos escrito el libreto de «La meiga» en castellano, como era obligado para presentar la obra a todos los públicos de nuestra patria: pero hemos introducido, en lo posible, la construcción sintáctica gallega, y hasta nos hemos permitido intercalar la auténtica palabra del país, cuando su sentido era tan claro como lo sería en nuestro idioma, y contribuía a suavizar y embellecer el diálogo, aproximándolo a la deliciosa musicalidad del lenguaje indígena.

En cuanto al tono, creíamos que convenía a nuestro propósito que «La meiga» tuviese un carácter de romance popular. El asunto, y no necesariamente sus accidentes y episodios, no podrían, a nuestro juicio, suceder más que en Galicia, y así puede estar nuestro mayor acierto, si alguno hemos logrado: que una zarzuela no es gallega o andaluza porque los trajes típicos y la prosodia intentan, con la música, establecer

un empujamiento canchoso de sus personajes, sino dormie, a la largo de sus asonas y de sus cánticos vibra el alma popular de la región.

«La meiga» ha sido honradísimamente preparada, mediante la documentación directa del natural, en largas correrías por el país, y no en plan de turistas, sino de hombres de estudio. Y, antes y después, no menos de tres años hemos invertido en conocer la literatura galaica y especialmente sus cantos populares, de los cuales no creemos haber dejado de conocer ninguno.

En nuestra labor hemos encontrado eficacísimos y bondadosos colaboradores, que nos orientaron con sus consejos, y nos ofrecieron todo el bagaje de su cultura. En el libro de nuestra zarzuela tendrán mención especialísima, con toda nuestra gratitud, cuando aquél sea dado a la estampa.

Pero aquí no debemos silenciar que a quienes debemos mayores sugerencias, merced a sus obras admirables, es a los poetas de la raza: Rosalía, Curros, Añón y Cabanillas, y a los novelistas Pardo Bazán y Fernández Flórez. Y, sobre todo, a D. Ramón del Valle Inclán, el Grande.»

Juicios de críticos y escritores

Madrid 20.—En el mismo escenario en que se estrenó con espléndido éxito «El caserío» se ha estrenado esta tarde una nueva obra de los mismos autores, titulada «La meiga». En otro lugar, el crítico juzga la obra, que desde luego constituyó un éxito resonante, puesto que el público obligó a salir a escena los autores sin número de veces.

Durante los entreactos interrogamos a los críticos y personalidades más salientes que habían concurrido, sobre la impresión que les iba produciendo el desarrollo de la obra. Hay que hacer constar que sin duda por la coincidencia de estrenos —en Apolo tenía lugar, a la misma hora, otro— era reducido el número de aquéllos.

Abordamos a D. Roberto Castrovido al finalizar el acto segundo, y nos dijo:

—El intermedio es algo grande, comparable a las obras de Turina o Falla. Tan bueno —añadió—, que hace perdonar la fatiga que produce oír toda la zarzuela, excesivamente larga. Contiene, hasta ahora, números de verdadero gusto, que hacen recordar «El amor brujo». Como Falla y Turina me gustan, me gustará oír ese intermedio en los conciertos.

Don Pedro Rico nos dijo:

—Yo no entiendo mucho de esto; pero me gusta extraordinariamente. Hay números realmente admirables.

Al interrogar al ilustre poeta don oír ese intermedio en los conciertos.

—Yo no entiendo nada.

Insistimos, y añadió:

—Es, desde luego, una cosa de un músico que sabe hacer música. El primer acto, sin embargo, no me satisface. Es, acaso, lo más gris. El segundo está bien musicalmente. El intermedio, magníficamente instrumentado, nos recuerda mucho la música rusa, esas danzas guerreras de «El príncipe Igor», por ejemplo. El sabor es clásicamente ruso. También en el primer acto se advierte esa propensión, y en algunos momentos las reminiscencias son francamente de música religiosa.

El maestro Morató:

—La obra está concebida estupendamente, y acaso no llegue al público como debiera llegar.

El maestro Turina, crítico de «El Debate»:

—Yo siempre he sentido gran admiración por Guridi. Fuimos compañeros en la Schola Cantorum, y me inspira desde entonces gran devoción. «La meiga» itene trazos preciosos. Una de las cosas más finas es el canto del ciego. En el acto primero es donde Guridi, con menos materia, ha sabido sacar mejor partido. La orquestación de toda la obra es admirable y la novedad del plano digna de señalarse.

El maestro Villa:

—La obra es una gloriosa página musical. Guridi es uno de los compositores que honran a la música. El intermedio es, sencillamente, maravilloso.

Bosch, crítico de «El Imparcial»:

—La orquestación es admirable. Los coros están muy bien tratados. La combinación de los temas zalaiicos constituye un gran acierto. Lo que menos me ha gustado es la romanza del tenor. El intermedio es algo definitivo.

El crítico de «Informaciones»:

—La partitura es inferior a lo que se esperaba y se puede esperar de Guridi. El intermedio está muy bien; a mi juicio, es igual en procedimiento a la pantomima de «Las polondrinas».

El crítico del «Heraldo de Madrid»:

—Guridi, maestro indiscutible, ha estudiado los cantos populares galaicos con cariño e inteligencia. «La meiga» es una partitura genuinamente galaica. Guridi ha compuesto un verdadero poema resumiendo el alma del pueblo. Todo Galicia palpita en la música de Guridi una de las obras maestras del folklorismo patrio.

Luis Muñoz Llorente:

—«La meiga» es una zarzuela notable que refleja el verdadero sentir del pueblo galaico. Y su música es la más original que se ha hecho dentro de los moldes líricos de la región.

Hablando con los autores

Madrid 20.—Terminada la representación, pasamos al saloncillo y allí saludamos a los autores.

Antes de llegar topamos con el maestro Juan Antonio Martínez, que había dirigido la orquesta.

—¿Qué nos dice usted de la obra? —le preguntamos—.

—Que ha constituido un éxito definitivo y que es una de las mejores de Guridi. Yo la juzgo superior a «El caserío».

Jesús Guridi recibía emocionadísimo los parabienes, los apretones de mano y los abrazos. Nos apoderamos de él por un momento.

—Ustedes sabrán disculparnos —nos dijo—. Mi satisfacción es inmensa. El éxito ha sido magnífico. Los intérpretes han contribuido poderosamente a ello, poniendo cuanto estaba a su alcance; interés, entusiasmo..., como si fuese cosa propia. Mi gratitud a las partes, a los coros, a la orquesta y al público es inmensa. Mi emoción, como ustedes ven, inmensa... No sé qué decir... Disculpenme, disculpenme...

Guillermo Fernández Shaw nos dijo:

—Estamos encantadísimos del resultado, superior al que esperábamos. A última hora teníamos miedo, pese a la ilusión que habíamos puesto en la obra. Estamos contentos, muy contentos.

"El Nervión" 21-XII-1928.

El estreno de "La Meiga" en el Teatro Lírico

La prensa madrileña de hoy reconoce el gran triunfo del maestro Guridi

Madrid. — Conforme adelantábamos en el avance que ayer dimos acerca del estreno de "La Meiga" esta zarzuela de costumbres gallegas constituyó un éxito clamorosísimo.

Fué a mediados del primer acto cuando el público comenzó a entregarse, haciéndolo de lleno al final del segundo.

Existen opiniones autorizadas, entre ellas las de los maestros Luna y Vives según las cuales el preludio del segundo acto es una de las cosas mejores, estimándose que solamente aquél es lo suficiente para que la obra sea escuchada con interés varias veces.

La última parte de la zarzuela, que como las otras, se divide en dos cuadros, fué el compendio del éxito.

La interpretación fué excelente, destacándose de entre todos los artistas el barítono Luis Almodovar y la tiple María Badía.

La decoración de Eloy Garay mereció grandes aplausos. El escenógrafo fué llamado varias veces a escena para recoger los aplausos del público.

LO QUE DICE LA PRENSA

Madrid.

"El Imparcial" dice que el triunfo de Guridi y el éxito de la obra fué apocalíptico.

"El Sol" dedica también grandes encomios al libro y a la música.

"El Debate" dice que, después de la gran expectación, el libro tiene momentos felices, pero la trama del asunto es confusa y decae más en el desenlace.

Guridi es el mismo músico de siempre.

"A B C" dice:

"El arte lírico español se ha enriquecido con la nueva partitura de Guridi.

Este gran arquitecto de la música ha conseguido enriquecer los principios perennemente básicos del sentimiento y la expresión melódica popular.

"El Liberal" dice que la obra obtuvo excelente éxito ante el público.

Está bien construida en general, decayendo el libro.

Guridi ha conseguido el éxito.

"La meiga" ha obtenido un gran éxito

Se repitieron muchos números y el intermedio causó verdadero entusiasmo

Opinión de Guridi sobre la música y los músicos

Madrid, 20, 9 n.

El suceso teatral del día lo ha constituido el estreno de "La meiga", verificado esta tarde en el teatro de la Zarzuela.

El primer acto tuvo un gran éxito; el segundo, un éxito clamoroso, principalmente el intermedio, que es formidable, y el tercero no desmereció los anteriores.

Los autores salieron a escena inñaidad de veces.

Se repitieron más de la mitad de los números de la obra.

La acción se desarrolla en un pazo gallego a finales del siglo pasado. "La meiga" es una mujer que tuvo una hija cuando el marido hacía dos años que se hallaba en Cuba. Esa hija tiene actualmente veinte años y se halla al servicio en casa del señor Garfía, un señorón gallego, ya viejo. El pueblo supone que el viejo y la joven, que se llama Rosifía, tienen amores, pues todos ignoran la maternidad. Rosifía tiene un novio que la adora; pero las murmuraciones del pueblo obligan al mozo a proponer a Rosifía escaparse a América para vivir tranquilos. Garfía siente acentuarse su amor paternal al enterarse de los proyectos de fuga e impide que Rosifía se marche. Envía un recado al novio que ya se halla camino de Santiago; vuelve el novio, y entonces, ante todo el pueblo, proclama que Rosifía es hija suya. La declara heredera y apadrina la boda.

El libro, admirablemente escrito, aunque algunos personajes están algo desdibujados. La interpretación, inmejorable, principalmente por María Badía, que hace una "meiga", en la que no se sabe si es mejor actriz que cantante, pues declama los versos formidablemente.

La música está basada en temas populares gallegos, sin abusar de ellos, pues apenas apunta cualquier motivo popular. Guridi lo diluye magistralmente en poemas sinfónicos que se suceden en toda la obra, culminando principalmente en el magno oficio, intermedio del segundo acto y en la canción "Tierra, tierra" que canta el tenor, en el segundo acto también.

Todos los críticos, comentando la obra durante el intermedio, decían que musicalmente es la mejor que se ha estrenado en los últimos años.

Las decoraciones, de Eloy y Garay, muy bellas todas.

llamó poderosamente la atención el bailarín Santos Navas de Pontevedra, que con la señorita Yusti, baila "La muñeira" colosalmente.

Para dar propiedad a la obra se han traído también de Galicia una vaca, un galgo y un hombre que canta "alalas".

Los pobres que figuran a la puerta de la iglesia en el segundo acto son pobres auténticos.

LA CRITICA DE ADOLFO SALAZAR

Adolfo Salazar, que es considerado como el periodista más exigente de Madrid, publicará mañana en "El Sol" una crítica de "La Meiga", de la cual damos únicamente los siguientes párrafos:

"Parece como si toda la carrera musical de Guridi, que comenzó por una adolescencia de fino lirismo, para pasar a una juventud wagneriana, encontrar finalmente su madurez en la zarzuela.

No es único su caso; y sería tener un concepto pueril de la zarzuela el lamentarlo, porque sea o no un género menor, una zarzuela hecha con dignidad no hace desmerecer a un autor, porque le haga de oro.

Tan mal se gana hoy el dinero, que parece que el hecho de ganarlo sea un menoscabo.

No es malo el dinero que recompensa un trabajo honrado, sino el afán del lucro, aún teniendo que ocultar la cara.

El señor Guridi, que en "El Caserío" había trazado euskarismo de antología, con mayor razón ahora que presentar un galleguismo de análoga procedencia.

Más experimentado que antes, aun moviéndose en un terreno menos conocido, maneja la nueva paleta con mayor maestría y tanto como los autores del libro, hace de su avestamiento su mayor virtud.

"La meiga", por lo tanto, es el triunfo del buen oficio de todos, de su conocimiento de las técnicas respectivas y de su buena mano en la aguja de marear.

Peró si "El Caserío" era de una gracia discreta, el dramatismo de "La meiga" no llega a esa categoría, y todo él consiste en una sucesión de escenas, hechas en frío, rezumantes de romances sensiblistas, frialdad típica de lo mandado hacer de encargo, que la música de Guridi sabe demostrar de un modo inequívoco.

El patetismo de Guridi trasciende demasiado a ópera pucciniana. Su sentido pintoresco no arranca de las páginas de colección de cantos populares, y sólo su buen conocimiento del oficio le lleva a mejor sucesión en los trozos instrumentales como el intermedio del acto segundo, recia y vigorosa página de música, a la que un firme ritmo sostenido sirve de base en un dinamismo del que puede dar idea al lector la famosa marcha al abismo de la condenación de "Fausto", y que en honor al señor Guridi sea dicho, no puede asegurarse que sea una página mucho mejor que la suya, aunque la pasta

orquestal sea de mejor calidad en aquella.

Por lo demás Guridi ha acertado en todo momento a hacer una orquestación que sirve ampliamente,

sin tosquedad, a que satisfaga el ansia de sonoridad del público sin incurrir en la grosería. Del mismo modo sabe ser gracioso sin chabacanerías y al emplear la brocha gorda del baile de gaita y tamboril, sabe mantenerse en una discreta reserva.

Dos números hay en la partitura que sobresalen entre todos: uno, es ese intermedio; el otro, es la canción del ciego y de su lazarillo, acompañada por la chifonía o la vihuela de rueda, que todavía existe por algún rincón gallego y asturiano, linda melodía que termina con una linda canción del coro de muchachas y que para mí es lo de mayor acierto y lo de mejor gusto de la obra, abundante, a satisfacción, en trozos de todas suertes, desde la romanza del tenor en el acto primero que peca de sosa, hasta los dúos del último acto, que fueron los que más efecto causaron en el auditorio.

Es curioso el hecho de que estando construida esta obra por superposición de episodios, lo que sobresalga de ella sea la sensación de unidad de conjunto, buena impresión que domina sobre todas las parciales; es decir que mientras se aplaude sin dificultad cada uno de sus trozos, ninguno de ellos consigue producir emoción en el público, ni otra admiración que el reconocimiento de la buena mano de obra.

El procedimiento de Guridi consiste en abocetar los cantos populares sin redondearlos; esto es, que los disuelve en seguida en el tejido sinfónico; es un hecho que acredita al músico avezado, pero que tiene un inconveniente grave para las gentes, que salen del teatro sin saber qué es lo que les ha gustado más, y que recuerdan que han oído un poco de todo, en punto a aires gallegos, sin saber dónde ni cuándo."

Desarrollo de la obra

PRIMER ACTO

El primer acto tiene una canción del tenor, preciosa, llena de ternura, en la que Ramón, que es el novio de Rosifía, lamenta las murmuraciones de la gente y ensalza el amor que siente hacia la rapaza. Es un número precioso, que fue aplaudido con entusiasmo.

Hay un coro que se repite. Tiene carácter popular dulcísimo.

Es de advertir que toda la partitura está inspirada en ese ambiente de tristeza y dulzura.

Viene después un número, en que un coro de muchachas que va a buscar agua a la Fuente de las Animas, canta con "la meiga". Es dulcísimo, gracioso y se repite.

Hay también una canción, que, según el crítico Salazar, es de lo mejor de la obra. La canta un pobre ciego ambulante, acompañado por su lazarrillo y le acompaña el coro.

Y el acto termina con un concertante gracioso, en el que sorprende sobre todo los efectos que Guridi sabe sacar a los coros.

Es el mejor número del acto primero.

ACTO SEGUNDO

Primer cuadro. Número de romería ante una iglesia. El coro, precioso, combinado con el órgano de la iglesia, es de gran efecto y de gran fuerza dramática. Dúo cómico de la tiple y el tenor cómico. Inspiradísimo y ligero. Y como final de cuadro, una declaración de "la meiga" a la Virgen, recitando unos versos admirablemente hechos, al mismo tiempo que de la iglesia salen las notas de una oración dulcísima. Este final es de tal fuerza y emoción, que el público rompe en una clamorosa ovación.

También hay en este cuadro un tercelo de "la meiga", que es la contraalto, Rosina, que es la tiple y el novio, que es el tenor.

Cuadro segundo.—Un pazo gallego. Coro formidable con una "mufeira" lindísima, que bailan admirablemente la pareja, que ya hemos dicho. Romanza del barítono, aplaudidísima. Un número que la orquesta toca pianísimo, mientras se desarrolla una escena hablada. El cuadro acaba al arrancar con una alborada originalísima, cantada por los coros. (Gran ovación). El tenor canta un adios "Tierra, tierra", que es divino.

Estos dos cuadros están separados por un intermedio que es en concepto de todos, lo más grande de la obra. Está hecho con motivos populares gallegos y se oye la gaita y el tamboril como fondo de una melodía guerrera y agitada, que contrasta con la dulzura acostumbrada de los cantos gallegos.

Este número fue aplaudido con verdadera locura y se repitió después de aplausos y vítores, que pareció que no iban a acabar.

ACTO TERCERO

Interior de la casa del hidalgo García. Dúo inspiradísimo de la "meiga" y García. Orquestación formidable. Repetición, a pesar de que la Badia está afónica. Dúo de Rosina y García. Este número es de una finura exquisita, y levanta también una tremenda ovación.

Cuadro segundo de este acto. Coro tan magistral como los anteriores. Tiene como tema una canción popular; concertante estupendo de dominio, técnica y de melodía, y coro final.

COMENTARIOS EN LOS PASILLOS

Durante los tres actos, los pasillos son un hervidero. La gente comenta con apasionamiento y todos discuten si la obra es superior a "El caserío".

Allí hablamos con el crítico de "A B C".

Nos dice que la obra es magnífica. Es igual que "El caserío", aunque de características completamente distintas. Es de Guridi —dice— y con eso está dicho todo.

Para el crítico de "El Heraldo" es mejor que "El caserío".

Para él de "El Imparcial" es mejor "El caserío" que "La meiga" Mejor porque el libro tiene situaciones más cómicas en "El caserío" y porque se desarrolla en ambiente que Guridi ha vivido.

El crítico de "La Voz" le replica:

—Eso no importa. Guridi siente la música y siente lo que escribe. Por esto le ha bastado vivir algo el ambiente y el paisaje gallego, tomar temas folklóricos, para escribir sobre ello una partitura hermosa.

El maestro Villa decía que "La meiga" es muy superior a "El caserío".

Se nota en Guridi un afán de superación y el tiempo que ha pasado desde aquel estreno se nota mucho en la inspiración y en la orquestación.

UNA ENTREVISTA CON GURIDI

Madrid, 20, 9 n.

"La Voz" de esta noche publica una entrevista con los autores del libro y de la música de "La meiga".

He aquí la parte referente a Guridi:

—¿Qué le agrada a usted más, lo sinfónico o lo dramático?

—Todo, pero el teatro es más agredido.

—Eso del agradecimiento... ¿en sentido económico?

—No. Quiero decir que en el teatro hay una comprobación de valores más rápida; se ve antes el resultado.

—Ya.

—Y a más campo, más público.

—¿Le gusta Strawinsky?

—Desde el punto de vista rítmico es un autor destacado, pero no estoy conforme por completo...

—¿Una divergencia fundamental?

—Obedece a una moda de momento.

—¿No será un clásico?

—No.

—¿Schonberg que le parece?

—No le concedo importancia.

—Es la máxima novedad armónica, ¿verdad?

—Sí, es... la extravagancia. En arte no se debe olvidar la claridad de expresión.

—¿De los músicos vascos?

—No me gusta nada de los vivos.

—¿Y de los muertos, Usandizaga?

—Sentía el dramatismo con fuerza.

—¿El dramatismo, como tono musical o como expresión dramática?

—Como tono musical. Independiente de la representación.

—¿Cuál es lo característico vasco?

—El ritmo. Hay regiones en que el ritmo es más viril.

—¿Cuáles?

—Vizcaya. En cambio en Guipúzcoa es más tierno.

—¿Como el paisaje?

—Claro.

—En cierto modo la música es un próte suyo, ¿ne?

—Sí.

—El folklore vasco es más o menos rico que los otros peninsulares?

—Es de los más ricos.

—¿Más que el gallego?

—Allá se andarán. El gallego es muy interesante. En poco tiempo recogí yo doscientas melodías.

—Entre la inspiración y la técnica ¿qué preferiría usted como cualidad dominante?

—La técnica sola no la quiero para nada. La inspiración sola, sí. Mejor, naturalmente, si viene acompañada.

—¿Lo esencial es el destello?

—El destello.

—La técnica de usted... ¿orquestación robusta ante todo?

—No lo puedo apreciar. Me pasa lo que al padre...

—Ya, ya sé lo que le pasa al padre con sus hijos.

—¿La meiga se basa en motivos populares?

—Sí, hay algunos; pero los temas principales son originales.

—Al recoger lo popular, ¿cuál es su posición, respetarlo o retocarlo?

—Lo expongo a través de mí.

—¿No pierde así frescura?

—Procuro que no la pierda. Pero... El músico tiene que presentarlo en forma artística.

—¿No es forma artística la del pueblo?

—Sí, pero no adaptada al momento.

—¿A qué momento?

—Al teatral.

—Es decir, ¿que en la adaptación está lo bueno?

—O lo malo.

¡Lo peligroso!

.....

¡Guridi! Hombre amable. Probo y distinguido maestro con más de telar que de alambique.

La Prensa de Madrid confirma el grandioso triunfo de Guridi

"El triunfo de Guridi, dice "El Imparcial", y el éxito de la obra fué apoteósico"

"El arte lírico español se ha enriquecido con una nueva partitura", opina "A B C"

DETALLADAMENTE SUPERA "LA MEIGA" AL "CASERIO", ESCRIBE TURINA EN "EL DEBATE"

Madrid 21 (24,30.)

Toda la Prensa confirma por sus críticos más calificados el éxito espléndido del maestro Guridi en su última obra *La Meiga*. Transmite la parte de esos juicios que se refieren a la música ya que no hay posibilidad material de reproducir cuanto dicen de toda la obra.

Turina en "El Debate"

Guridi es el gran músico de siempre, y, aunque se le conoce algo que ha salido de su casa para recorrer otras regiones que no son las suyas, ha tenido la noble ambición de superar en su labor de *La Meiga* a la de *El Caserio*; además es «tan buen chico», que aceptó sin reservas todas las situaciones del libro. Diré, ante todo, que la orquestación es admirable; la ponderación de sonoridades es exacta y suena tan bien la orquesta, que da la sensación de ópera en el más elevado sentido de la palabra. Ha suprimido el arpa, reemplazándola por un piano, resultando de esta novedad (en zarzuelas) efectos preciosos. En el primer acto se destaca la canción de un ciego, que simula acompañarse con su «zampona», resto de la antigua viella, lindísimo número y alarde sónico, en el cual Guridi consigue habilísimamente la mayor emoción con los medios posibles.

El segundo acto, que es el mejor, tras una alegre muñeira, contiene un intermedio magnífico, de obstinado ritmo y de tal fuerza expansiva que, seguramente, es de lo mejor que de él hemos oído; es tan seguro de factura y de orquestación y tanta su brillantez, que pasará al repertorio de los conciertos sinfónicos. También consignaré un trozo popular de la parva cómica y el coro, muy bonito y apto. El resto de la música, siempre de un nivel infinitamente superior al que nos acostumbra los otros compositores del género zarzuelesco, son menos personales, y derivan hacia la ópera con ciertas influencias, aunque lejanas, del *Parsifal* en el primer cuadro del tercer acto. En resumen, la labor de Guridi en *La Meiga* es detalladamente superior a *El Caserio*, bien, en su totalidad sea ópera o zarzuela, y popular su obra.

Hablando al respecto de la orquestación de Turina:

Martínez y de la orquesta. El maestro Martínez honra la profesión de directores de orquesta. Lo ha demostrado en varias ocasiones, y ayer fué para él jornada gloriosa. Al frente de una orquesta formada por profesores de la Sinfónica, dispuesta, como lo demostró en *La Meiga*, a tocar bien, y con una obra admirablemente orquestada, puede juzgar el lector a qué altura rayaron director y orquesta; fué, para mi gusto, lo mejor del estreno, y merecen los mayores elogios. No se los regateó el público, que ovacionó con entusiasmo al director, e hizo levantarse a los profesores.

La Meiga obtuvo un éxito franco, acentuado en el segundo acto, el cual, como ya he dicho, es el mejor de los tres. Guridi, Fernández Shaw y Romero, salieron repetidas veces al palco escénico, para corresponder a los aplausos del auditorio.

Floridor en "A B C"

El arte lírico español se ha enriquecido con una nueva partitura, de Guridi. Este gran arquitecto de la música ha cimentado su obra en lo que es perennemente básico: el sentimiento y la expresión melódica populares. Tal venero, de inagotable riqueza, es, para un artista de la sensibilidad del autor de *Mirantax*, preciosa materia de inspiración, que, al ser transformada y fundida, adquiere, cuando de un artífice se trata, insospechados relieves y destellos. Es el diamante en bruto, en manos de un buen lapidario. El caso de Vivea, en *Doña Francisquita*. Guridi, al musicar el libro de Romero y Fernández Shaw, libretistas de valor decoro literario—a los que acompañó en su documental visita a Galicia, para situar apropiadamente el escenario de su obra—en el cancionero que abre el primer acto, brilla en su rítmica lírica y melódica, y en su sencillez y en su claridad en la ejecución impresa.

mance del ciego, que se acompaña de la «sanfona», instrumento popular en Galicia. La expresión orquestal es perfecta, admirable en la imitación de sus sonidos; un recitativo de tenor, delicada melodía, apoyada en un tema popular; un «dúctino» cómico; el dúo de la Primavera, de cálida fragancia y el concertante.

En el acto segundo, la escena musical de los consejos; la danza de la rueda, y un preludio, magnífica, vigorosa página sinfónica, briosamente instrumentada, de intensas sonoridades, que puso al público en pie, entre delirantes ovaciones a Guridi. Termina el acto con otro concertante, de inspiradas frases.

En el último acto, un gran dúo, dulce y bellamente evocador de juveniles añoranzas, que tiene, en su forma orquestal, como un suave matiz religioso, pone un brillante colofón a la admirable partitura de Guridi. Casi todos los números enunciados, aplaudidos fervorosamente, fué preciso repetirlos, por unánime sufragio. El autor de *El Caserio* ha hecho gala en *La Meiga* de sus profundos conocimientos orquestales. De su buen arte de compositor y sinfonista, de su elegante sencillez en la forma, de su moderna expresión en el diseño.

La orquesta suena, a veces, como un órgano. Bien es verdad que es un formidable orquesta, que con sus mayores aciertos trata las partes corales.

Meiga

A continuación

copia de los párrafos más importantes de las críticas mencionadas.

EL PUEBLO
= YASCO.

SAN SEBASTIAN
Viernes 21 de Diciembre de 1928.

ESTRENO DE "LA MEIGA,

Guridi obtiene un éxito superior al de "El caserío,"

Su última obra es lo mejor que se ha escrito estos años Para estrenarla se trajeron de Galicia una vaca, un galgo y unos mendigos de verdad

Madrid, 20 (12 n.).

El suceso teatral del día lo ha constituido el estreno de la zarzuela "La Meiga", de cuya música es autor el maestro Guridi, aplaudido autor de "El Caserío".

El teatro de la Zarzuela, donde se verificó el estreno, se hallaba atestado de público, que siguió la obra con extraordinario interés. Figuraba un número considerable de espectadores gallegos.

El primero acto obtuvo un buen éxito, aplaudiéndose mucho.

En el segundo acto, el éxito puede calificarse de imponente y clamoroso.

En el tercero también obtuvieron un gran éxito.

Los autores fueron llamados a escena ininidad de veces al final de cada acto, aplaudiéndoseles y vitoreándoseles con entusiasmo. Se repitieron más de la mitad de los números de la obra.

La escena se desarrolla en un pazo gallego, a fines del siglo pasado.

La "meiga" es una mujer del pueblo que tuvo una hija cuando su esposo hacía dos años se hallaba en Cuba. En el momento en que se sitúa la obra, esa hija, llamada Rosina, que tiene ya veinte años, se halla al servicio en casa del señor García, que es un señorón gallego, ya viejo, el cual es, en realidad, el padre de la muchacha.

En el pueblo, como ignoran esa paternidad y saben el cariño con que el señor García trata a Rosina, creen que entre ambos hay relaciones poco confesables, siendo ello motivo de murmuración.

Rosina tiene un novio que la adora y que no cree en las murmuraciones; pero para sustraerse a ellas, propone a su novia marcharse a Cuba para vivir allí tranquilos.

Al conocer el señor García estos proyectos de fuga, siente aumentar su amor paternal y decide impedir el viaje y, por consiguiente, la marcha

de su hija. Para ello envía un recado al novio, que se halla ya camino de Santiago; y cuando vuelve, a la vista de todo el pueblo, da a conocer la verdadera situación, diciendo que es el padre de Rosina y decidiendo apadrinar la boda.

El libro está magníficamente hecho, aunque algunos tipos aparecen desdibujados.

La interpretación ha sido admirable. María Bada ha tenido un éxito extraordinario, haciendo la "meiga" de un modo prodigioso, no sabiendo qué admirarse en ella más, si a la cantante o a la actriz, pues dijo los versos de un modo maravilloso.

La música está inspirada en temas populares, aunque sin abusar de ellos, pues diluye los motivos populares en poemas sinfónicos, que se suceden sin interrupción, para culminar en el intermedio del segundo acto, que es algo grandioso, y en la canción "Tierra, tierra", que canta el tenor, también en el segundo acto.

Los críticos, en los intermedios de la obra y al final de la misma, hacían los más calurosos elogios, diciendo que es obra, desde luego, superior a "El Caserío"; y que, sin duda alguna, es lo mejor musicalmente, que se ha escrito en los últimos años.

Acaeo la partitura tenga el defecto de que el público no puede salir tarareándola.

El bailarín Santos Navas, venido expresamente de Pontevedra, bailó con la señorita Yusti una muñeira, que resultó preciosísima, viéndose obligado a repetirla varias veces.

Para dar mayor propiedad a la representación y a la escena, se han traído de Galicia, para que figuren en la representación, una vaca, un galgo y un hombre que canta el "alalá".

También han sido traídos de Galicia unos pobres auténticos, que aparecen pidiendo limosna en la puerta de la iglesia.

Como decimos, el éxito ha sido definitivo.

"La voz de Quijigosa" (San Sebastián)

El estreno de "La Meiga", de Guridi, fué un éxito clamoroso

21-XII-1928.

El público vitoreó al gran compositor vasco que fué paseado en hombros

(Crónica telefónica de nuestro redactor-corresponsal en Madrid Emilio Herrero)

MADRID, 21.—Ayer por la tarde tuvimos fiesta mayor en el teatro de la Zarzuela con motivo del estreno de la zarzuela en tres actos "La Meiga", música del maestro Guridi, y el libreto de los ya expertos maestros en estos difíciles menesteres señores Romero y Fernández Shaw.

Hace dos años por esta época los tres, con ocasión del estreno de "El Caserío", y como expresión de gratitud a los corresponsales de los periódicos vascos que difundieron el éxito de la famosa obra, nos congregaron en el Ritz, donde se sirvió un "lunch".

Entre los artistas e invitados se habló mucho, salpicando los diálogos con efemérides teatrales y periodísticos. Y fué entonces y en aquel lugar cuando nació la idea de entre los tres artistas, unidos por vínculos de amistad e identificados por el acierto y las emociones del estreno, de escribir una zarzuela de ambiente gallego. Y a Galicia fueron los tres a documentarse: Guridi en el folklore regional y los libretistas a impregnarse en las costumbres tan ricas en motivos musicales con sus clásicas escenas.

Ninguno de los tres artistas es de origen gallego, país donde todavía las supercherías están arraigadas en el ingenuo espíritu.

"La Meiga", protagonista de la nueva zarzuela, conserva los rasgos de brujería del lugar de la acción, que es el valle de Ulla.

La Meiga, mujer de radiante hermosura en su juventud, casó con el personaje cómico, Aroles, que emigra a Cuba, plenamente convencido de que su mujer ofrece íntimos favores al amo y señor del paso. El papel de Cirales lo interpretó en el estreno el barítono señor Almodóvar.

A los dos años de marcharse Cirales a Cuba, su esposa la Meiga tiene una hija, moza esbelta ahora, que es cortejada por el tenor Baldrich, muchacho trabajador que está enamorado de Rosiña, que así se llama la rapaza, y a la cual los mozos del paso suponen en las redes de don García, su verdadero padre. Por ello los mozos procuran disuadir a su amigo del propósito de casarse con Rosiña. Pero hay boda rumbosa, pues don García, que se declara el verdadero padre de Rosiña, deja a ésta su excelente hacienda.

El marido de La Meiga, que anteriormente regresó de América, al enterarse de todo, con espíritu sutil de buen gallego, decide volver a Cuba, convencido de que el ridículo se ha ensañado con su persona, y ofrece al hijo auténtico, cuya boda se celebra, la fortuna que logró en América y de la cual a nadie dió cuenta hasta que dejó escrita una carta pintoresca reconociendo y condenando la infidelidad de La Meiga.

Los autores han escrito un libro propio de ellos, en verso fácil e intencionado, dejando como buenos artífices todo preparado para que Guridi escriba una gloriosa partitura más.

Un estreno como "La Meiga" es siempre un acontecimiento artístico, y, naturalmente, el teatro se vió abarrotado de público, predominando los elementos de las colonias vasca y gallega, así como el público que gusta de las primicias de estrenos de esta índole.

En los entreactos la crítica desbordóse rápida en juicios cortantes, ásperos, que luego, llevados a las cuartillas y revestidos de técnica, muchas veces huyen de la opinión soberana del público, dueño y señor del aplauso o de la muestra del desagrado.

Vamos a prescindir deliberadamente de los comentarios de las autoridades musicales, que reconociendo en Guridi condiciones muy favorables como instrumentador, atisban reminiscencias de la música rusa, del Príncipe Igor, o de creencias en la escuela religiosa Canto Cantorum. Vamos solamente a recoger la actitud, el juicio del público soberano que ha ovacionado y aclamado sin reservas y con entusiasmo al gran músico vasco que ha sabido mover como un mago los resortes de la instrumentación para ochenta personas admirablemente dirigidas por don Juan Antonio Martínez.

Al aparecer en el primer acto un maravilloso decorado con vistas del paso del Valle de Ulla, donde primeramente conocemos a La Meiga, anotamos la primera y merecida ovación para el decorador, Eloy Garay.

Cruza un cielo la escena, que provisto de un instrumento típico, la "zampoña"—instrumento que precedió a la viola—, canta unas coplas. Aquí empieza el éxito de Guridi, que oye la primera ovación cerrada que le tributa el público, que le obligó a salir al proscenio.

Otro número que se repitió fué un canto de Sabel Meiga con el coro.

Se repite también una copla emocionante y sentimental que canta el tenor: "En el cielo y entre nubes una sola estrella brilla; entre cardos y silveiras, siempre luce una Rosiña".

Termina el primer acto y los tres autores salen al escenario en medio de una ovación imponente.

El telón baja y sube sin cesar.

El segundo acto es el mejor de la obra y el más teatral, y en el que Guridi destaca de modo vibrante su personalidad en toda la manifestación de arte musical. Es cuando el público todo aclama al gran músico con vitores y bravos, que comparten el director y los profesores de la orquesta.

Toda la instrumentación va "en crescendo" con afinanza gallega. El intermedio es el número cumbre de la obra, un número genial, sólo comparable al de "Las Golondrinas", de Usandizaga. Hay brío, ritmo, técnica y alarde de instrumentación.

Termina el número y el público puesto en pie aclama al artista, al que ovaciona largamente. Se oyen bravos y otros gritos de entusiasmo. Una voz: "¡Para que aprenda Guerrero!".

Se trata de algo que pronto estará incorporado a los programas de las grandes orquestas de Arbós y Pérez Casas. Es una página de gloria del teatro lírico nacional.

Se reanuda el espectáculo y viene una "muñeira" que gusta extraordinariamente, y luego se ovaciona un dúo de tiple y tenor.

Termina el acto y las ovaciones clamorosas no cesan en largo rato.

En los pasillos la opinión de todos es francamente favorable al maestro, cuyo éxito nadie discute.

Comienza el tercer acto y viene una alborada gallega y luego un admirable dúo de barítono y tenor.

Termina la obra sin que el público se dé cuenta del tiempo transcurrido.

Entramos a las cinco y salimos a las nueve.

Al final de la representación las ovaciones para el maestro Guridi son delirantes.

Nosotros vamos al escenario y abrazamos a Guridi, al que interrogamos.

—Estoy contentísimo de todos—dice—: del público, de los artistas y de la orquesta. Tanto los actores como los profesores han puesto toda su alma en la obra, como si fuera suya. Estoy agradecido a su esfuerzo. La música es la expresión de mis impresiones en Galicia. Galicia es muy interesante, y aquel ambiente me ha impresionado hondamente. Yo he procurado que la técnica y el ritmo respondan al ambiente admirablemente recogido por los libretistas.

Nos despedimos de Guridi y salimos a la calle de Madrazos, donde espera la multitud, que al salir el maestro le pasea en hombros.

Los vascos y gallegos están entusiasmados. Romero y Fernández Shaw comparten con Guridi las mieles del triunfo.

Los tres reciben infinidad de felicitaciones, a las que unimos la nuestra.—Emilio Herrero.

"Diario Acaevís" (Y. Lina) 21 - XII - 1928.

Guridi obtiene un éxito clamoroso con "La Meiga,"

"La Meiga", zarzuela estrenada ayer y de la cual adelantáramos la impresión de un ensayo, ha constituido un nuevo triunfo, en primer lugar al decir de los críticos para músico y libretistas, especialmente para el primero, nuestro paisano ilustre Jesús Guridi.

Todos los periódicos de la región se ocupan hoy del estreno y en la imposibilidad de recoger todas las versiones, nos atenemos a los siguientes párrafos, entresacados de la amplia referencia de un colega bilbaíno que, después de referir el argumento de la obra, pasa a detallar las situaciones musicales y dice:

«El segundo acto es, indiscutiblemente, el mejor de la obra, el más teatral, en el que Guridi destaca brillantemente su personalidad en toda la manifestación del arte musical. Es en el intermedio cuando el público, puesto en pie, aclama con vitores y bravos a Guridi y al director de la orquesta, por la magnífica interpretación. Todos los instrumentos atacan en crescendo añoranzas gallegas; es el más formidable número de la obra, genial, sólo comparable a Usandizaga, en "Las Golondrinas". Brío, ritmo, técnica y maravillosa instrumentación; momento de delirio. La orquesta se dispone a repetirlo, pero no puede, porque otra vez el público reclama la presencia de Guridi, que, visiblemente emocionado y pálido, cubre con su figura la escena.

Se hace nuevamente un silencio sepulcral, y una voz exclama: «Para que aprenda Guerrero. Otra ovación cerrada y ya la batuta se impone, repitiendo el número, que constituirá en las grandes orquestas de Arbós y Pérez Casas una página gloriosa del arte lírico nacional. Vuelven los espectadores a ovacionar a Guridi en una manera bailada y cantada, y luego hay más aplauso a un dúo de tiple y tenor, con notas calurosas llamadas a escena, a la autores y mucha efervescencia en el «hall» y en los pasillos. El intermedio, es el comentario único, formidable, grandioso.

—Cuando una orquesta nos da un arremate musical, aunque lo notis con veinte violines, constituirá una verdadera delicia.

En el tercer acto merece destacarse una aitorada gallega y otro de

de barítono y tiple. Silen los autores en escena al final, de la mano de los principales artistas, y nuevamente acariciamos los muelles del gran triunfo.

Entramos a las cinco en la Zarzuela, y son las nueve de la noche. Llegamos al escenario a abrazar a Guridi, y éste dice: «Estoy encantado; me preocupaba el temor de si la música no se adentraría teatralmente en el espíritu del público. Artistas y orquesta han secundado maravillosamente la obra; parecía como si fuera mía. Todos han puesto el calor de su personal esfuerzo, y por ello les estoy agradecidísimo. Yo he expuesto la música a través de mi espíritu. El gallego es muy interesante y tiene infinitas melodías de dulzura. He querido que la técnica marcara el ritmo de la inspiración para recoger el alma y los brotes del pueblo gallego. Estoy muy contento.»

Las manos de sus admiradores, y de sus amistades, arrebatan al maestro Guridi, y unos cuantos viscos le aguardan en la calle de Los Madrazo para pasearlo en hombros. Romero y Fernández Shaw comparten con el maestro vasco los parabienes de esta magnífica avanzadilla de Pascuas felices.

EL NORTE DE CASTILLA.
(YALLADOLID)

21 - Diciembre
1928.

LOS TEATROS

EXITO CLAMOROSO DE «LA MEIGA»

En la Zarzuela se ha estrenado «La meiga», de Romero y Fernández Shaw, música de Guridi.

Existía gran expectación. El teatro estaba completamente lleno.

La obra es una zarzuela gallega, cuya acción se desarrolla en 1870. Los autores recorrieron Galicia hace dos años para inspirarse.

«La meiga» ha gustado mucho. La música del segundo acto es inspiradísima. Se repitieron varios números.

Los autores salieron a escena muchas veces, siendo ovacionadísimos.



MADRID.—Una escena de «La meiga», de Romero y Fernández Shaw, música de Guridi, estrenada con clamoroso éxito en la Zarzuela

(Foto Vidal)

«El carbayón» (Oviedo) 21 - XII - 928

Estreno de «La meiga»

Guridi, Romero y Fernández Shaw, obtienen un franco éxito

Madrid.—Esta tarde, en el Teatro de la Zarzuela, se estrenó la zarzuela en tres actos, de costumbres gallegas, «La meiga», original la música del maestro Guridi y la letra de los señores Romero y Fernández Shaw.

La obra, sin que su éxito haya constituido un éxito clamoroso, lo ha tenido muy honajero, repitiéndose varios de los números musicales.

Lo que más gustó fué el intermedio musical del segundo al tercer acto, que el público obligó a repetir dos veces, entre grandes aplausos.

El libreto tiene una versificación fluida y graciosa, advirtiéndose en su ejecución la mano de los autores de «Doña Francisquita».

"El Cantábrico" (Santander)

21-XII-928

ESTRENO DE "LA MEIGA"

Madrid.—El suceso teatral del día lo ha constituido el estreno de la zarzuela "La Meiga", en el Teatro de la Zarzuela.

El primer acto tuvo un buen éxito, y el segundo un éxito clamoroso, principalmente el intermedio, que es formidable.

El tercer acto también constituyó un gran éxito.

Los autores salieron a escena infinitas veces.

Se repitieron más de la mitad de los números de la obra.

La acción se desarrolla en un pazo gallego, al final del siglo pasado.

La Meiga es una mujer que tuvo una hija cuando el marido hacía dos años que se hallaba en Cuba. Esa hija tiene actualmente veinte años, y se halla prestando servicio en casa de García, que es un señorón gallego y ya viejo.

El pueblo supone que el viejo y la muchacha, que se llama Rosiña, tienen amores, ignorando todos la paternidad de la chica.

Rosiña tiene un novio que la adora; pero las murmuraciones del pueblo le obligan a proponer a la muchacha escaparse a América, para vivir tranquilos.

El anciano se entera del proyecto de fuga e impide que se marche Rosiña. Envía un recado al novio, que se halla camino de Santiago, y vuelve el muchacho.

Entonces, García, ante todo el pueblo, manifiesta que Rosiña es su hija, la declara heredera y apadrina la boda.

El libro está bien escrito, aunque algunos personajes se hallan desdibujados.

La música está basada en temas populares gallegos.

Todos los críticos, comentando la obra durante el intermedio, decían que es la mejor música de las zarzuelas que se han estrenado durante los últimos años.

Los intérpretes fueron también muy aplaudidos.

"Herales de Aragón"

(Zaragoza) 21-XII-928

Los teatros

El maestro Guridi alcanza un resonante éxito con su nueva obra "La Meiga"

Una gran romanza y un formidable intermedio

Esta tarde se estrenó en el teatro de la Zarzuela la obra en tres actos titulada "La Meiga", letra de los señores Fernández Shaw y Federico Romero, música del maestro Guridi.

La obra es de ambiente gallego, y toda la partitura está inspirada en motivos populares.

El primer acto fué muy aplaudido, y el segundo obtuvo un éxito resonante, especialmente el intermedio, que es un número formidable.

El tercer acto también obtuvo un gran éxito.

Los autores tuvieron que salir a escena muchas veces durante el curso de la representación.

Se repitieron más de la mitad de los números.

La obra se desarrolla en un pazo gallego, a fines del siglo pasado.

Toda la partitura está basada en temas populares gallegos, pero sin abusar de ella, pues en cuanto apuntan, el maestro Guridi los resuelve en verdaderos poemas sinfónicos que se suceden en toda la obra, culminando en el intermedio y en la canción de tenor del segundo acto, "Tierra tierraña".

Para representar la obra con toda propiedad, se han traído de Galicia una vaca, un galgo y también ha venido un hombre encargado de cantar los "alalá".

Otro detalle curioso, de que los pobres que aparecen en el pórtico de la iglesia, son pobres auténticos.

El éxito de la obra ha sido, como decimos, enorme.

Estampa

25- Diciembre 1928.



Evocación escénica de paisaje y de costumbres gallegas de «La Meiga», del maestro Guridi, libro de Romero y Fernández Shaw, estrenada en la Zarzuela.

LA ZARZUELA REGIONAL.—El maestro Guridi se ha inspirado en el folklore galaico para escribir la partitura de *La Meiga*. Dos autores de probado decoro literario, los señores Romero y Fernández Shaw, sir-

viéronle un libro acucioso, que traía sin violencia las situaciones musicales. La obra es una pieza notable que viene a enriquecer nuestro teatro lírico.

"Mundo Gráfico" 26- Diciembre 1928.

LOS ULTIMOS ESTRENOS DE MADRID



Madrid.—Una escena de «La Meiga», zarzuela de los señores Fernández Shaw y Romero, música del maestro Guridi, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Zarzuela

UN éxito considerable hay que apuntar en el género lírico: el de la zarzuela *La Meiga*, libro de los Sres. Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guridi, estrenada en el Teatro de la Zarzuela. La partitura del eminente compositor es inspirada y bella, y mereció calurosos aplausos; el libro, escrito en verso, tiene situaciones interesantes, que el público celebró también.

28 - Diciembre 1928.

NUEVO MUNDO



Una escena de «La meiga», zarzuela de los Sres. Romero y Fernández Shaw, con música del maestro Guridi, estrenada recientemente con gran éxito en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid
FOT. CORTÉS

28-XII-28.

NUEVO MUNDO

«COLADA» SEMANAL
¡Felices Pascuas!

Y después de este Rubio ha triunfado un Moreno.

Moreno Torroba, autor de la música de *Los cascabeles*.

Tampoco faltaron aplausos para el maestro Guridi, creador de la partitura de *La Meiga*; zarzuela, por casualidad, no andaluza, sino gallega.

Los músicos han salvado su crédito y el compás; los *morenos*, y la cosa nos parece natural, han aplaudido á *Moreno* (y á Guridi, mucho más).

LUIS DE TAPIA.

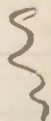
"Blanco, Negro"
6 - Enero 1927.



"LA MEIGA", DE LOS SRES. ROMERO Y FERNANDEZ SHAW, MUSICA DEL MAESTRO GURIDI, ESTRENADA EN LA ZARZUELA. (FOTOS ZEGRI)

La meiga.—El insigne compositor Guridi ha logrado en el teatro de la Zarzuela un nuevo triunfo, muy semejante al que hace años obtuvo con *El caserío*. Le han acompañado en su empresa los mismos autores que escribieron aquel libreto, Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw. El libro de *La meiga* refleja, en limpio y garboso romance, el ambiente aldeano de Galicia y suministra al compo-

sitor temas propicios y abundantes. Guridi ha demostrado nuevamente sus profundos conocimientos orquestales y su espléndida inspiración. El éxito fué entusiasta, y a él contribuyeron María Badía, Baldrich, Almodóvar, la señorita Dorini de Riso y Flora Pereira.



Desde Madrid fui la compañía de
la Zarzuela a Valladolid.
Y, desde allí, a Bilbao.

TEATRO DE LA ZARZUELA



LA MEIGA. — De Romero, Fernández Shaw y maestro Gur

TEATRO DE LA ZARZUELA



LA MEIGA. — De Romero, Fernández Shaw y maestro G

TEATRO DE LA ZARZUELA



M E I G A . — De Romero, Fernández Shaw y maestro G

TEATRO DE LA ZARZUELA



A M E I G A . — De Romero, Fernández Shaw y maestro G

"Revista bilbaína" 20 Febrero 1929.

ARTE Y ARTISTAS

"LA MEIGA"

Debutó ayer, en Arriaga, la Compañía del Teatro de la Zarzuela, de Madrid, con el estreno de la zarzuela de Romero y F. Saw, con música del maestro Guridi.

La expectación, por tratarse de éste, a quien tanto se aprecia en Bilbao, hizo que el teatro se llenara en las dos secciones. Asistimos a la segunda, enterados de que en la primera gustó mucho la partitura. La hora en que hemos de trazar estas líneas nos priva de entrar, por hoy, en detalles. Nuestra impresión es que la música de Guridi es infinitamente superior al libro. En general, es seriamente meditada, bella, rica en matices de instrumentación, impropia, por su elevada estructura, de una obra de las que busca el público zarzuelero, habituado a las charlestonadas y a la frivolidad.

Embarga toda la partitura cierta melancolía obligada por el libro, y, sin embargo de ella, destacan bellamente: la romanza, del tenor; un dúo; un breve racconto de barítono; la romanza coreada de la murmuración; un recitado comentado por la orquesta y voces, elo-

cuentísimo de gusto y arte (que María Badía declamó admirablemente); el intermedio del segundo acto, expresivamente rítmico, instrumentado con vigor y colorido (quizá un poco monótono); todo el primer cuadro del tercer acto, verdadera página sinfónica, de forma elegante; los bailables; los coros; la alborada y otros que no podemos precisar.

Se aplandieron casi todos, y se repitieron muchos y Guridi alcanzó el merecido honor de ser llamado muchas veces.

Compartió las ovaciones con él otro artista bilbaíno Eloy Garay que ha pintado magníficas decoraciones, combinadas con efectos de luz, de los que tiene hecho un verdadero estudio, logrando un éxito definitivo.

El libro, era lo de menos para nosotros. Después de "El caserío" en que por haber pasado unos días por aquí—ver las angulas "fritas" en casuola—creyeron los autores ofrecernos una obra vasca, lo mismo podían ahora darnos unos gallegos de los balkanes. El asunto no interesa, el verso, en general, es duro, y todo ello vulgar.

La música y la interpretación valen la pena de ver "La meiga". Muy bien María Badía y de Disco; el señor Baldrich y demás intérpretes.

PH.

"LA GACETA DEL NORTE" 20 - Febrero 1929.

Se estrenó anoche "La Meiga" en medio de un éxito clamoroso

Las continuas ovaciones del público obligaron a repetir la mayor parte de los números, y a salir a escena numerosas veces al maestro Guridi

Eloy Garay, el gran escenógrafo, fué también ovacionado

Quando se estrenó la última zarzuela de Guridi en Madrid, el 20 de diciembre, persuadidos del interés con que Bilbao sigue la labor del ilustre autor de "Amaya", quisimos anticipar a nuestros lectores una impresión exacta de la nueva obra, y en aquellos días, a través del teléfono, recogimos, en estas columnas, no sólo la documentada opinión de nuestros corresponsales, sino la muy autorizada de la alta crítica cortesana, sin que faltara una sola, empezando por la definitiva y francamente fundamental del insigne Joaquín Turina.

Esta consideración me da derecho a una pequeña licencia: orillar una minuciosa disección de la zarzuela, ya que ella sería innecesaria.

Pero como, por otro lado, es cierto que "La Meiga" constituye no sólo un acierto del autor de la música, sino un verdadero acontecimiento teatral, desentaría de mi deber si no dedicara

a su estreno en Bilbao aquella atención obligada, que sea reflejo de la rotunda sanción que anoche tuvo en el escenario de Arriaga.

Así, pues, empezaré por afirmar que, contra todas las previsiones, el público se entregó de lleno a partir de la deliciosa canción del "Ciego de Lastrove" y llevó su aplauso, franco y unánime, a extremos poco conocidos, en un auditorio generalmente reservado como el nuestro, cuando el notabilísimo tenor Rogelio Baldrich, haciendo alarde de cantante sin ratimagos ni latiguillos de galería, coronó su romanza del primer acto con una nota valiente, nítida, después de haber cantado el número sin una concesión lamentable, en pleno desdoble de su hermosa voz y sobria escuela. No se perdía una sola sílaba de la letra, y la modulación suave y aterciopelada iba haciendo resaltar el hondo tinte melancólico de la

canción, que es como una prolongada queja de amor.

La ovación estalló en el ámbito de la sala, tuvo que salir al proscenio el maestro Guridi, y Baldrich repitió el número, superándose en la difícil interpretación.

A partir de este momento, ya no tuve duda acerca de la suerte de "La Meiga". Por magníficas que fueran las facultades del intérprete, y las del señor Baldrich son definitivas, no podían brillar sin que el músico continuara ofreciendo motivos de lucimiento. Y así llegó, poco después, el dulcísimo dúo entre "Rosita" y "Ramón", delicada página en que sobresale el pensamiento de una pasión serena, turbada por la ajena duda y enmarcada por una melodía limpia y acariciadora. Otra vez se juntaron las manos para ovacionar, porque el público, acaso sin darse cuenta, sabe que, en el teatro, lo más difícil de conseguir

es impresionar con estos dúos de amor: o son de un cursilismo decadente o se infiltran en el alma por las vías de la emoción. Por fortuna para Guridi, ha salvado el temible escollo siguiendo el camino de la amotividad.

Como el compositor ha puesto su formidable técnica al servicio de un estudio paciente y metódico del «folklore» gallico, no hay un sólo número en que la placidez de las auras populares esté ausente de los sentimientos que hayan de expresar los personajes. Nada hay que exprese el alma de un pueblo como su música, nacida de las más recónditas conexiones de aquella. Y si la configuración externa del suelo influye en la formación del carácter de los que lo habitan, las melodías que se conservan puras a través del tiempo van amasando ese peso inalterable de los espíritus, que resiste a todas las superposiciones e influencias.

El carácter grave y señorial de «Don García», resto de una tradición de mando y dominio, surge en las notas con que Guridi ha querido que, en la partitura, se refleje cuanto representaba (quizás estuviera mejor dicho representaba) en la vida de la aldea gallega el dueño de la tierra, a quien todos temen y del que todos murmuran. Es, por consiguiente, otro acierto del músico conservar intacto el carácter de «Don García», hasta cuando, obligado por los sucesos, somete los impulsos autoritarios a las expansiones de una ternura contenida y sanciona los castos amores de «Rosina» y «Ramón».

La posición de «Sabela» (la «meiga») en la arquitectura de la zarzuela constituye un duro empeño, más para el compositor que para los libretistas; pero la perspicacia de Guridi encontró el modo de que los augustos acentos maternos quedaran bellamente impresos en cuantos pasajes tiene intervención, sobre todo en el magnífico dúo que el extraño personaje tiene con «Don García» en el primer cuadro del último acto. Allí se amalgaman la expiación del pasado y el cariño maternal en un tema de melodía soberana.

Poco acentuada la parte cómica, fuera del personaje «Cirolas», el idilio de «Rosario» y «Rita» es como un sedante sobre los efectos dramáticos de los otros amores aludidos y da lugar, casi por entero, a las soberbias manifestaciones de música popular entregadas a la actuación de los coros.

Los números corales de «las ferradas», la danza de la «Muñeira» en el acto de la romería, la «parranda», la marcha de los emigrantes y la alborada del cuadro final son el trasunto fidelísimo y perfecto de costumbres de la región, pero con una nota saliente: la concepción original y el encaje adecuado de cada uno de ellos. No son adiciones despegadas de la acción principal, sino complementos de ella, y como Guridi, maestro entre maestros en la tematización del «folklore», lo abriga con su manejo exquisito y prodigioso de los efectos orquestales, cada uno de esos números desfilan por la escena como estampas impregnadas de vida indelible. De los cinco coros, se repitieron la «Muñeira», la «parranda» y la «alborada»; y el de las «ferradas» no se hizo porque (todo conviene decirlo) todavía el público no había salido de su reserva inicial, pero también es digno de perdurar en el gusto por su delicadeza y elegante factura.

El talento sintonico de Guridi tenía que expresarse con algo indiscutible, como antes se expresó en su primera zarzuela «El caserío». El intermedio del segundo al tercer acto es un comentario maravilloso de un tema gallico, un poco desterrado de las costumbres de la región: una danza entre bélica y religiosa, reliquia de los siglos, llamada de «das espadas», que tiene mucho de la valentía y firmeza de nuestra «espatadanza». Es una página que se elogia con sólo consignar que ya la han incorporado a su repertorio las orquestas de conciertos. Desde los primeros compases se percibe la magnificencia y el esplendor de su orquestación. El ritmo, majestuoso, hierático, va creciendo en armonía para desbordarse a su final en un raudal de fulguraciones descriptivas. Yo no sé compararlo más que con un trozo de poesía épica, en que la palabra va ganando sonoridades y vibraciones hasta culminar en una frase final que resume toda la grandeza de la epopeya cantada. El brioso y estupendo intermedio se repitió en medio de una ovación interminable, de la que participó no solamente el autor, sino el excelente maestro Juan Antonio Martínez y los profesores de la orquesta.

Bastaría a mi propósito con la reseña que he procurado hacer de las incidencias del estreno de «La Meiga» en Arriaga. No tendría que añadir sino que la interpretación no tuvo un sólo lunar, porque María Badía, tan conocida en Bilbao, se comportó como actriz y como contralto de buen estilo; la Doña de Dico cantó exquisitamente su «particella», lo mismo que Flora Pereira y Gómez Bur las suyas, de menos importancia; el barítono Almódovar compuso correctamente su tipo de caballero, y musicalmente no alcanzó tacha. A De León le cupo un papel bien desairado, del que libró con el éxito manifiesto de una ovación en un mutis. De los demás, la pareja de baile María Yustá y Emma Lucila, los personajes secundarios, los coros, la orquesta, y con ella el director, señor Martínez, nadie omitió el esfuerzo que reclama una obra que, como «La Meiga», bien puede asegurarse que se ajusta a los tan añorados cauces renovadores del género lírico nacional.

Quise, sin embargo, conocer la opinión del tenor Baldrich, cuya labor en «La Meiga» está fuera de toda alabanza, según dije al principio, y se la pedí en uno de los entre actos.

—Mire usted—me contestó—; vengo de la ópera, a la que me he dedicado durante muchos años, porque se me ha requerido como elemento que puedo contribuir al renacimiento de la zarzuela española. Me resistía, porque mis gustos y mi temperamento artístico se apartan bastante de ciertas formas del teatro lírico, y le aseguro que, en el tiempo que llevo entregado a esta labor, desde el estreno de «La Meiga», en Madrid, me he ido convenciendo de que se puede trabajar con fe y seguridad en el propósito que se me indicó

como fin, «La Meiga» yo la juzgo como un poema musical dramático, bello desde el doble punto de vista técnico y de inspiración. A mí me ha servido para que el público me reciba con una simpatía que no sé cómo agradecer, pero tenga usted la seguridad de que si al cantante no le da ocasión el músico, el esfuerzo de aquel es precario.

El maestro Guridi ha dado un gran paso en su carrera con esta obra. Y no olvide usted que, por mi parte, he salido esta tarde al escenario con más decisión que en ningún otro sitio, entre otras razones, porque Vasconia es la tierra nativa de mi madre. Usted no ignora la influencia que en un artista tienen los aspectos sentimentales.

—Está usted satisfecho, maestro?— pregunté a Jesús de Guridi, a poco de recibir desde el proscenio la no sé cuántas ovación.

—Pues no voy a estarlo... Por muy seguro que esté uno, cuando ya se ha obtenido el aplauso de otros públicos (en Valladolid hemos dado cinco veces «La Meiga» en una brevísima campaña y siempre con éxito, según me dicen), queda siempre una inevitable incertidumbre. Los aplausos halagan tanto más cuanto que se aprecia su sinceridad. Estoy muy reconocido, muy reconocido a esta acogida de Bilbao. Créame que trabajé con entusiasmo en la preparación de «La Meiga». Pedí a la música popular gallega sus temas más típicos y tradicionales, y no omití la visita a lugares, fiestas y momentos de la vida campestre en aquella región, que me pusieran en contacto con el fin que buscaba. Ahí está el fruto de mi trabajo, admirablemente hecho resaltar por todos los artistas que colaboran en la interpretación. Y conste que no olvido a los libretistas, los señores Romero y Fernández Shaw, que tanta parte tienen en el éxito de «La Meiga». Además, he querido probar que, en la zarzuela, cabe armonizar el arte serio con el gusto del público. ¿Qué le han parecido las decoraciones de Garay?

Naturalmente que no voy a callar a los lectores la opinión que sobre las decoraciones todas de «La Meiga» di al maestro:

—Son sencillamente soberbias,—le contesté, al pasar de preguntante a preguntado.— Eloy Garay se ha superado, y cuidado que le tengo por un escenógrafo de cuerpo entero. El trozo de aldeas del primer acto es superior, pero lo mejora el santuario en ruínas del segundo, y es estupendo en grado superlativo el «pazo» de Castrolo, con sus imponderables tonalidades de luz, su justeza de líneas y su señorío imponente, tanto en los efectos nocturnos como a plena luz de la batería. El precioso telón del intermedio del último acto es la coronación de esta obra magistral de escenografía. Y no tema usted que tenga en poco el entonado «interior» del «pazo» con que comienza el tercer acto. Eso no se logra si no se va a copiar del natural.

—Así es, amigo—sonó a mi espalda la voz de Eloy Garay—; le agradezco el elogio, pero también le digo que todo cuanto pinté lo tomé en una detenida visita que hice a diversas comarcas de Galicia. Estoy resarcido de mi trabajo con esos simpáticos aplausos del público.

Con las salvedades de rigor, hechás, por lo demás, en cuantas opiniones extrañas recogimos en su día, debo decir que los señores Romero (Federico) y Fernández Shaw (Guillermo) se han mostrado como versificadores fluidos y amenos. Su libro da idea de un estudio costumbrista digno de tenerlo en cuenta. Los gallegos dirán si han sabido o no reflejar su psicología, pero, desde luego, han sido meticulosos en la busca de temas para que el libreto respondiera a su finalidad lírica y han cuidado que, hasta en el diálogo, resalte la nota regional. Una imprecación poética con que finaliza el primer cuadro del segundo acto, muy bien recitada por la Badía, es el trozo literario más destacado del libro.

El teatro presentó un aspecto deslumbrador.

Creo que ya es hora de poner fin a esta reseña.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca F.I.M. Dato de la PUENTE.

El estreno de "La Meiga"

Constituye un triunfo clamoroso para el maestro Guridi

Poco, en realidad, podemos analizar de la labor que el maestro Guridi ha hecho en su obra "La Meiga", estrenada ayer en el Teatro Arriaga. EUZKADI, mucho antes del estreno en Madrid, dió a conocer unas impresiones sobre ella, que bastaban por sí solas para dar una idea de lo que había de ser la partitura de la nueva zarzuela del gran maestro vasco, que después de oída nos muestra nuevas facetas de apreciación.

Guridi ha hecho una obra de ambiente, sin complicaciones de técnica, pero introduciendo las modernas modalidades cuando las situaciones de la obra lo requieren como sucede, por ejemplo, en el soberbio coro del primer acto, que es una bella muestra de la técnica novísima. Su genio creador se desliza fácilmente hacia la complicación riquísima de la combinación de tematicidades, jugueteando con temas muy humanos, escapando de lo pintoresco y combinando los temas populares con los propios, o bien modificando los primeros para guardar el colorido de la significación popular.

Guridi ha fijado dos temas básicos en la gran gama de ellos que hay en "La Meiga". En Don García vive el tema esencialmente caballeresco, que acompaña a toda la significación musical que va unida al personaje. El tema colectivo resalta espléndidamente en el racconto del primer acto y en el motivo de trompetas de varias escenas, que proviene de romances populares.

La partícula del tenor es ya de un carácter definitivo, impregnado de románticas melodías, en las cuales corre ampliamente la fantasía del músico, cuya labor va unida firmemente al carácter especialísimo del personaje. Quizás hasta con estos dos extremos para condensar brevemente la parte, digámoslo así, técnica de la obra considerada como teatral.

El resto, lo que podríamos llamar sinfónico, es un alarde de instrumentación pulcramente hecha. Destaquemos el intermedio, al que ha llevado Guridi la "espartadanza gallega", cuyo ritmo tiene un reflejo en la danza de espadas que se baila en Galicia, y que el maestro "descubrió" en sus viajes de documentación por la "tierra meiga".

El intermedio nos recuerda una conversación con Turina, publicada en un diario local, y nos confirma en nuestra apreciación, contraria a la del maestro. Decía éste que "La Meiga" daría menos dinero que "El Caserío", a pesar de ser, técnicamente, superior a la anterior obra del maestro, y añadía que era un error hacer zarzuelas cuando con las obras sinfónicas pueden obtenerse mejores resultados financieros. Al menos por esta vez, no estamos de acuerdo con el admirado autor de "La procesión del Rocío". Creemos así lo hemos oído decir a Guridi — que dentro de la labor teatral encaja plenamente la sinfónica. Esta no vive por sí sola, y financieramente no puede compararse en éxito con el de "La verbena de la Paloma", "Doña Francisquita" y otras obras de las llamadas "de taquilla". Pero

dentro de ellas cabe perfectamente la labor sinfónica. El intermedio a que hacíamos referencia, con una agrupación orquestal adecuada, puede pasar al campo del concierto sinfónico, uniendo los intereses materiales con los sentimentales, ya que es hoy imposible separarlos. Por eso nos declaramos absolutamente partidarios de esta modalidad de la zarzuela, que es la que en realidad realiza la misión culturalmente educadora que está o debe estar encomendada al teatro.

♦ ♦ ♦

Bajo esta impresión cremos que estaba el público que ayer llenó absolutamente el Teatro Arriaga. Desde los primeros compases entró en la obra, haciendo repetir una canción de un ciego callejero y una romanza de tenor bellísima.

Después las ovaciones se fueron repitiendo y con ellas los números, a pesar de la gran cantidad de ellos que hay en la obra, obligando a cortar la representación en muchas ocasiones para hacer salir a Guridi a escena. Así transcurrió el primer acto y se llegó al segundo, donde se repitió una "muñeira" de gran colorido y un intermedio, del que ya hemos hecho referencia.

En el tercer acto el éxito fué ya definitivo, aplaudiéndose y repitiéndose la casi totalidad de los números.

La obra, en general, tiene un libro endoble por el tema, que peca de trisón, y no es lo mejor, precisamente, que han hecho Romero y Fernández Shaw. La partitura es de demasiada altura para el libro, y en ella va ligado un conjunto que deja escasas situaciones de lucimiento para los cantantes. Para éstos, todos los elogios son pocos. Baldrich tiene una hermosísima voz, de agudos muy limpios y brillantes, y un tono central franco y hermoso. Su timbre, e incluso su manera de cantar, nos recuerdan a Caruso.

Almodóvar, ya conocidísimo de nuestro público, tuvo un doble éxito, como actor y como cantante, buscando efectos en su partícula, en la que destacan un racconto y un dúo muy cálido. Fué muy aplaudido. María Badía, insuperable como actriz en su papel de "meiga", haciéndose aplaudir extraordinariamente en un mutis.

Dorini de Diso, también conocida de nuestro público, salvó con gran acierto las ocasiones de lucimiento, especialmente en el dúo con el barítono.

El director, Angel de León, fué el gracioso artista de siempre. El resto, muy acoplado y tratando la obra con gran cariño.

Eloy Garay ha hecho unas decoraciones soberbias. Dos de ellas fueron ovacionadas y el escenógrafo tuvo que salir a escena a recoger los aplausos dedicados a su labor. Y, finalmente, el maestro Juan Antonio Martínez, una de las primeras figuras en España, fué largamente ovacionado al final de cada acto.

La Compañía es la mejor que recordamos en nuestros años haber visto en Bilbao, y su perfecta cohesión contribuyó grandemente al innegable éxito de "La Meiga".

F. DE BIZCARRONDO.

"Expulsión" 20-11-729.

"La Meiga", de Guridi

Rehabilitando y enalteciendo un género nacional

Entre los escombros de un pasado heroico en líricas esencias, surge a la vida española la zarzuela, ya maduro el siglo XVII, como un nuevo episodio en la cultura de la raza. Y con ella, el alma del pueblo, que responde en esa forma artística de reacción al espíritu de Florencia. La zarzuela era, en efecto—si bien se mira—, la única forma posible de expansibilidad que al alma española le restaba tras del apogeo polifónico. Algún día analizaremos con detenimiento este concepto. Por ahora, advertimos que el Renacimiento no tiene, a nuestro juicio, en España, musicalmente hablando, otra influencia positiva que aquel género que comentamos. Género profundamente nacional, que sería grosero error confundirlo con la ópera, ni menos con aquellas otras formas de reacción también renacentista, que al calor de la ópera surgen en Europa. Que la zarzuela no es, ni con mucho, una secuela de la ópera, nos lo demuestra el hecho de que apenas impuesta ésta en España por la dinastía de los Borbones, la zarzuela degenera. Se hace preciso que el espíritu popular y nacionalista renazca con la guerra de la Independencia, para que nuestro lirismo resalte con él. Y es que la cultura española se encuentra, en el fondo, más en contacto con el pueblo que con la élite. Yo he pensado muchas veces en este aserto cuando he comprendido el rencor profundo que se guarda en España a la intelectualidad, tan relacionada con Europa, tan poco dada al casticismo.



Como el reinado de Felipe V o Fernando VI es nuestra época en lo que a la zarzuela se refiere, de honda degeneración. La opereta, el vaudevil, la sinfonía, la misma ópera también, han degradado a mansalva nuestro género más popular, desnaturalizándolo en consecuencia. En fin, la misma decadencia del teatro, el mismo apogeo del cinema, han contribuido a aquella derrota progresiva. Mas quien se encontrara anoche en las butacas de Arriaga, experimentaría, a no dudar, un alborozo indescriptible. Cuando nadie lo esperaba, he aquí al maestro Guridi, embajador de Vasconia en Castilla, triunfar estrepitosamente, en un teatro de nombre simbólico en los anales de la historia de la música española, en una región tachada frecuentemente de poco centralista, pero cuyos artistas y público dieron anoche la sensación de estar mucho más compenetrados con el pueblo que gran parte de la Península. Si comparamos, por ejemplo, la lindísima representación de anoche con las exóticas y medioeres que suelen darse en nuestro primer coliseo madrileño (hablo de gusto en general, de representación de conjunto, no de calidad de cantantes, es claro), la elección no es dudosa y la lección de hispanismo salta a la vista. Y es que, una vez más, el pueblo ha venido a

triunfar con sus gustos y sus preferencias sobre la lánguida y desorientada protección oficial. Cuando, como en este caso, existen artistas que saben interpretar sabiamente aquel sentir popular y encauzar al arte nacional por uno de sus verdaderos centros.



Para nosotros, entra "La Meiga", de Guridi, dentro de las grandes zarzuelas españolas. Más todavía. "La Meiga" es una obra maestra que denota una refinada sensibilidad. Nos la había mostrado ya su autor con "El Caserío", dándonos una prueba evidente de lo que debe entenderse por zarzuela, en el sentido nacionalista más amplio: haciendo concesiones al pueblo, amoldándose a sus recursos, entregándose a sus ritmos, a sus cadencias, a sus melodías, pero manteniendo en todo ello un alto nivel artístico.

Diffícilmente, en efecto, se llegará a tratar una zarzuela española, y por tanto una obra popular en el más alto sentido de la palabra, con mayor dignidad artística. Hay trozos (comienzo del primer cuadro del acto tercero) dignos de una bella ópera. Y ésta y no otra debe ser la misión, la gran misión de un zarzuelista: la de arrastrar al pueblo a niveles superiores de cultura sin sobrepasar del género, sin entrar en la extravagancia ni en géneros diferentes. Porque cuando Guridi se adentra con su "Meiga" en el sinfonismo (preludio del tercer acto), lo hace como únicamente le está permitido a un zarzuelista, a base del canto popular. Cuando recurre al lirismo verista (todo el primer acto y gran parte del tercero), hecho que podría, rigurosamente hablando, ser censurable, lo verifica para dar patetismo a la acción, para adaptarse también al espíritu de la obra. Salvo el primer acto, algo exagerado en este sentido, el lirismo desbordante y personal de "La Meiga" está, no sólo justificado, sino excelente y plausiblemente realizado. Pero es, sobre todo, por su segundo acto por el que "La Meiga" entra de lleno en las obras maestras de la zarzuela española. La muneira, magníficamente ritmada; el coro de los "parrandeiros", el de los emigrantes, etc., denotan hasta qué punto es posible cuando se tiene talento para ello, realizar obras de arte sin necesidad de salirse del género popular. Nosotros, que seguimos desde hace años a Guridi, que conocemos su obra sinfónica y teatral de mérito, no podemos por menos de felicitarle por sus nuevos rumbos.

Alvaro de Arciniega



Un aplauso especial merece señalarse al señor Garay, por su magnífica escenografía. El señor Garay ha venido a recordarnos —¡a estas alturas!— que lo pictórico es inseparable de lo teatral. También los señores Romero y Fernández Shaw, que ya nos demostraron con "El Caserío" lo capacitados que se hallan para estas difícilísimas empresas, que alguien podría incluir equivocadamente dentro del género dramático estricto—obtuvieron anoche un indudable éxito, así como los cantantes, que llegaron a rayar todos a envidiable altura.

"El Pueblo Vasco" (Bilbao) 20-11-929

AYER, EN ARRIAGA

Clamoroso éxito de "La meiga"

LA MUSICA.—Desde los primeros compases de "La meiga", la técnica de Guridi resplandece. ¡De cuán distinta manera suena esta música a la de todas las demás zarzuelas, aún de las de Vives, reputado como uno de los mejores maestros constructores del género! "La meiga" ofrece pasajes sinfónicos admirables; que son por sí solos páginas dignas de catalogarse en un medio superior para el que fueron concebidas. Decía el maestro Turina hace pocos días en una crónica de Bilbao, que se extrañaba cómo no se había tocado aún por nuestra Sinfónica el intermedio de "La meiga". Indudablemente es un trozo magistral, que sorprende por sus efectos orquestales; en tono brillante siempre y al compás de un ritmo vivo, expresivo. Una clamorosa ovación estalló al final de este intermedio que fué repetido, después de saludar su autor repetidas veces desde el proscenio.

Otros números, casi todos, corrieron igual suerte; pero quizás el éxito más sincero y espontáneo, fué el de la "zanfona", canción típica de Galicia, muy dulce e inspirada.

Abundan en la partitura, que como la de "El caserío" es copiosísima, las intervenciones corales, donde Guridi pregona su afición a esta especialidad y su dominio adquirido en la dirección de la Coral. El baile del segundo acto fué, también, uno de los números más aplaudidos, por su graciosa y simple movilidad.

"La meiga", en suma, tiene una hermosísima partitura, que no sólo se sale de lo corriente y vulgar, sino que trasciende a música de mayor envergadura. Sin embargo, se ve que Guridi ha querido en muchas ocasiones, desligarse de una depuración demasiado exquisita con melodías fáciles, pero no por eso ha dejado de vestirlas con ropajes de una riqueza exuberante. "La meiga", como ya nos dijo Turina, es muy superior musicalmente a "El caserío"; pero ésta es mucho más zarzuela.

El maestro Guridi fué reclamado a escena infinidad de veces, tanto al final de los actos como en diversos momentos de la representación.

EL LIBRETO. — Los señores Fernández Shaw y Romero han escrito un libreto honrado, que es un canto a Galicia. Peca el argumento de demasiado simple para tres actos. La acción se hace lenta en algunos pasajes. Las situaciones cómicas — tan necesarias en una zarzuela — son insignificantes y sin apenas relieve. De

ahí que el tono sombrío de la fábula acaba por cansar. De todos modos, hay no pocos motivos para el lucimiento del compositor. La intención de los libretistas es, por lo menos, muy plausible, y ello amengua los errores apuntados.

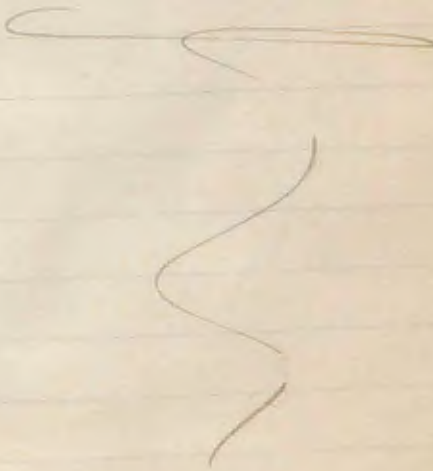
LA INTERPRETACION.—De luego, esta Compañía es la mejor del género lírico que ha venido a Bilbao. Las primeras partes son notabilísimas, dignas de figurar en un elenco de ópera. "La meiga" lo requiere. Como también exige un coro nutrido y una orquesta numerosa, no como lo que es ya corriente ahora.

María Badia se destaca en la interpretación, no sólo como cantante eminente que es, sino como actriz formidable. Hace de la protagonista una verdadera creación. Fué su triunfo de anoche tan clamoroso como merecido. También la soprano Dorini de Diso es una cantante excelente, de timbre purísimo y amplia voz. El tenor Rogelio Baldrich tuvo momentos muy afortunados en su "particella", sobre la cual descansa, puede decirse, toda la obra. El barítono Almodóvar, muy discreto como actor y como cantante. Angel de León — que ha dirigido admirablemente la "mise en escene" — matizó su papel cómico con esa gracia tan suya de siempre. Flora Pereira y Vicente Gómez Bar, muy en su punto en su marginal colaboración. Y todos los demás componentes del largo reparto se comportaron con disciplinada y nada común corrección.

El maestro Martínez se reveló como un gran director, llevando "La meiga" con un acierto ejemplar.

También hubo aplausos para el pintor escenógrafo, Eloy Garay, que hubo de salir al palco escénico en dos ocasiones.

El teatro, brillantísimo en las dos sesiones.



TEATROS

ARRIAGA.—"La meiga"

Cuando la nueva obra de Guridi fué estrenada en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, hará próximamente dos meses, EL LIBERAL dedicó al acontecimiento la amplísima información que merecía, y en ella aparecieron transcritos los juicios que sobre «La meiga» formularon personalidades de reconocidos prestigio y solvencia en el mundo artístico. A ellas, por más autorizadas, se remite este humilde e indocumentado revistero, cuya misión, en el caso presente, debe quedar limitada a reseñar lo ayer acaecido en nuestro primer coliseo.

Y fué, ante todo, que el nombre de Guridi en los carteles y la fama de que «La meiga» venía precedida bastaron para que la expectación pública se produjese al extremo de llenar la sala del Arriaga en las dos funciones que se celebraron. La solemnidad del caso así lo requería.

El resultado de la jornada estuvo acorde con la expectación que había despertado. Todos los números de la copiosa partitura, del primero al último, suscitaron aplausos entusiastas y atronadores, y algunos fueron repetidos, entre ellos la balada del ciego, la danza, el intermedio del segundo acto y el coro de «parranderos». A la terminación de cada uno de éstos Guridi fué llamado al palco escénico entre ovaciones estruendosas, y también al final de cada acto, en que se alzó el telón repetidas veces. Todo lo cual demuestra que el éxito fué felicísimo.

A él contribuyeron notablemente la presentación y la interpretación. Por lo que hace a la primera, merece la Empresa todo género de plácemes, pues, además de haber espléndidamente vestido la obra, tuvo el acierto de encargar la parte escenográfica a nuestro gran Eloy Garay, de quien se puede decir que ha echado el resto. Le aplaudieron y llamaron a escena por una decoración del acto segundo y otra del tercero, pero, en rigor, tal honor correspondía a todas y muy especialmente, en nuestro menguado entender, a la del santuario, que constituye un magnífico alarde de disposición, de color y de perspectiva. Bravo, maestrizo. Y por lo que respecta a la segunda —la interpretación—, no puede pedirse un más perfecto y acabado conjunto. Todos, absolutamente todos los artistas, cumplieron a modo su cometido, y claro está que algunos se destacaron, por la importancia de sus intervenciones y el esmero con que las ejecutaron. Citaremos a María Badía, Derini de Disco, Flora Pereira, Rogelio Baldrich, Luis Almodóvar, Angel de León, Vicente Gómez Bur, Cayetano Carrere, Antonita Méndez y la pareja de baile María Yuste y Emma Lucila, sin que la omisión de que hacemos víctimas a los restantes intérpretes quiera significar demérito en ellos.

Dediquemos mención especial al maestro Juan Antonio Martínez, que dirigió la obra de modo insuperable, correspondiéndole su parte alicuota en las reiteradas ovaciones que ayer se produjeron.

Para que nada nos quede por de-

cir, conste que la orquesta apareció nutrida como pocas veces tenemos la fortuna de contemplarla, y que en todo instante sonó muy bien, demostrando todos y cada uno de los señores profesores que la integran su cariño al autor y su bien probado celo artístico.

Resumiendo: un nuevo triunfo de Guridi y un buen filón para la Empresa, que, por cierto, no es de las que abusan, puesto que para hoy, segundo día de «La meiga», y para días sucesivos (los laborables, se entiende) ha marcado en los programas el inverosímil precio de cinco pesetas la butaca para la primera sección y cuatro para la segunda.

Con lo atrayente del cartel, lo selecto del elenco y lo económico de las localidades, ¿quién no se anima? Es de presumir una larga serie de formidables llenos. Enhorabuena anticipada.—A.



LA MEIGA, por la compañía Caballé.

TEATRO PRINCIPAL DE ZARAGOZA

GRAN COMPAÑÍA DE ZARZUELA

PRIMER ACTOR
Pedro Segura

Federico Caballé

MAESTROS CONCERTADORES
Francisco Palos-Manuel Civera

Programa para hoy, miércoles, 13 marzo de 1920

TARDE: A las seis en punto

4.ª matiné del 2.º abono

GRAN ÉXITO de la zarzuela en tres actos, el 2.º dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original de Emilio G. del Castillo y Luis Martínez Román, música del maestro Alonso,

LA CALESERA

CREACION FORMIDABLE DE FEDERICO CABALLE

REPARTO: *Maravillas*, Amparo Romo.—*Piruli*, Mercedes García.—*Elena*, Amparo Alarcón.—*Comedianta primera*, Amparo Cervera.—*Comedianta segunda*, Carmen Cervera.—*Rafael Sanabria*, FEDERICO CABALLE.—*Calatrava*, Pedro Segura.—*Gangarrilla*, Valeriano Ruiz París.—*Luis Candelas*, Juan Baraja.—*Pedro García*, Manuel Vivas.—*Jeje de Policía*, Francisco Sanz.—*El Bajo y Paquiro*, Pedro Vidal.—*Romito*, Francisco Sanz.—*Perico el Ciego y Policía*, Rafael Sanchis.—*Manolo*, Miguel Pros.—*Custodio*, Angel Taberner.—*Leandrito*, Juan y Mendieta, Manuel Alós.—*Eduardo y Posadero*, Rafael Herrero.—*Tomás*, Rafael Sanchis.—*Mayor*, Vicente Ripoll.—*La novia, la madrina, majas, guardias de Corps, viajeros soldados, policías, chisperos, guitarras y bandarrías y coro general.*

La acción en el año 1837.—Los dos primeros actos en Madrid, y el tercero en un parador sobre la carretera de Francia.
Sastrería de PERIS HNOS. — Decorado de JUAN MORALES.

NOCHE: A las DIEZ en punto

5.ª del 2.º abono a noches

SENSACIONAL ACONTECIMIENTO LÍRICO

ESTRENO de la zarzuela de costumbres gallegas, en tres actos y seis cuadros, en verso, original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del maestro Jesús Guridi,

LA MEIGA

Protagonista: FEDERICO CABALLE

REPARTO: *Sabela*, Amparo Romo.—*Rosiña*, Amparo Alarcón.—*Rula*, Amparo Saus.—*Eulalia*, María Bellver.—*Manoela*, Teresa González.—*Margarida*, Amelia Tomás.—*Santiña*, Paquita Gallego.—*Flavia*, Araceli Tomás.—*Vieja primera*, Anita Ariño.—*Vieja segunda*, Amparo Cervera.—*Ramón*, Vicente Palop.—*Don García*, Federico Caballé.—*Cirolas*, Pedro Segura.—*Rosalio*, V. Ruiz París.—*El Ciego, de Losrove*, Manuel Vivas.—*Salgueiro*, Pedro Vidal.—*Albariño*, Francisco Sanz.—*Farruco*, Miguel Pros.—*Amaro*, Rafael Sanchis.—*Guirgorio*, Angel Taberner.—*Clodio*, Vicente Ripoll.—*El taxarillo*, Carme Cervera.—*Mozo primero*, José Bandín.—*Ribeirano primero*, Rafael Herrero.—*Ribeirano segundo*, Leonardo Garrido.—*Mozas, mozos, vendedoras, vendedores, mendigos, penitentes y arrieros.*

La acción en el Valle del Ulla. — Año 187...
Sastrería de PERIS HERMANOS :: Decorado de JUAN MORALES

¡EL MAYOR ÉXITO DEL AÑO!
CON ASISTENCIA DE SUS AUTORES

El jueves, tarde, 2.º y último concierto con el concurso del gran cantante

JOSE MARDONES EL MEJOR BAJO DEL MUNDO

Se admiten encargos de localidades en Contaduría

Por la noche, LA MEIGA

Está en prensa la 5.ª edición del programa editado por la Agencia "A. B. Z." - Alfonso I, 33 que se reparte profusamente en este Teatro.

HERALDO DE ARAGON. (Zaragoza)

12 marzo 1929.

EN VISPERAS DE ESTRENO

El maestro Guridi no teme al público de Zaragoza, sino que le está agradecido...

En el rápido de ayer tarde llegaron a Zaragoza Jesús Guridi, Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, autores de la música y el libro de "La Meiga", zarzuela que estrena esta noche en el teatro Principal, la compañía de Federico Caballé.

El músico y los libretistas asistieron a los ensayos de su obra y poco después tuvimos ocasión de charlar con ellos unos momentos.

El maestro Guridi, afortunado autor de la partitura de "El caserío", nos recibe en el hall del hotel donde se hospeda, con afabilidad mundana, de hombre acostumbrado al aplauso, a las conversaciones con periodistas y a la popularidad de autor conocido.

Le hemos interrogado acerca de su última obra, y a modo de auto-critica nos responde:

—Al trabajar en la partitura de "La Meiga", me propuse, ante todo, hacer, dentro de la sencillez obligada en estos casos, una obra de ambiente.

A tal fin he pasado largas temporadas en Galicia, intentando recoger lo más saliente de los temas líricos populares y recoger elementos de juicio suficientes para llevar a cabo mi empresa.

El músico habla pensadamente, reflejando en cada frase el producto de un pensamiento elaborado de momento, pero con todo detalle.

Continúa diciendo que al recoger las melodías del folklore gallego procuró desarraigadas del maliz sobradamente conocido, para darles visos artísticos, sin desvirtuar su popularidad.

Los temas principales de su obra son originales, si bien presentan un tono dulzón semejante a la música de la región en que se desarrolla la obra.

En lo pintoresco, en cuanto se relaciona más directamente con el ambiente gallego—continúa—se deja notar más la melodía suigeneris del folklore regional, pero en los pasajes más humanos de la comedia, preferí la originalidad.

Audió a uno de los intermedios musicales de la obra, que tiene como base la conocida "Danza de las espadas" de Galicia. Se trata de un baile viril, con acusado ritmo, que se presta a la composición orquestal.

La conversación derivó hacia el día de estreno y aludimos al temor que inspira nuestro público a los autores y actores.

A ello contestó nuestro interlocutor con encantadora espontaneidad:

—Yo no temo al público de Zaragoza, porque cuando asistí al estreno de "El Caserío", las demostraciones de afecto que recibí entonces no las he podido olvidar.

Además — agregó — en ninguna parte ha tenido mayor arraigo que en Zaragoza mi primera obra.

En ninguna capital española se escuchó tantas veces como en ésta, la música de "El Caserío".

Por ello, cuando he recibido la indicación de asistir al estreno, me apresuré a pedir autorizaciones y permisos, satisfecho del resultado de mi anterior visita.

Se habló de la capital zaragozana, y el afortunado maestro expresó que la conocía bien, porque en sus primeros años, la inolvidable edad escolar, vivió en el páseo de la Independencia, durante un par de años.

Cuando el estreno de "El Caserío" pudo apreciar el cambio experimentado por la ciudad desde que la había abandonado.

—¿Qué dinero le ha proporcionado "El Caserío"?— preguntamos.

—No he hecho números exactos, pero calculo que desde su estreno, hace dos años, hasta la fecha, habrá cobrado unos veinte mil duros.

13 Marzo 1929

PRINCIPAL

AUTOCRITICA DE "LA MEIGA"

Los señores Romeo y Fernández Shaw, autores del libro de la zarzuela "La meiga", que se estrena esta noche, nos remiten la siguiente autocrítica:

—Correspondemos a la amable invitación del HERALDO DE ARAGON, haciendo constar ante todo el gusto con que hemos acudido a ensayar "La meiga" a la compañía Caballé a Zaragoza, cuyo público siempre nos interesó mucho.

Es "La meiga" una obra eminentemente lírica, hermana, en cuanto al propósito nuestro se refiere, de "Doña Francisquita", "La Villana" y "El caserío". Responde al concepto que tenemos de lo que debe aspirar a ser el género de zarzuela grande, que tiene en España tan gloriosa tradición.

Cierto que para el logro de este ideal es preciso contar, preferentemente, con la colaboración de compositores tan preparados como entusiastas. Y en este caso hemos de reconocer que hallamos nuevamente en Jesús Guridi algo que ha superado a todas nuestras esperanzas. Nada hemos de decir de la partitura de "La meiga", porque faltan pocas horas para que el público de esta acogedora ciudad la conozca; pero séanos permitido expresar una vez más nuestro agradecimiento al ilustre compositor vasco.

En cuanto al libro, está hecho con honradez, procurando trasladar a la escena el ambiente de la poética Galicia y cuidando de dar al músico, en todo momento propicio, amplio campo para su intervención.

Con Guridi pasamos un verano entero en Galicia, tomando apuntes para nuestro trabajo. También en las obras de ilustres escritores gallegos—Valle Inclán, la condesa de Pardo Bazán y otros—hallamos motivos de inspiración. No es, pues, al menos, nuestra zarzuela, una improvisación más.

En Madrid, en Valladolid y en Bilbao la fortuna ha querido acompañarnos al estrenar "La meiga". Ensayada aquí, con la suma de voluntad y elementos que posee la compañía de Federico Caballé, ha hecho ésta el milagro de montarla bien y en muy pocos días.

A su esfuerzo, que por anticipa-

do agradecemos, a las facilidades de la Empresa del teatro Principal, y a la bondad de los zaragozanos, se ha de deber, en buena parte, el éxito, si lo hay, de nuestra obra.—Federico Romero.—Guillermo Fernández Shaw".

Estreno de "La meiga"

La compañía de Caballé estrena esta noche la zarzuela en tres actos, de costumbres gallegas, "La meiga", que ha constituido el mayor éxito lírico de la actual temporada.

Los autores del libro señores Romero y Fernández Shaw y el de la música, maestro Guridi, han dirigido los últimos ensayos y asistirán al estreno.

Tanto interés ha despertado el estreno de "La meiga", que es de suponer se llenará el teatro esta noche.

Por la tarde, en matinee de abono, se hace la "La calesera", gran éxito de Caballé.

"El noticiero" (zaragoza)

14 - III - 929.

PRINCIPAL

"La meiga"

Después del éxito de "El caserío", era lógica la expectación de nuestro público ante el estreno de la nueva obra de Guridi "La meiga".

Bien patente se vió anoche esta curiosidad, al contemplar la sala del Principal con una entrada buenísima, y el público dispuesto a escuchar la partitura con todo interés.

El libro que Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, han escrito para esta zarzuela, supone un estudio detenido y una asimilación estimable del ambiente y costumbres de Galicia. El asunto nervio y eje de la obra es un tanto escabroso y en él aparece una endeble figura, que ante ofensas de honor que muy de cerca le atañen reacciona con las más estrafalarias piruetas. Es una figura realmente grotesca, a la cual los autores no han sabido contener en los precisos y naturales límites.

Por lo demás, el libro ya hemos dicho más arriba que tiene méritos indis-

cutibles.

De la música del maestro Guridi hay que hacer un caluroso elogio. Ha escrito una partitura meditada, en la que descuellosa una instrumentación magistral que es su más brillante ejecutoria. Todos los números fueron escuchados con gusto, no pocos repetidos, y el entusiasmo se desbordó en un magnífico intermedio del segundo acto, en el que se aprecia la extraordinaria valía del compositor.

"La meiga" contiene valores de técnica, tal vez superiores a los de "El caserío", aunque esta partitura sea de mayor ambiente popular.

Los autores del libro y de la música, que asistieron al estreno, tuvieron que salir anoche repetidas veces al proscenio para escuchar los aplausos calurosos del público.

En la interpretación descollaron Amparo Romo, Amparo Alarcón, Amparo Sans, Vicente Palop, Federico Caballé, Pedro Segura y Ruiz París.

Párrafo aparte merece la actuación de la orquesta, dirigida admirablemente por el maestro Palop, que contribuyó en gran parte al éxito brillante de la jornada.

A. M.

LOS ESTRENOS

"LA MEIGA", EN EL PRINCIPAL

Una zarzuela gallega prestigiada por los nombres honrados en este género teatral del maestro Guridi y de los señores Romero y Fernández Shaw, es "La meiga" el mayor éxito lírico teatral del año. Mejor diríamos el único.

No es una zarzuela de Galicia sin gallegadas. Nada se ha regateado para que el ambiente y los tipos sean fiel reflejo de aquel país, ya que libretistas y músico se han pasado meses enteros entre las brumas gallegas, antes de empezar a trabajar, y además han bebido abundantemente, según propia confesión de los libretistas, en las linfas claras de costumbristas de la tierra, como don Ramón del Valle Inclán y doña Emilia Pardo Bazán.

Además, al escribirla, ni libretistas ni músico parecen haber pensado en éste ni en el otro divo, ni siquiera en los divos. Aunque los divos puedan lucirse en "La meiga", es obra de conjunto de escenas, de masas corales, hasta el punto de poder afirmar que en "La meiga"—canto a Galicia, en que colorean sus costumbres, se asoman límpidas sus tradiciones y vibran decires y pasiones—el divo máximo es el coro, después de la orquesta. Es zarzuela grande, sin concesiones a la moda, sin inteligencia con el taquillero, y los fabricantes de rollos de pianola. Así quedó plenamente demostrado anoche, después de la representación de "La meiga", ofrecida por la compañía de Federico Caballé.

El eminente maestro vasco Jesús Guridi reaparece en "La meiga" aún con más pujante técnica que en "El caserío". Toda la partitura se ajusta perfectamente a la situación y abundan los pasajes descriptivos, sinfonías verdaderamente admirables, a lo que se estilaba y ha estilado para esta clase de obras.

El maestro Turina, hablando de la partitura de "La meiga" dijo que una gran parte de ella puede catalogarse en los programas de las orquestas sinfónicas, sin desdoro alguno. Y efectivamente, así sucede con ese intermedio maravilloso de "La meiga", brillante, expresivo, en que la técnica de Guridi resplandece plenamente, página polifónica de gran orquesta.

Esto no quiere decir que en la zarzuela se haya olvidado el músico de las cualidades artísticas de la mayoría que asiste a estos espectáculos.

Hay en "La meiga" recogidos y plasmados números del cancionero gallego, a los que la inspiración y técnica del maestro puso únicamente galas nuevas, y melodías fáciles, depuradas, eso sí, y canciones típicas de Galicia, como la dulce, nostálgica y suave de la típica "zanfoora", instrumento con que aun algunos mendigos imploran la caridad de puerta en puerta, y bailes sencillos, inspirados y lle-

nos de colorido como el del acto segundo, y la clásica parranda con todo su sabor localista.

Lo que hizo Guridi en "La meiga", recordando acaso otros tiempos, es dar intervención copiosa a las masas corales, principales encargadas de dar ambiente y tonalidades a la obra, y desde luego, hacer una partitura bellísima, de gran envergadura, para lo que se lleva en la zarzuela actual, si se exceptúa a don Amadeo Vives.

Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw tienen un historial brillante entre los cultivadores clásicos de la zarzuela española. Ni con vientos en contra, ni a facilidad de corriente, han variado en la marcha emprendida. Quizás por esto son los más capacitados para estos libros en que ha de poner su inspiración y su técnica un músico de alcurñia.

En "La meiga" se recogen aspectos de Galicia sin deformarlos para buscar el éxito y todo el libro respira cariño a aquella tierra. Y voluntariamente han cedido la parte principal al maestro, preparándole abundantes situaciones, naturalmente que sin perjuicio de manifestarse como excelentes poetas, en varios pasajes de la obra, y siempre como expertos conocedores del arte de hacer libretos de zarzuela, aun con un conflicto y un asunto tan escaso, como los existentes en esta obra.

Quien pone al libro al reparo de tener poco acusada la parte cómica, piense que Galicia es país en que aun los matices más destacados de la comicidad, llevan unos velos de humorismo, de socarronería, que les hace perder en volumen lo que ganan en densidad espiritual.

El libro de "La meiga" obedece y responde, desde luego, al historial de los señores Romero y Fernández Shaw.

La compañía de Caballé puso todo su entusiasmo en la representación de "La meiga", que ofrece grandes dificultades interpretativas, por los muchos parlamentos en verso y por lo bien conjuntados que tienen que estar coros y partes.

Por eso, sin adjetivos y con el mismo elogio que tuvo el público al aplaudirlos, gustaremos los tres Amparos, Romo, Alarcón y Saus, de las hermanas Tomás, excelentes bailarinas; de Caballé, de Segura y de Ruiz-París.

Y sobre todos, los coros y la orquesta, llevados por el maestro Pailos, a quien también el público aplaudió muy expresivamente.

Merece también un elogio la dirección artística, por lo bien que vistió la obra y lo entonado de las decoraciones y afeite.

El público entró desde el primer momento en la obra y ovacionó todos los números de la partitura y obligó a repetir varios, entre grandes aplausos. Al final del intermedio y de la repetición, Guridi fué aplaudido con verdadero entusiasmo.

Y al terminar cada cuadro y la obra, los autores, con los intérpretes, tuvieron que saludar varias veces al público, agradeciendo aplausos.

Marcelino ALVAREZ.

"LA VOZ DE ARAGON."

14-111-929.

LOS TEATROS

PRINCIPAL

ESTRENO DE «LA MEIGA», ZARZUELA DE COSTUMBRES GALLEGAS, EN VERSO, ORIGINAL DE ROMERO Y FERNANDEZ SHAW, MUSICA DEL MAESTRO GURIDI

Formidable triunfo musical el obtenido anoche por el gran músico vasco. Superior, en mucho, al que obtuvo con su anterior obra—creemos que la primera—«El caserío», sobre un libro de zarzuela también de los estimables escritores señores Fernández Shaw y Romero.

Los elementos del poema lírico de costumbres gallegas son los que cabía esperar por espectadores que no hayan nacido o vivido en Galicia: el gallego que marcha de su tierra a Cuba, dejando un solo hijo en su hogar y, al regreso, encuentra dos. Y este segundo hijo—una niña, en el caso presente—que, ya moza, aparece enamorada de un rústico galán, a su vez amador, pero con los oídos vueltos hacia los rumores circulantes por el lugar contra la honorabilidad, no de la madre, mas de la hija nacida de ella y el señor feudal.

Aparte de esto, la realidad pierde su aspecto minucioso, de copia; se desdibujan los caracteres dramáticos, y la acción, perfectamente estructurada, se eleva a un plano imaginativo con posibilidades poéticas para dar lugar a las magníficas intervenciones del músico inspirado, estudioso y sabio que es Jesús Guridi.

Toda la partitura, formidable de instrumentación, fué aplaudida con sincero entusiasmo, y bisados los mejores—y mayores—motivos de la misma.

La interpretación, sobresaliente por parte de Amparo Romo, Amparo Alarcón, Federico Caballé y Pedro Segura, en los principales personajes. El tenor Palop fué escuchado con simpatía en su discreta actuación, lo mismo que Ruiz Paris, Amparo Sans y los demás.

La decoración y puesta en escena, acertadísimas.

Los autores recogieron, con sus intérpretes, las muchas ovaciones del público, participando de ellas también, en nombre de los profesores de la orquesta, el director, Francisco Palos.

V. MUÑOZ-AYARZA

LA MEIGA en BARCELONA.

"La Vanguardia"

24 - Abril - 1929

"Las Noticias"

24 abril

1929

Apolo

LA MEIGA

De Jesús Guridi, uno de los valores positivos de la música española, figura saliente, no sólo de la zarzuela sino del sinfonismo, cabía esperar lo que ha dado con «La meiga»: una partitura que revela el orquestador de altos vuelos y pleno dominio instrumental; una partitura que huye de las concesiones a los gustos fáciles, y que se impone por su honradez y seriedad.

«La meiga», estrenada anoche con éxito indiscutible, más caluroso y espontáneo en los dos primeros actos que en el tercero, inferior a aquéllos escénica y musicalmente, viene, pues, a contribuir al resurgimiento de nuestra zarzuela, sacada felizmente en la época actual de la insignificancia a que se la había condenado por algunos autores poco escrupulosos.

«La meiga» pretende ser obra de ambiente y costumbres gallegas; pero el libro, escrito en versos fáciles, acaso demasiado fáciles, por Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, en lo principal, que no se separa gran cosa de lo convencional y trillado y resulta algo confuso, apenas si se ajusta al carácter que debiera informarle, y sólo en lo accesorio y secundario evoca las tierras de Galicia.

Pero, allí donde no alcanzan los libretistas, llega el músico, que emplea sabiduría y acertadamente temas populares gallegos e ilumina con ellos la escena.

La música del maestro Guridi causó impresión inmejorable toda ella, debiendo ser repetidos, ante la insistencia del público, que llenaba el teatro, un coro de mozas, un aria de tenor, de factura distinguida; una «muñeira», muy bien bailada por una ágil pareja, y un intermedio, que separa los dos cuadros del acto segundo, importante página sinfónica, sonora y varía en sus ritmos gallegos, y que el auditorio, presa de desbordante entusiasmo, interrumpió con una ovación delirante.

En el tercer acto, la decadencia del libro arrastra al compositor, que, no obstante, se mantiene en un plano muy decoroso.

Los intérpretes, con su esmerada labor, contribuyeron al éxito de la obra.

De ellos destacó el tenor Cayetano Peñalver, cantante de estimables medios vocales y buen gusto lírico.

Amparo Romo, protagonista entonada en la declamación; Amparo Alarcón, tiple de voz simpática; Amparo Saus, en un papel de poco relieve; Caballé, a pesar de su escasa intervención lírica, y Segura y Ruiz París, muy graciosos, reclamaron también la atención del público.

Discretísimos los coros, cuyo trabajo es de importancia y compromiso, y muy bien la orquesta, dirigida con sin igual entusiasmo por el maestro Palos, a quien se requirió diferentes veces al palco escénico.

Al final de la representación, según la abusiva costumbre que aquí se ha impuesto, el maestro Guridi y la mayoría de los intérpretes hubieron de dirigir la palabra al público, que no se cansaba de ovacionar a todos.

Z.

LOS TEATROS

APOLO.—«La Meiga», zarzuela en tres actos, letras de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guridi.

Un gran éxito musical y, aun por la letra, lírico alcanzó «La Meiga» en el teatro Apolo. El maestro Guridi consigue demostrar que se puede escribir música elevada, seria, severa y compleja, que al mismo tiempo resulte melódica y agradable al oído. Música que aplauden el «dilettanti» y el espectador sencillo, los de vanguardia y los tradicionalistas.

Un libro en versos a menudo inspirados que tienden a traducir la vida, las costumbres, las tradiciones y pasiones de Galicia. Todo, naturalmente, saturado de melancolía.

Sin embargo, versos y música adquieren vibración y brillantez en algunos momentos, como en la danza de las espadas, que entusiasma al público después de haberle conmovido la sentimental muñeira.

Pero lo superior (verdadera página sinfónica, inspiradísima) es el intermedio; tema majestuoso al principio, va desarrollando los diversos motivos inspiradores de la composición, ora sencillos y plácidos, ora de gran orquestación y valientes. Entusiasmó el número de veras, al auditorio.

Otros muchos debieron repetirse también; gustó extraordinariamente la canción del ciego y un coro de romeros. La muñeira, que bailaron danzarinas especializadas; un dúo, el canto del arriero y el concertante final, sobresalen, aunque toda la música de la partitura puede calificarse de excelente.

Y cuidado si hay música en «La Meiga».

Se oye sin cansancio, aunque el libro llegue a cansar por momentos.

Al triunfo excepcional del inspirado compositor bilbaíno, debe añadirse el de los intérpretes, que son excelentes en el teatro Apolo.

Amparo Romo, Amparo Alarcón y Amparo Saus, Peñalver, Caballé y Segura. Citemos también al danzarín Pepe Novas y a su pareja, y los coros en general, pues la obra sale ajustadísima.

Como en Madrid y como en todas partes, «La Meiga» ha triunfado aquí francamente.

EMILIO TINTORER

El Diluvio - 20-11-1929

"El Día Gráfico" 20-11-1929.

APOLO. — Estreno de la zarzuela en tres actos "La Meiga", original de Federico Romero y G. Fernández Shaw, música del ilustre compositor "Jesús Guridi".

Es imposible, en los escasos límites de una de estas críticas, casi impensadas por la rapidez con que se han de producir, recoger todo lo que una obra de las dimensiones de "La Meiga" sugiere, aunque sea sintetizando el concepto.

El justo prestigio de que gozan sus autores llevó anoche al popular Apolo una abigarrada multitud, ávida de conocer esta producción, que venía precedida de gran fama.

A la hora de dar comienzo la zarzuela hay una enorme expectación. Reina un silencio solemne cuando la orquesta ataca los primeros compases del prelude, que es un buen anticipo de lo que viene después.

Un par de escenas y sale el coro de señoras que canta con "La Meiga", un número de una preciosidad juguetona que se tiene que repetir. Luego casi ligado a éste, una romanza de Ramoncito, que también hay que bisar, y cierra el primer acto con un grandioso número coral que provoca la primera salida al palco escénico del gran maestro Guridi.

Después hay un intermedio que a los primeros compases comienza a poner en tensión al público, tensión que va en aumento y provoca, antes de que termine, una explosión de entusiasmo, que se traduce en una cerrada ovación y que obliga al compositor Guridi y al maestro Palos, que conduce con su reconocida pericia a la orquesta a saludar desde el escenario y a repetir. Por consideración al cansancio de los profesores de orquesta no se triplica, pero la ovación se oye hasta en Belchite.

A partir de este momento el éxito de "La Meiga" queda asegurado. Baste con decir que la fuerza de este número levantó al público de sus asientos en un frenesí de entusiasmo.

Esto es como un radiolo brillante del resurgir de nuestra clásica zarzuela, pero con la innovación que la natural evolución del tiempo ha ido introduciendo, excelentemente servida por los libretistas y recogida con toda precisión por el músico.

El que oyó cálidas y fervorosas ovaciones anoche no puede decir que el gusto del público está estragado. En todo caso lo que está es adormecido; pero, tan levemente, que cuando le dan arte e inspiración despierta entusiasmado y premia el esfuerzo que representa hacer una obra como "La Meiga".

La noche de ayer señalará una efeméride artística en los anales del teatro Apolo. Noche apoteósica, en la que no se sabía que apreciar más, si a los autores o a los intérpretes. Tal fue el esfuerzo de todos. Y sería una enorme injusticia, señalar nombres, porque todos pusieron a contribución su esfuerzo para el logro del éxito.

La compañía de Federico Caballé nos ha servido un suculento y delicado plato, cosa que le agradecemos, y al decir compañía, sin señalar partes, queremos decir que en esta obra los "divos" son el coro y la orquesta, muy bien secundados por Caballé, Peñalver, Segura, Ruiz-París, Vidal, Vivas, Sans y Pros, de ellos, y las tres Amparos —Romo, Saus y Alarcón.

La pareja Novas-Tomás ejecutó muy bien la típica "muñeira".

En fin, para terminar, sin perjuicio de ocuparnos más a fondo de esta obra, como un avance, ahí queda lo consignado.

Que estas líneas puedan servir de estímulo a autores, actores y empresarios para continuar por la senda artística iniciada anoche. Noche de éxito, difícil de olvidar por los que acudieron al estreno.

"La Meiga" suena a teatro Lico.

Al finalizar la representación hubo de levantarse la cortina infinidad de veces y hablar, a requerimientos del senador, Guridi, Palos y todas las partes de la compañía, obligando a los coros a salir para que recibieran la merecida ovación que les dedicaron.
M. S. G.

APOLO

«LA MEIGA» SE ESTRENO, CONSTITUYENDO UN FORMIDABLE TRIUNFO DEL MAESTRO GURIDI Y DE LOS INTERPRETES

Un verdadero acontecimiento teatral resultó, anoche, el estreno de «La Meiga» en el Teatro Apolo.

La última obra del inspirado maestro Jesús Guridi, que ha presentado la Empresa con gran esplendor y toda propiedad, es otra joya musical, es algo que está muy por encima de cuanto se viene produciendo para el teatro en España.

Toda la partitura está tan bellamente escrita, tan valiente y delicadamente escrita, con tanta inspiración y honradez artística y tan bien armonizada e instrumentada, que no es posible oponer el más insignificante reparo a ella.

El maestro Guridi ha triunfado nuevamente y con él han obtenido un nuevo éxito el arte lírico y la música española.

El público, distinguido y entusiasta, que llenaba el teatro Apolo, y que aplaudió ruidosamente e hizo repetir casi todos los números de la obra, obligando a salir varias veces al maestro Guridi al palco escénico con los intérpretes de "La Meiga", y el maestro Palos, que dirigió la orquesta admirablemente, al promediar el intermedio del segundo acto, se entusiasmó de tal modo ante la fuerza subyugadora de aquella página musical, que se puso de pie aplaudiendo y vitoreando al maestro Guridi.

Se repitió el intercambio y se reprodujeron las ovaciones.

El libro, de Federico Romero y de Guillermo Fernández Shaw, muy cuidado y digno de tan celebrados poetas.

En cuanto a la interpretación de la obra, todo elogio nos parece poco.

Amparo Romo hizo una extraordinaria creación de su papel, recitando con mucho acierto los parlamentos del mismo y cantó con su característico buen gusto; Amparo Alarcón, no desmereció de su compañera; Federico Caballé se reveló como un actor de cuerpo entero; desempeñó su difícil papel estupidamente, demostrando que declama con la misma facilidad y gusto como canta; Ceyetano Peñalver cantó insuperablemente y trabajó como lo que es, como los buenos, y Pedro Segura, con la gracia por arrobas.

Amparo Saus y Ruiz París destacaron también por su vis cómica y su acertada interpretación de los pintorescos tipos a ellos asignados.

La orquesta y los coros, superiormente, merecedores de los más cálidos encomios. Puede decirse que llevaron el peso de la obra.

En definitiva: un triunfo completo, indiscutible, de «La Meiga».

Al final obligó la concurrencia, con sus aplausos, a salir al palco escénico al maestro Guridi y a los intérpretes, haciendo hablar a aquél, que agradeció la benevolencia—según él—con que el público catalán le trataba y había tratado, y dijo que esperaba tener una ocasión para poder trasladar

También hablaron en el mismo sentido, Segura, Caballé y el maestro Palos.—José Gaya Picón.

"LA MEIGA"

Zarzuela en tres actos, letra de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Jesús Guridi

En el Apolo

En el corto espacio de unas horas, las transcurridas desde el estreno de "La picara molinera", en la casa vecina, el de "La meiga", que nos ofreció anoche, en el Apolo la compañía de Federico Caballé, hemos andado una distancia inmensa en el buen camino musical. Los libros de las referidas producciones, poco tienen que echarse en cara, en el terreno de lo endeble, pero en cambio entre las partituras media un mundo en favor de la de Guridi.

Con la obra estrenada anoche en el Apolo salimos en lo que se refiere a la música, de los senderos trillados, de las frases hechas que tan frecuentemente hemos de lamentar. La partitura de "La meiga", es algo que se separa de la vulgar y manoseada zarzuela, de esas zarzuelas de relumbron, sin pizca de ingenio ni de maestría que son las que abundan, por desgracia, en el "género chico", esas zarzuelas, en fin, de pequeños numeritos sin nexos ni trabazón entre sí. No, nada de eso. En la obra de Guridi, salimos de los moldes corrientes y abusivos, con que nos obsequian a cada paso los músicos del montón, para aproximarnos casi al sinfonismo y escalar con frecuencia los umbrales de la ópera. Se dirá que esto es salirse del marco sencillo de la zarzuela. Indudablemente Guridi en "El caserío" como en "La meiga", lo rebasa con bastante frecuencia, más ello no ha de ser obstáculo para que alabemos el mérito de las partituras. Además entre pecar por carta de más o por carta de menos, la elección ha de ser siempre en favor de lo que, como en el presente caso, mejor responda al mayor valor artístico.

Guridi que con "El caserío" nos brindó una bella muestra del arte regional vasco, nos ofrece ahora, por encargo, una manifestación de música gallega. No se muestra en este nuevo aspecto tan justo como en "El caserío" y no solo esto, sino que la preocupación de amoldarse a aires distintos de los en que está cimentado su temperamento, es causa de cierta frialdad que se deja sentir en casi todos los fragmentos de su nueva producción.

Más si la preocupación, "al encargo", ha entumecido algo la sensibilidad del artista, o no ha dado éste, ahora, de sí lo que era de esperar, o mejor, lo que es de exigir a un músico de tantos vuelos como Guridi, el maestro en el dominio de los recursos técnicos se manifiesta constantemente.

Una calidad instrumental magnífica, belleza de forma, vigor rítmico, digno de loa y, sobre todo, un afán logrado de apartarse de lo manido y trivial. Tales son las características de la partitura que escuchamos ayer noche.

Contiene bastantes motivos populares expuestos con rapidez y que al público muchas veces le pasan inadvertidos, porque el músico, adrede, los confunde entre el tejido sinfónico que resplandece constantemente. Y esto, que pudiéramos llamar habilidad de quien es maestro en el oficio, da a la obra un tinte de unidad y de estilo que realmente no tiene. A poco que se analice han de hallarse en este orden multitud de elementos distintos. En muchos momentos demuestra el compositor que, lejos de rehuir, se inclina a un lirismo muy cercano al pucciniano; otras veces aborda francamente el campo de la sinfonía, y otras, cuando se acuerda sin duda que escribe una zarzuela, se desenvuelve en términos más sencillos y populares. Pero nunca, justo es reconocerlo, cae en la vulgaridad, y siempre, aun dentro de esa diversidad, logra, en apariencia, una unidad digna de la mayor alabanza.

Muchos son los trozos que merecen señalarse, aunque los dos mejores a nuestro entender son la canción del mendigo del primer acto, coreada por un grupo de muchachas, que termina por una corta frase y está acompañada por la chifonia o vihuela de rueda, instrumento que aun suena en algún lugarejo gallego y asturiano; y el interludio del segundo acto, de gran vigor rítmico y que nos trajo a la memoria — tal vez fuimos demasiado suspicaces — la marcha al abismo de "La condenación de Fausto", de Berlioz.

El libro es de una gran infanilidad y desde luego dista mucho del nivel de la música.

En la interpretación, que fué

NOTICIERO
UNIVERSAL
20-IV-1929

discreta, se distinguieron las tres Amparos, o sean las señoras Saus, Romo y Alarcón, y los señores Caballé, Peñalver, Segura y Ruiz Paris.

Se repitieron varios números, entre ellos la romanza del tenor del primer acto, que es un trozo completamente pucciniano, y el magnífico interludio del segundo que fué acogido con una delirante ovación.

El maestro Guridi, único de los autores que asistió al estreno, mereció los honores muy repetidos del palco escénico. Muy merecido, pues a él, indudablemente, le corresponde la mayor gloria.

En suma, "La meiga", es una zarzuela cuyo libro no merece, en rigor especial mención; y cuya música, a pesar de la presión de "el encargo", que le da un tinte de frialdad, está trazada dentro de los medios técnicos

más ricos y amplios y constituye una verdadera obra maestra.

Alfredo Romea

El triunfo del maestro Guridi, en Barcelona

Opiniones de la Prensa barcelonesa sobre el estreno de "La Meiga"

La Prensa de Barcelona trae amplísimos relatos del estreno de *La Meiga* en el teatro Apolo de aquella población, donde la ha representado la Compañía de Caballé, tan conocida en Bilbao.

Coincide en apreciar el triunfo verdaderamente definitivo del maestro Guridi.

Así, periódico de la importancia de *La Vanguardia* dice, entre otros elogios:

«La música del maestro Guridi causó impresión inmejorable toda ella, debiendo ser repetidos, ante la insistencia del público, que llenaba el teatro, un coro de mozas, un aria de tenor, de factura distinguida; una «muñeira», muy bien bailada por una ágil pareja, y un intermedio, que separa los dos cuadros del acto segundo, importante página sinfónica, sonora y variada en sus ritmos gallegos, y que el auditorio, presa de desbordante entusiasmo, interrumpió con una ovación delirante.»

«De Jesús Guridi, uno de los valores positivos de la música española, figura saliente, no sólo de la zarzuela, sino del sinfonismo, cabía esperar lo que ha dado con *La Meiga*: una partitura que revela el orquestador de altos vuelos y pleno dominio instrumental; una partitura que huye de las concesiones a los gustos fáciles, y que se impone por su honradez y seriedad.»

En *El Diluvio* leemos párrafos tan halagüeños como estos:

«A la hora de dar comienzo la zarzuela hay una enorme expectación. Reina un silencio solemne cuando la orquesta ataca los primeros compases del preludio, que es un buen anticipo de lo que viene después.

Un par de escenas y sale el coro de señoras, que canta con *La Meiga*, un número de una preciosidad juguetona que se tiene que repetir. Luego, casi ligado a éste, una romanza de Ramoncito, que también hay que bisar, y cierra el primer acto con un grandioso número coral que provoca la primera salida al palco escénico del gran maestro Guridi.

Después hay un intermedio que a los primeros compases comienza a poner en tensión al público, tensión que va en aumento y provoca, antes de que termine, una explosión de entusiasmo, que se traduce en una cerrada ovación y que obliga al compositor Guridi y al maestro Palos, que conduce con su reconocida pericia a la orquesta a saludar desde el escenario y a repetir. Por consideración al cansancio de los profesores de orquesta no se triplica, pero la ovación se oye hasta en Belchite.

A partir de este momento el éxito de *La Meiga* queda asegurado. Baste con decir que la fuerza de este número le-

vantó al público de sus asientos en un frenesí de entusiasmo.

Esto es como un indicio brillante del resurgir de nuestra clásica zarzuela, pero con la innovación que la natural evolución del tiempo ha ido introduciendo, excelentemente servida por los libretistas y recogida con toda precisión por el músico.

El que oyó cálidas y fervorosas ovaciones anoche no puede decir que el gusto del público está estragado. En todo caso lo que está es adormecido; pero, tan levemente, que cuando le dan arte e inspiración despierta entusiasmado y premia el esfuerzo que, representa hacer una obra como *La Meiga*.

La noche de ayer señalará una efemérides artística en los anales del teatro Apolo. Noche apoteósica, en la que no se sabía qué apreciar más, si a los autores o a los intérpretes. Tal fué el esfuerzo de todos. Y sería una enorme injusticia señalar nombres, porque todos pusieron a contribución su esfuerzo para el logro del éxito.»

Confirma *El Día Gráfico* estas impresiones de éxito franco cuando escribe:

«La última obra del inspirado maestro Jesús Guridi, que ha presentado la Empresa con gran esplendor y toda propiedad, es otra joya musical, es algo que está muy por encima de cuanto se viene produciendo para el teatro en España.

Toda la partitura está tan bellamente escrita, tan valiente y delicadamente escrita, con tanta inspiración y honradez artística y tan bien armonizada e instrumentada, que no es posible oponer el más insignificante reparo a ella.

El maestro Guridi ha triunfado nuevamente y con él han obtenido un nuevo éxito el arte lírico y la música española.

El público, distinguido y entusiasta, que llenaba el teatro Apolo, y que aplaudió ruidosamente e hizo repetir casi todos los números de la obra, obligando a salir varias veces al maestro Guridi al palco escénico con los intérpretes de *La Meiga*, y el maestro Palos, que dirigió la orquesta admirablemente, al promediar el intermedio del segundo acto, se entusiasmó de tal modo ante la fuerza subyugadora de aquella página musical, que se puso de pie aplaudiendo y vitoreando al maestro Guridi.

Se repitió el intercambio y se reprodujeron las ovaciones.»

Recogemos, entre otros muchos que tenemos a la vista estos comentarios que han de servir, seguramente, al insigne compositor vasco para continuar con creciente brío y entusiasmo su obra de dignificación del arte nacional.

A Guridi nuestra cordialísima enhorabuena.

"Noticiero Universal" (Barcelona) 24-IV-1929

EN HONOR DEL MAESTRO GURIDI

Esta madrugada ha habido un banquete : : : : :

A las tres de la madrugada de hoy empezaba en el Lyon D'Or un banquete improvisado —improvisado, pero que ha resultado un acto magnífico — en honor del maestro Guridi, el ilustre músico autor de las partituras de "El caserío" y de "La Meiga". Es de advertir que no precedieron al banquete las consabidas gacetillas, que ruedan por la prensa durante ocho días, para reclutar comensales.

Un centenar de éstos se han sentado a la mesa, para rendir homenaje al eximio maestro, que ha presidido el banquete, acompañándole en la presidencia las señoras Amparo Sans, Anita Arifio, Carmen Naco, María Sans, Terésita Alarcón, Enriqueta Cuadros, y los señores Caballé y Francisco Palos.

Han concurrido al banquete todos los profesores de orquesta de Apolo, y, además, todas las principales partes de la compañía de zarzuela que dirige el aplaudidísimo Caballé.

Ha sido un acto cordialísimo. Al descorcharse el champán brufaron, con gran efusión, los señores Nicolás de Castro, Víctor Perales, Jaime Serra, presidente

del Sindicato de Maestros, Daniel José M. Navarro, Segura, Caballé, Bernat y Durán, que representaba a EL NOTICIERO UNIVERSAL; el señor Serra, representante de "El Diluvio"; Montó, Civera, Artal, señora Amparo Romo y el actor Valeriano Ruiz París, que deleitó a los comensales con una de sus anécdotas humorísticas.

Después se levantó el maestro Guridi, entre aplausos, y dirigió a los comensales las siguientes palabras:

"Nunca como en estos momentos lamento no poder hablar como un maestro de la oratoria, aunque no fuera nada más que para corresponder a las elocuentes palabras que se han pronunciado. Mi gratitud para todos; para el Sindicato de Músicos de Cataluña, para los intérpretes, para la orquesta que ha ejecutado mi obra, para la prensa de Barcelona, que la ha comentado con seriedad y amor, y para el público, que me ha aplaudido benevolente. Y no me resta más que despedirme de ustedes y decirles que me marchó complacido de mi estancia en Barcelona, esperando volver a Cataluña para cumplir con mi promesa, para ofrecer a este público, por amante de la música, una obra de espíritu catalán. Gracias, muchas gracias."

lán. Gracias, muchas gracias."

Sus palabras fueron coronadas con una ovación.

Después se dió lectura a un mensaje de los maestros catalanes a J.ús Guridi, redactado en términos elocuentísimos.

A las cinco de la mañana terminaba el banquete, verdaderamente fraternal.

El eminente compositor ha salido hoy, en el rápido de la mañana, para la Corte.

La campaña, en el teatro Apolo de Barcelona, en un momento brillante, con la Meiga hacia el fin, con consecuencia de la operación de la Represión de Barcelona, casi todas las lecturas se vieron obligadas a interrumpir sus funciones. El baritone Caballé cantó la última noche la meiga, si bien también la última obra que cantó en su vida, pues pocos días después fue sometido a una operación y meses más tarde, en Octubre de 1929, falleció en Barcelona.

TEATRO FUENCARRAL

MADRID

Fuencarral, 145

Teléf. 31.204

COMPañIA LIRICA

Badía - Peñalver - Almodóvar

Primer actor y director

D. Valentín González

Funciones para hoy, domingo, 20 de Octubre de 1929

TARDE.-A las 6,15

La novela cómico-lírica basada sobre una de Julio Verne y escrita en prosa por Miguel Ramos Carrión, música del maestro Caballero

Los sobrinos del Capitán Grant

REPARTO

Soledad, Srta. SALVADOR.—Ketty, Srta. MARTINEZ.—Portera, Srta. Moscat.—Vecina 1.^a, Srta. Lucila.—Idem 2.^a, señorita Carrasco.—Una mujer, Srta. Vera.—El doctor, señor MIRANDA.—Sir Clyrón, Sr. GONZALEZ.—Don Marcial Mo chila, Sr. Zapater.—Escolástico Sr. RUBIO.—Jaime, señor Pujadas.—Capitán Grant, Sr. Moyano.—General, Sr. Moyano.—Patagón, Sr. Soler.—Comandante, Sr. Salvador.—Sol-

dato, Sr. Cobos. — Bandido 1.º, Sr. Escuer. — Idem 2.º, señor Hidalgo. — El Capitán del Escocia, Sr. Crespo. — Mozo del Molino, Sr. Pedrote. — Un pescador de coral, Sr. Escuer. Vecino 1.º, Sr. Pedrote. — Intérprete, Sr. Soler. — Marinero 1.º, Sr. Alonso. — Idem 2.º, Sr. Hidalgo.

Vecinos, vecinas, marineros grumetes, chilenos, chilenas, fumadoras, bailadoras, soldados, bandidos, viajeros, maories, sacerdotes, gauchos, guerreros, caribes, monos, etc., etc.

Coro general

TARDE.-A las 4

NOCHE.-A las 10,15

La zarzuela en tres actos de los ilustres comediógrafos FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNANDEZ SHAW, música del eminente maestro JESUS GURIDI

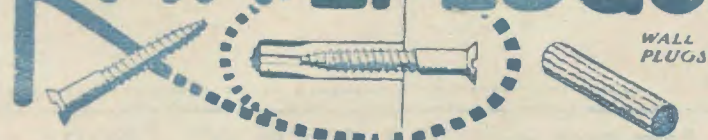
LA MEIGA

REPARTO: Sabela, Srta. BADIA. — Rosiña, Srta. TORRES. Rula, Srta. Salvador. — Eulalia, Srta. Carrasco. — Margarida, Srta. Poyo. — Manoela, Srta. Camacho. — Santiña, Srta. Lucila. — Flavia, Srta. Muñiz. — Vieja 1.º, Srta. Beltri. — Idem 2.º, Srta. Benguria. — Ramón, Sr. PEÑALVER. — Don Gareja señor ALMODOVAR. — Cirolas, Sr. MIRANDA. — Rosalío, señor RUBIO. — El Ciego de Lestrove, Sr. Moyano. — Salgueiro, Sr. Zapater. — Albariño, Sr. Cobos. — Farruco, Sr. Pujadas. Amaro, Sr. Salvador. — Gringorio, Sr. Palop. — Clodio, señor Cobos. — El Lazarillo, N. N. — Mozo 1.º, Sr. Alonso. — Un aldeano, Sr. Ambit. — Riveriano 1.º, Sr. Crespo. — Riveriano 2.º, Sr. Cabrera.

Pareja de baile: EMMA LUCILA y PABLO RODRÍGUEZ

Mozos, mozas, vendedores, vendedoras, mendigos y coro general. — La acción en el valle de Ulla, año 187...

RAWLPLUGS



Hacen que un tornillo quede bien colocado en cualquier material

PARA COLOCAR

estantes, armarios, ganchos, cuadros, tubería, instalaciones eléctricas, sanitarias y de gas, en ladrillo, yeso, piedra, azulejos, cemento armado, mármol, etc.

Los RAWLPLUGS son tacos de fibra especial, sustitutivos de los tacos de madera que desmenuzan las paredes y no sujetan

Los RAWLPLUGS resisten hasta 4.000 kgs

De venta en todas las ferreterías

Central Rawlplugs en España:

Fernanflor, 4.- MADRID

62 bis

TEATRO DEL PRINCIPE

Actuación de la Compañía lírica **BADIA - PENALVER - ALMODOVAR.**

Primer actor y director: **VALENTIN GONZALEZ.**

Hoy, miércoles, a las seis y cuarto de la tarde y diez y cuarto de la noche, **EXITO CLAMOROSO** de la zarzuela en tres actos, letra de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del maestro Jesús Guridi, **“LA MEIGA”**, que por la tarde será cantada por María Badia, Rosita Torres, Luis Almodóvar y Muniáin; y por la noche, por Rosita Torres, Sinda Martínez, Cayetano Peñalver y Luis Almodóvar.

15 - 1 - 1930.

En el Teatro del Príncipe

"La Meiga", zarzuela en tres actos,
letra de Federico Romero y Guille-
rmo Fernández Shaw, música del
maestro Jesús Guridi.

No hay afición al teatro —se dice constante-
mente—; pero se da el caso que, en cuanto se
anuncia una novedad o algo que encierra un va-
lor, se llenan las salas. Así acontece que nada
mejor para dar la sensación del vacío que un tea-
tro, o bien, por el contrario, nada más apropiado
que un teatro para darnos la sensación de que
vivimos en una gran capital.

Y uno y otro caso aun siendo fieles a la reali-
dad, no dejan de ser engañosos. La única ver-
dad es que no hay afición al teatro por el tea-
tro, y que lo bueno o lo nuevo abunda poco.

Ayer tuvieron llenos rebosantes nuestros dos co-
liseos principales.

En el Príncipe se estrenó "La Meiga", con la
asistencia de Guridi, quien tarde y noche recibió
el homenaje del público, tan entusiasta como ca-
luroso.

De la eterna comparación no podía escapar Gu-
ridi. Por consiguiente, "La Meiga" tiene que lu-
char con el recuerdo de "El Caserío". Y de la
comparación surgen los dos bandos inevitables.

Pero ante dos obras con valores y característi-
cas distintas, nosotros entendemos que la compa-
ración está de más. Legítimamente podrá decirse
que la una gusta más que la otra; pero barajar-
las no estimamos pertinente, por cuanto que, en
el orden artístico, encuéntrase en campo dife-
rente. "El Caserío" es una zarzuela que en su
totalidad está francamente bien; pero sólo en su
final principalmente, la música da al maestro ca-
tegoría de gran compositor. En "La Meiga", el
gran compositor se advierte constantemente. Mu-
sicalmente, en esta zarzuela todo es más bello y
más depurado, con depuración excesiva, acaso, si
se analiza desde ese punto de vista llamado tea-
tral.

Conociendo la manera de componer de Guridi
el tono orquestal, habremos de confesar que en
"La Meiga" es más característico que el de "El
Caserío", aunque en esta su primera zarzuela no
desmienta su personalidad. De igual modo, el am-
biente, el colorido, están mejor logrados y sos-
tenidos que en "La Meiga". Los motivos, bella y
magistralmente desarrollados, con plausible honra-
dez, a la que estamos muy poco acostumbrados.
Y esta misma honradez ha obligado al maestro a
entregarse por completo a la orquesta, olvidando
deliberadamente a los cantantes, con los que, en
vez de ir a buscar el aplauso, en ocasiones son
un instrumento más de la orquesta. Lo propio ha
hecho con los coros, que a las veces no van a
tono con la orquesta, sino contra tono.

Esta es, a grandes rasgos la labor que Guridi
ha realizado en "La Meiga". Una labor tan con-
cienciosa como admirable, que abriga su rico
historial de gran compositor. El intermedio, por
sí sólo bastaría para consagrarle, sino lo estuvie-
ra ya. Después de "La Meiga" puede escribir tran-
quilamente lo que acaso no le dé más honra, pe-
ro sí más provecho.

Guridi se vió obligado a salir a escena en va-
rios pasajes de la representación y al final de
todos los actos.

La presentación, digna de la zarzuela, como la
interpretación, que no pudo ser más perfecta.

Las cuatro primeras figuras: María Badia, Ca-
yetano Pefialver, Luis Almodóvar y Rosita Torres,
estuvieron a cual mejor en sus respectivos pa-
peles. Digámoslo de una vez: impecables.

Fueron secundados con plausible acierto por Mi-
randa, excelente actor lleno de gracia; Rubio y
señorita Salvador, entre otras y otros.

Para todos tuvo el público entusiastas aplau-
sos, sin olvidar a la orquesta que cumplió bien.—
L. A.

"El Pueblo
vasco"

15-1-1930

ULTIMA HORA

LOS TEATROS

APOLO.—Inauguración de temporada.

Con "La Meiga", inspirada partitura del maestro Jesús Guridi, abrió anoche de nuevo sus puertas el popular teatro de dicho nombre.

La compañía, dirigida por Pedro Segura, es de primer orden en su género. Lola Rosell, Amparo Saus, Filomena Surifach, y entre los hombres, además del director, Blanca, Fabregat y en lugar preeminente Manuel Paredes, tenor de ópera que no desdénia cantar la citada obra, digna por su música de los mejores empeños interpretativos.

Los alcanzó anoche así en el recitado de sus versos como en el canto, como en los números que podríamos llamar de concierto, los cuales no son ciertamente los menos inspirados de la obra.

Digando ese intermedio entre los dos cuadros del segundo acto y las danzas del primero de estos cuadros.

Los dos números, entre fragorosos aplausos, hubieron de repetirse.

Otros de canto y de recitado alcanzaron el mismo éxito. La plegaria, que dijo la Saus conmovida, otro fragmento de Segura, etc.

El teatro estaba lleno por completo, apretujándose el público en pasillos y galerías.

Se comprende así que las ovaciones adquirieran más realce siendo tantos los que aplaudían.

Bien empieza, pues, la temporada en Apolo,
E. TINTORER

"El diluvio" 17-1-1930

POR ESOS TEATROS

APOLO. — Presentación de la compañía de Amparo Saus

Noche triunfal y emocionante fué la de ayer en el teatro Apolo con ocasión de presentarse ante el público la compañía de Amparo Saus, la simpática y popular tiple cómica, retirada de la escena desde la muerte de su esposo, el notable barítono Federico Caballé.

Un público ansioso de tributar a la bella artista valenciana un homenaje de simpatía, llenó por completo, hasta el rebose, todas las localidades y pasillos del amplio teatro y recibió a Amparo con la más cecrada y cálida y expresiva de las ovaciones.

Conmovióse la artista profundamente ante aquella muestra de cariño popular y no pudo evitar que las lágrimas acudiesen a sus ojos.

Las manifestaciones de fervorosa admiración hacia Amparo Saus se repitieron al final de cada cuadro, y al terminar la obra un estallido formidable retumbó en la sala.

Pedro Segura, a quien el público había recibido también muy cariñosamente, dirigió la palabra a los espectadores, teniendo un oportuno recuerdo para el gran barítono Caballé, reavivando allí las salvadas aplausos llenos de cálida emoción.

La obra escogida para esta noche memorable fué "La meiga", que recibió una interpretación admirable, especialmente por parte de Lola Rosell — recitadora admirable que podría figurar dignamente en la más célebre compañía de verso — Amparo Saus, Filomena Surifach, Segura, Fabregat, Paredes, poco habituado, al parecer, a la zarzuela; Blanca, Ripoll, Azuar y, en general, por toda la compañía, mostrándose ajustadísimos los coros y magistral la orquesta, valientemente dirigida por Natalio Garrido, que supo dar a la brillante e inspirada partitura de Guridi toda la fuerza y la ternura que encierra.

La presentación sencillamente irreprochable y los conjuntos muy bien cuidados, lo cual quiere decir que todo marchó a maravilla y que el público salió encantado de la función.

El éxito de esta noche inaugural hace prever una temporada brillantísima, tanto como Amparo Saus y sus dignos compañeros merecen y como nosotros deseamos. — G. C.

Ultimas NOTICIAS DE BARCELONA

APOLO

EL DEBUT DE LA COMPANIA SAUS DE CABALLÉ, CONSTITUYO UN GRAN EXITO

Anoche debutó en el teatro Apolo la compañía Saus de Caballé, con la obra del maestro Guridi "La meiga".

Las grandes simpatías que durante su actuación con el que fué gran barítono,

Federico Caballé, supo captarse Amparo Saus, se renovaron anoche al presentarse en escena, tributándole el público que archillenaba la sala, una ovación extraordinaria, haciéndose objeto de iguales manifestaciones al director, Pedro Segura.

La obra de Guridi "La meiga", obtuvo una interpretación acabada por parte de toda la compañía, destacándose Amparo Saus y Pedro Segura, Lola Rosell, Filomena Surifach y Luis Fabregat, que tuvieron que salir a escena al final de todos los actos en medio de grandes ovaciones.

El intermedio del segundo acto, muy bien dirigido por el señor Garrido, tuvo que repetirse entre atronadores aplausos.

Al final de la representación el telón tuvo que levantarse infinidad de veces.

El debut de la Compañía de Amparo Saus de Caballé no pudo ser más brillante.

V a l e n c i a

TEATRO RUZAFÁ

Beneficio de Cora Raga

La primera tiple de Ruzafa recibió anoche inequívocas pruebas de lo mucho que se la quiere y admira en su tierra. En la plenitud de facultades y habiendo recorrido en triunfo durante los últimos años los principales teatros de España y París, Cora Raga evidenció una vez más su alta categoría de artista lírica, que además de poseer un vasto repertorio en la zarzuela clásica española y moderna, tiene en su ejecutoria la creación de personajes que no admiten superación.

Nosotros, viéndola dominadora en todos los papeles, flexible y apasionada, lo mismo en las obras frívolas que en las intensamente dramáticas, no podemos por menos de evocar a otras eminentes tiples valencianas que tanto brillo dieron a la escena: Emilia Brú Rosales, Encarnación Fabra, Carmen Domingo, Concha Segura, Concha Gil, Marina Gurina...

Pudo la hermosa artista, en la noche de su beneficio, salir del paso ofreciendo un programa magnífico: lo mismo hubieran acudido en tropel sus admiradores. Pero la señora Raga tiene conciencia de su responsabilidad y sabe corresponder a las deferencias del público: por ello eligió una obra, la más bella de las estrenadas entre el repertorio moderno, precisamente por ser una de sus geniales creaciones: «Doña Francisquita», cuya Beltrana le va a la Raga, como «La Favorita» a Gayerre. La representación de la inspirada zarzuela del maestro Vives fué un éxito continuado para nuestra paisana, que al aparecer en escena, llenó el teatro como en las grandes solemnidades, se la recibió con entusiastas aplausos.

Luego, en el curso de la representación de «El barbero de Sevilla» español, la beneficiada estuvo espléndida como cantante y como actriz, repitiendo el gran dúo con el tenor en el segundo acto y cantando varias veces la típica canción del Marabú. Cora Raga comunicó a la obra un brio y un colorido como quien sabe elevar el arte de buena ley sobre lo que priva a diario en nuestros teatros.

Tuvo el acierto de asociar a su noche de triunfo a una artista valenciana prototipo de la «Francisquita»: Juanita Fabra, que si bien no se hallaba en posesión de todos sus medios vocales, interpretó el personaje con la gracia y travesura que tantos aplausos le han valido; anoche también se los prodigaron, y con ella a Pepita Alcácer, a Pepe Angeles, magnífico «Don Matías», dos veces llamado a escena—Pepe Angeles ennoblecó el personaje—; al tenor Arnó, ovacionado repetidas veces, bisando la romanza del acto segundo, a Miranda, en el Cardona, a Pitarch, al coro y a la orquesta, que realizó una labor tan impropia como meritoria.

«Doña Francisquita» fué escuchada con delectación, pareciendo más bella, libro y música, que a raíz de su estreno.

Entre los actos segundo y tercero se dió el cuadro de concier-

unión del barítono Manuel Alba, el dúo de «La del Soto del Parral»; ambos artistas dieron singular relieve a la magnífica pieza musical, acogida con tan frenéticos aplausos, que se pidió el bis, a lo cual no era humano acceder, pues seguidamente Cora Raga dijo con su habitual arrogancia y matices de dicción el brindis de «El Romeral», tributándosele nueva ovación.

Y vino el momento apoteósico: de los telares arrojábase sin cesar una lluvia de flor; se llenó el escenario de regalos sinnúmero, originales, valiosos e incontables ramos y canastillas de flores, a la vez que el público, puesto en pie, rendía un homenaje de cariño a la beneficiada.

Fueron momentos de honda emoción; Cora Raga lloraba de júbilo, los artistas todos—ya se habían incorporado la mayoría de los demás teatros—aplaudían y aclamaban a nuestra paisana. La señora Raga, acongojada, dió las gracias con el corazón, echando besos y expresando su amor a Valencia.

En suma, una noche memorable, por la que felicitamos efusivamente a la simpática Cora Raga.

ARINO.

RUZAFÁ *Beneficio de Cora Raga, con «Doña Francisquita»*

Esto quiere decir un teatro llenísimo, a rebosar, y un público que siente peculiar devoción por la artista.

Cora Raga es de las artistas que tienen «su público», que se hacen populares, y a fe que tiene motivos para ello. La labor infatigable, su constante entregarse por completo a las obras sin ahorrar trabajo, su tesón para estar en escena sin desmayar, sus condiciones de voz, su simpatía, todo contribuye a que los espectadores le tengan gran estima.

«Doña Francisquita» es precisamente una de las obras en que mejor puede lucir Cora Raga sus espléndidas condiciones de voz, y por ello hizo bien al poner en escena esa zarzuela en la noche de su beneficio.

El público, pues, entre el que figuraban en gran número las señoras, ovacionó grandemente a Cora Raga durante toda la representación.

Al terminar la obra subieron de punto las ovaciones, el escenario se cubrió de flores, los regalos innumerables, llenaron la escena, y en medio de tanta felicidad la artista, conmovida, no acertaba a pronunciar palabra ante las apremiantes «que hable»... sólo pudo decir entre lágrimas de felicidad: «moltes gràcies»... y esta frase valenciana era la más bella contestación de la valenciana tiple.

EN RUZAFÁ

BENEFICIO DE CORA RAGA

Fué el homenaje de anoche, en cuanto a efusión, uno de esos acontecimientos excepcionales que se registran muy de tarde en tarde, en la historia de un teatro.

El público valenciano puso ayer toda su simpática y exaltada vehemencia, en la demostración de que Cora Raga sigue siendo su tiple predilecta.

Y el público valenciano es de los que tienen relevante personalidad para juzgar sobre motivos de arte, y está considerado entre los que más han demostrado su buen gusto.

Cora Raga, la formidable tiple dramática, la más completa la de más temperamento con que cuenta la zarzuela española, tuvo merecidísimo el emocionante homenaje que ayer le rindió el pueblo valenciano, representado en todas sus clases sociales, desde la aristocrática a la popular, en la abigarrada muchedumbre que anoche llenaba hasta los pasillos y escaleras del teatro de Ruzafa.

Puso Cora Raga para su beneficio, la admirable obra "Doña Francisquita", esa joya de nuestro teatro lírico nacional, en la que la famosa artista valenciana crea de modo todavía inigualado, el papel de la briosa Beltrana.

Su versión de anoche fué tan lograda, tan llena de aciertos y momentos exaltados, como siempre que Cora representa esa y otras obras, en las que, como en "Doña Francisquita", han de aparecer aunados los méritos de la tiple y los de la actriz.

En el intermedio del segundo al tercer acto, cantó Cora el dúo de "La del Soto del Parral" con Manolo Alba. Y los dos notables cantantes fueron ovacionados.

A continuación cantó la beneficiada el brindis de "El romeral" del modo inimitable que Cora interpreta esa página musical inspirada.

No hay que añadir, que los aplausos y las aclamaciones durante toda la representación, se sucedieron en honor a Cora Raga que además, entre una ovación delirante y a instancias del público, hubo de dirigir unas emocionadas frases de gratitud y cariño a Valencia.

Además, el escenario quedó por unos instantes convertido en vergel, entre cuyos ramos y bajo una lluvia de flor, recibía Cora aquel desbordado homenaje popular y numerosos y valiosos regalos.

Expresamos nuestra cordial enhorabuena a la notabilísima tiple valenciana.

No sería justo que omitiésemos los nombres de los otros artistas que tan a maravilla secundaron a Cora al interpretar "Doña Francisquita".

Juanita Fabra, tan linda y tan vivaracha, dió gran realce a su papel de Francisquita; Pepita Alcaicer, eminente, como siempre; muy bien, Isabel Carrasco.

De ellos, formidable el tenor Juan Arnó, que hubo de repetir el dúo y la romanza del segundo acto.

Pepe Angeles fué el maestro de actores, que todos reconocen. Miranda, acertadísimo y muy gracioso; su interpretación del "Marabú" fué algo definitivo. Pitarch comunicó gran prestancia a su papel.

Los coros, la orquesta y todos en fin, cuantos intervinieron en la representación, contribuyeron al esplendor de la función de anoche, que dejará imborrable y gratísimo recuerdo en el teatro Ruzafa.

RUZAFÁ

Beneficio de Cora Raga

¡Un notición!...

Cora Raga se retira de la escena.

Por lo menos compartirá sus actividades teatrales con otro género de actividades. Y es que, con tanto regalo como se le hizo anoche con motivo de la función de su beneficio, lo menos que puede hacer es poner un bazar que sería de los mejor surtidos. La dependencia del teatro tuvo que hacer varios viajes para trasladar al escenario los abanicos, las sombrillas, los juegos de tocador, los licoreros, los estuches cerrados, las cajitas que no hubo tiempo de abrir.

Y adrede prescindimos de las flores. Formaban canastillas enormes, grandísimas, de un buen gusto exquisito. Y mientras Cora Raga manifestaba su júbilo ante tanto obsequio, una lluvia de claveles llenaba la escena...

Tuvo que hablar, no porque se lo pidiera el público, sino porque se lo pedía el corazón. Claro está que habló cuando pudo, porque estuvo un buen rato sin que la emoción la dejara. Finalmente, expresó su gratitud por la gran manifestación de simpatía que se le había hecho, y expresó su gran amor a esta tierra que tanto le cuesta dejar. Las valencianas palabras de la popular tiple fueron ahogadas por una nueva ovación.

Por lo demás, ¿qué vamos a decir de «Doña Francisquita»? Que fué gustada, como siempre. Y que nos deparó la presencia de Juanita Fabra una doña Paquita deliciosa, por su gracia, por su gentileza, por su distinción, por su escuela de canto, aunque ayer no pudiera lucir la voz en plenitud de facultades. También trabajaron como buenos Pepita Alcaicer, Pepe Angeles, Arnó, Miranda...

Y no hablemos de la beneficiada, pues como todos saben, hace una verdadera creación del papel de Aurora la Beltrana. Anoche lo interpretó poniendo toda su alma, y no hay que decir cómo resultaría la cosa.

En suma: que Cora Raga puede estar satisfechísima de su «serata d'onore».—Maese Reparos.

"Queremtil" - 29-3-30

RUZAFa

Beneficio de Cora Raga

Lloraba la admirable tiple, emocionada, conmovida hondamente, cuando materialmente envuelta en una lluvia de flores, rodeada de corbilles y de valiosos obsequios, el público, que llenaba por completo el teatro, le pidió que hablara, y su voz casi no pudo vibrar para tan sólo dar las gracias por aquella grandiosa manifestación de afecto y simpatía.

Y es que, en efecto, fué la de Cora Raga una de las funciones de honor más grandes, más efusivas que hemos presenciado en el popular teatro de la calle de Pi y Margall.

Elegió la gran tiple para su «serata» «Doña Francisquita», de cuya «Beltrana» hace una creación cumbre, y cuyo estreno la colocó en el preeminente lugar que ocupa entre las cantantes españolas.

Basta esto para juzgar su labor de anoche y para dar idea exacta de las justas ovaciones que recibió en el transcurso de la representación.

Con ella fué aplaudida Juanita Fabra, «Doña Francisquita», de grata recordación siempre.

El tenor Juan Arnós cantó el «Fernando» con briosa voz, y repitió la romanza y el dúo con Cora Raga en el segundo acto.

Pepita Alcácer tan actriz como siempre.

Pepe Angeles admirable en el «Don Matías», y muy bien en el «Cardona» el señor Miranda.

Leopoldo Pitarch defendió muy airesamente el «Lorenzo», «huésped» de la obra, y los demás no deshicieron el conjunto.

Cantó Cora con Manuel Alba un dúo de «La del Soto del Parral» irrepochablemente, y luego ella el brindis de «El Romeral», siendo aclamada por sus paisanos.

En suma: una noche triunfal, de la que guardará sin duda grato recuerdo nuestra paisana.

BAMBALINA.

RUZAFa

Beneficio de Cora Raga

Anoche se vió transformado el escenario de Ruzafa. Y ello por obra de Cora Raga, quien en la noche de su beneficio buscó música de zarzuela grande, sin concesiones a la chabacanería ambiente.

El teatro se llenó por completo. No podríamos asegurar si fué solamente el cariño que a Cora Raga tiene el público valenciano, demostrado fielmente en el curso de la velada, o fué el gusto del mismo de ver alejadas, aunque momentáneamente, de aquel tablado, eso que llaman obrillas de un género... indefinible, por no manchar las puntas de nuestra pluma.

Tal vez ambas cosas fueron las causantes del exitazo de anoche; exitazo en que sí grande, enorme parte corresponde a Cora Raga como actriz y cantante — fué admirable su Beltrana de «Doña Francisquita», y cantados con verdadero cariño y maestría el dúo de «La del soto del Parral» y el brindis de «El romeral» —, quizá mayor puede haberle como organizadora, con verdadero pulso y exquisito gusto artístico.

En el intermedio del segundo al tercer acto de «Doña Francisquita» surgieron los obsequios, innúmeros y bellos, y una ovación unánime estalló en la sala, y Cora Raga, con voz velada por la emoción, dejó brotar unas cuantas frases, tan verdad, tan sinceras, que conmovieron a todos los espectadores.

Fuó jornada triunfal la de anoche de la señora Raga.

Juanita Fabra, la eminente tiple valenciana, prestó su concurso a tan agradable acto y cantó como ella sabe hacerlo su «rol», mereciendo aplausos justísimos, que seguramente la harían recordar sus días triunfales.

Toda la compañía de Ruzafa rivalizó en contribuir al mejor éxito, consiguiéndolo plenamente, sin olvidar a la orquesta, que se comportó tan bien como siempre.

"Pueblo Valencia" 5-I-1930

TEATROS

TEATRO APOLO

Estreno de "Una noche en París"

Está ahora en boga una teoría peregrina que, naturalmente, cuenta con una numerosa legión de adeptos. Consiste, en pretender de mostrar que en algunas manifestaciones literarias—novela, teatro—lo menos interesante es la acción. Asimismo se quiere hacer ver que para escribir buenos versos sobra la métrica y que en las obras musicales huelga la llama de la inspiración. Todo esto, entiendo yo, será nuevo, demoledor e iconoclasto, pero no puede dejar de recordarme cierto chascarrillo:

Hallábase un dipsómano empedernido en una taberna. Nuestro hombre consumía con desgana unas quisquillas, cuando de pronto le preguntó un compadre de ingurgitaciones alcohólicas:

—Pero, chico, ¿tú, comiendo nada más?

—Sí—contestó el otro—. Esto es solamente un pretexto para beber...

Algo parecido les ocurre a los sustentadores de la supradicha teoría. Los que prescindan de la acción en la novela y en el teatro; de la métrica en los versos y de los atavíos de la fantasía en la música, se expresan así a guisa de otro pretexto fundamental: el de las quisquillas de una impotencia amarga y trágica que les impide destacar con el empleo de las nobles armas del talento, que son las únicas que sentarán siempre el jalón de conquista en los no bles dominios de la Belleza.

Este preámbulo, viene como pintiparado a la obra que con el título «Una noche en París» han ofrecido al público valenciano los señores Romero, Fernández Shaw, Magenti y Martínez. En esta zarzuela han demostrado los libretistas que efectivamente, la acción constituye el elemento básico que determina la buena acogida de una comedia, como tampoco olvidan los músicos que tanto o más que con los alardosos derroches de una técnica laberíntica, hay que llamar a la emoción comprensiva del auditorio, haciéndole vibrar el alma con la caricia de unas bellas melodías. Desde este punto, no puede ser más plausible la tarea que se han impuesto los autores de «Una noche en París.»

Pero ¿han logrado que el público se identifique con el esfuerzo desplegado? Sí, indudablemente. El libro—aunque debiera desgestionársele bastante—es elevado, gracioso en diversas ocasiones, limpio siempre y sobre todo, muy teatral y brinda oportunos momentos a los músicos para que puedan desenvolver una misión sin trabas.

La acción—¡ya salió aquello!—apasiona y se desarrolla en el París romántico de los últimos períodos del siglo XVII, que tantas veces fueron llevados al libro y a la escena para lograr enternecer a las almas abrasadas por la sed de un amor desdichado. Como que

da dicho, es digna de mayor elogio la tarea de los señores Romero y Fernández Shaw, que les acredita de ser uno de los mejores libretistas actuales.

En cuanto a la partitura hace referencia, es en justicia y sin necesidad de apelar a exageraciones para demostrarlo, un gran acierto de los maestros Magenti y Martínez. Estos hombres han sabido compaginar—también aquí se desmiente la absurda teoría de los iconoclastas «pour rire!»—las más estrictas normas magistrales constructivas con los desfogos de una fantasía sugerente y grata. Hay en la partitura números variados, de heterogénea contextura, algunos realmente soberbios. Sin necesidad de apelar a las frases dulzonas, redichas y sensibleras, ni a estridencias de fácil cobijo en las muchedumbres indoctas, constituye la música de «Una noche en París» una página magnífica, en la que no se vislumbra siquiera un solo compás que desentone del momento de la comedia que interpreta. Todos los números fueron aplaudidos incesantemente y el maestro Magenti, que dirigía la orquesta, se vió obligado a comparecer en escena al finalizar los dos actos, para recibir el homenaje efusivo que sus admiradores le tributaron. Fué, en conjunto, una victoria digna de anotarse, la conquistada por los autores de «Una noche en París».

La interpretación rimó admirablemente con los prestigios entonados de que está revestida la obra, ya que los grandes comediantes de la compañía de Velasco se desvivieron por aportar a este acontecimiento artístico el más férvido y plausible entusiasmo. En primer lugar, es digna de anotarse la labor de la incansable y cada vez más triunfadora artista Angellita Durán, que cantó y declamó con un satisfecho afán de superación. También descollaron en términos dignos de la más calurosa alabanza, Carmen Andrés y las encantadoras Luisita, Wieden y Maruja Paso.

E igualmente, Jesús Navarro, tan identificado como siempre con su misión; Moncayo, chispeante y ovacionado con estruendo en un mutis; el tenor cómico Ornat—que cada vez logra adentrarse más en las zonas de la gracia exenta de procacidades; el tenor Latorre—que debutó con general aplauso—; Cervera, Oltra, Iborra, Ester. ¡Todos, en fin! Que de justicia es con signar bien ahincado su magnífico esfuerzo personal.

El decorado de Dhoy y Redondela, sensato, bien de colorido y sobre todo, de un gusto no corriente.

Y esto es a grandes trazos y dicho con aceleramiento, cuanto ocurrió con motivo del estreno afortunadísimo de «Una noche en París».

ENRIQUE MALBOYSSON.

